

A black and white photograph of a muscular man's torso. He is wearing a dog tag on a chain around his neck. The lighting is dramatic, highlighting the contours of his muscles. The background is dark.

EMILY  
DELEVIGNE

ADICTA  
A SCOTT

zafiro♥

# Índice

Portada

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Agradecimientos

Sobre la autora

Créditos

Te damos las gracias por adquirir  
este **EBOOK**

Visita **[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)** y  
descubre una nueva forma de  
disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros

Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comp**

*A mis abuelos Dolores y Manolo, dos almas  
gemelas  
que ni siquiera la muerte ha conseguido separar.  
Os quiero muchísimo y nunca os voy a olvidar.*

# Capítulo 1

—Andrea, Scott está mirándote — susurró Taylor, su mejor amiga, mientras se llevaba disimuladamente el vaso de cerveza a los labios, sonriendo con picardía.

Andrea, apoyada en la barra de color caoba oscura, dio un pequeño

salto en el taburete del bar. Mordiéndose el labio inferior con fuerza, miró los azules y claros ojos de su mejor amiga.

—¿Todavía?

—Ajá —susurró—. *Todavía*. Y creo que lo seguirá haciendo durante los próximos minutos. —Le guiñó un ojo.

Aguantando la respiración, Andrea se echó para atrás un mechón de su cabello castaño claro liso. ¿Qué diablos haría allí Scott? La había abandonado hacía ocho años, cuando ella tenía diecisiete y era una estúpida adolescente enamorada por completo de un futuro marine que, tras haber pasado satisfactoriamente las pruebas de la

Marina, había entrado en ella sin decirle nada, dejándola sola al día siguiente cuando se despertó en su cama. Pero, a pesar de ello y de los años transcurridos, no había dejado de pensar en él.

¿Seguiría igual de atractivo y masculino? ¿Conservaría aquellos ojos negros increíblemente exóticos que la excitaban con sólo clavarse en ella? ¿Seguiría teniendo aquellos grandes e inmensos hombros en los cuales ella había hundido sus uñas mientras la llevaba hacia un explosivo y desgarrador orgasmo?

Humedeciéndose los labios, se llevó a ellos la lata de Coca-Cola.

—No me jodas.

—No te preocupes, cielo —se rio Taylor—. Me van los hombres, como a ti, ¿recuerdas? A quien no me importaría joder sería a Scott. Dios bendito, está muchísimo mejor que hace ocho años.

Andrea se planteó concienzudamente si girarse o no. Lo que menos quería era volver a caer en sus manos...

Ay, cielo santo, y qué manos.

Las recordaba grandes, masculinas y expertas sobre su ansioso e inexperto cuerpo adolescente. Llegó a Estados Unidos desde Sevilla con tan sólo catorce años y a los dieciséis comenzó a salir con Scott, quien era tres años mayor. Andrea siempre había

aparentado más edad de la que realmente tenía durante la adolescencia y todo ello gracias a los genes de su abuela. Sus pechos eran voluptuosos; no enormes ni exagerados, pero sí llenaban totalmente unas manos masculinas. Sus curvas habían tardado poco tiempo en aparecer y, además, siempre se había considerado una chica madura.

Siempre excepto cuando estaba cerca de Scott.

En el instituto se había conocido a Scott como el calienta-coños. Andrea había sido consciente de todos los chismes que habían circulado por el centro. Todas las chicas intentaban rifarse a Scott, asegurando que era el

mejor polvo que nunca antes habían echado y que, al menos, había que disfrutar de él una vez en la vida.

Cuando Andrea perdió su virginidad con Scott, tras un año de relación, podría haberse hecho adicta al sexo con él.

Adicta a él.

Cierto que había sentido dolor la primera vez , pero tras él vino el placer. El verdadero placer. Había visto con sus propios ojos el gran tamaño y anchura de su pene. Al principio se había asustado, preguntándose si aquello realmente podría entrar en ella. Pero luego...

Se despertó sola, en su habitación y

con una nota donde le decía que, a primera hora de la mañana, le habían aceptado en los marines, tras superar las pruebas.

Aquello fue un fuerte golpe para ella. Enamorada por completo de él, decidió pasar página y, cuando todos le preguntaban si era cierto que se había marchado, ella se encogía de hombros y seguía hacia adelante. La única persona que sabía realmente por lo que había pasado era Taylor.

—¿Sería muy descarada si me voy ahora mismo del bar sin mirarlo?

—Sí. —Taylor sonrió—. Sobre todo si sus amigos no paran de mirar hacia donde nos encontramos nosotras.

Andrea maldijo en voz baja y en español.

—*Joder.*

—Cariño, recuerda que no hablo español.

—No quiero hablar con él, no quiero que se acerque. —Dio otro sorbo a la bebida—. ¿Tienes alguna sugerencia acerca de lo que podemos hacer?

—Andrea, ya tienes veinticinco años, ¿no crees que es hora de zanjar de una vez el tema? Quizá sólo quiera saludarte. O tal vez desee algo más. Si antes eras atractiva, ahora estás fabulosa. Y lo sabes. La cantidad de hombres que van tras de ti lo testifican. —Le guiñó un ojo y sonrió a su amiga.

—Gracias Tay. —Se pasó una mano por el cabello, echándoselo para atrás.

—De nada. Eso sí, quiero que sepas que Scott viene hacia nosotras con uno de sus amigos, un tío rubio de esos que nuestra querida y remilgada amiga Irina amaría.

La sonrisa se Andrea se borró.

—¿Qué? ¿Qué viene hacia nosotras?! —susurró asustada.

Taylor asintió.

A pesar de intentarlo... no pudo evitarlo, necesitó revisar su aspecto antes de que Scott la viera. Se miró la camiseta negra de tirantes con escote cuadrado, sus vaqueros cortos oscuros y sus zapatos, unos botines Nike negros.

En un espejo del bar pudo ver su rostro. Sus castaños ojos brillaban con fuerza, y sus labios seguía teniendo ese color rojo sangre del pintalabios que se había aplicado hacía apenas una hora.

Y en ese momento lo notó.

Notó aquel gran cuerpo cálido y masculino tras ella. Aquel olor a hombre, cuero y menta llegó hasta su nariz. Apretó los ojos y contó hasta tres, recordándose todas aquellas palabras que había practicado frente a un espejo por si algún día se lo encontraba. Pero...

Era oler a Scott y sentir cómo sus pezones se endurecían. Su cuerpo ya temblaba de deseo, y esas palabras que

había practicado a solas en su casa se esfumaron de su cabeza como si de polvo se tratase.

Se giró con lentitud, mirando de reojo a Tay, quien sonreía mientras saludaba al rubio que, ciertamente, estaba buenísimo.

Luego clavó sus ojos en Scott.

Aguantó la respiración.

Dios bendito, Scott seguía siendo igual de atractivo, masculino y perfecto como siempre. Con aquel cabello corto azabache tan oscuro como las alas de un cuervo y aquellos ojos tan negros como una noche cerrada. La nariz recta, los labios finos y pícaros, perfectos para morder y lamer. Y su mandíbula, con una

barba incipiente que le daba un aspecto más juguetón, sexi y oscuro.

¿Por qué diablos el tiempo había tratado tan bien a Scott McCain?

Con su metro noventa y siete de estatura, hombros anchos y musculosos al igual que todo su cuerpo, Scott era la perfección masculina. Ningún hombre podía igualarse a él.

Su corazón comenzó a latir con fuerza contra su pecho. Se humedeció los labios, aunque dejó de hacerlo al ver cómo la oscura y ardiente mirada de él se clavaba en ellos.

—S-Scott —susurró, obligándose a sonreír—. Qué de tiempo, ¿qué tal estás?

—Muy bien y, por lo que veo, tú también. —Su sonrisa pícara y calientabragas hizo su aparición, afectando a Andrea y a las mujeres cercanas a ellos. Taylor se rio al oírlas suspirar.

—Oh, sí. Todo va muy bien. —Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos. Se sonrojó cuando sus oscuros ojos se clavaron en sus pechos y luego bajaron a sus piernas. ¿Por qué diablos la miraba así, como si quisiera devorarla?

—Me alegro. Hace unos días regresé de Irak, tengo permiso para permanecer aquí hasta nuevo aviso.

—Entonces, ¿sigues alistado en la Marina? —¿Por qué su voz sonó tan

decepcionada?

Scott sonrió aunque más tenuemente, mostrando una hilera de dientes blancos y regulares.

—Sí.

Andrea se quedó callada, sin darse cuenta de que sus ojos color avellana estaban clavados en él con fuerza, expectantes. Scott se aclaró la garganta y se acercó más a ella, colocándose al lado de la barra del bar e inclinándose sobre ella.

—Bueno, cuéntame algo de ti. ¿En qué trabajas?

Se negó a contestar. Conocía bastante bien a Scott, o al menos al viejo Scott, si es que había cambiado. Borró

toda sonrisa forzada y se cruzó de brazos, aunque rápidamente deshizo aquella postura al notar la mirada de él en sus pechos, que se habían alzado.

—No voy a entrar en esto, Scott. Si crees que he olvidado todo lo que pasó hace ocho años... estás equivocado — susurró para que no se enterara el rubio.

Él suspiró y toda sonrisa anterior desapareció.

—Andrea...

—Encantada, yo soy Taylor Lanson; seguro que tú no te acuerdas de mí pero yo también fui a tu instituto. —Su mejor amiga habló justo a tiempo, haciendo que Andrea le dirigiera una sonrisa agradecida.

Scott le estrechó la mano, aunque parecía molesto por la interrupción.

—Un placer Taylor, soy Scott McCain.

—He oído hablar mucho de ti, Scott McCain. Pensábamos irnos ya, así que...

—¿Por qué no os tomáis algo con nosotros? —habló el rubio—. Estamos ahí con dos amigos más, también marines. Nos vendría bien algo de compañía femenina.

Andrea negó con la cabeza, aunque sonrió.

—No, gracias. Tenemos muchas cosas que hacer. Quizá en otra ocasión.

En ese momento la puerta del bar se

abrió y apareció Irina Maxwell. De padre ruso y madre estadounidense, Irina trabajaba como modelo para diversas campañas. De cabello largo, liso y negro que le llegaba hasta las costillas y con unos ojos simplemente violetas, era una mujer que resultaba impactante para todos los hombres. Tenía una hija pequeña de tres años, fruto de una relación con un español que finalmente acabó mal.

El rubio silbó por lo bajo al verla.

En cambio, Scott la ignoró, con la mirada clavada todavía en ella.

—Andrea, tenemos que hablar.

Aquellas palabras que había temido desde que él se fue hicieron acto de

presencia. Con la voz suave y masculina, parecía estar hablando con tranquilidad, como si temiese que en cualquier momento ella fuera a salir corriendo como un animal asustado.

Eso era realmente lo que quería hacer.

Irina fue hasta ellas, con una sonrisa temblorosa. Sus largas y torneadas piernas se movían con maestría sobre aquellas sandalias blancas de tacón que dejaban sus pies descubiertos.

Aclarándose la garganta, Taylor habló.

—Os presento a Irina Maxwell Boyka. Irina, ellos son Scott McCain y Dorek Nowak.

Irina parpadeó, aunque simultáneamente sonrió de forma cálida. Mientras que Scott le estrechó la mano, Dorek se la cogió y le dio un beso en la muñeca, ganándose un sonrojo por parte de ella, aunque luego se rio con suavidad.

—Irina, lamento tener que decírtelo, pero tenemos que irnos ya.

Los ojos violetas de Irina se entrecerraron.

—¿Ya? Pero si apenas acabo de llegar, pensé que tomaríamos algo. — Miró el reloj de su muñeca—. Sólo he llegado tarde dos minutos.

Andrea se apartó de Scott.

—Debemos irnos, ya. —Lo miró y

tembló. Cielos, aún lo deseaba. Lo sabía. Todavía sentía aquel nudo de deseo en la garganta al verlo, aún conseguía excitarla con sólo una mirada. Frotó involuntariamente sus muslos, intentando aliviar parte del calor que sentía entre ambos. Sintió la garganta seca y, al ver que su lata estaba vacía, cogió su bolso con rapidez.— Fue un placer verte de nuevo, Scott. —Miró a Dorek—: Un placer conocerte.

Y sin más, salió del bar con rapidez seguida por sus dos amigas, que apenas podían creerse qué había pasado.

Irina y Taylor se colocaron con celeridad a su lado, intentando mantener su ritmo. Andrea no era consciente de

que la estaban siguiendo, sólo quería irse a su pequeña casa, estar con su perro y abrazarlo mientras veía una película de su actor favorito, Scott Adkins.

Que curiosamente se llamaba igual que su Scott...

Espera... «¿Su Scott?»

«Es de todo menos mío», pensó amargamente con una sonrisa mientras pasaba veloz un semáforo en verde.

Taylor la cogió de la mano, parándola enfrente de un McDonald's.

—Para, para. Oye, ¿qué pasa?

—No quiero estar cerca de él, ¿vale? Eso es todo. Viene a saludarme como si fuésemos viejos conocidos,

como si no me hubiese abandonado tras haberse acostado por primera vez conmigo, sabiendo que era virgen.

Irina sonrió con tristeza.

—Andrea, ¿por qué no le dejas que te lo explique? He estado poco tiempo, pero parecía dispuesto a darte una explicación.

Clavó en su amiga una mirada furiosa.

—¿Tras más de ocho años? Irina, si no vas a apoyarme te ruego que cierres esos labios que a tantos hombres vuelven locos.

Su amiga se sonrojó. Taylor sonrió. El viento movió su cabello rubio corto hasta el cuello, desprendiendo aquel

olor a canela que tanto le gustaba.

—Anda, entremos en el McDonald's y comamos algo. Luego ya veremos qué hacemos. Ahora olvida que has visto al sexi caliente-coños de Scott y...

— ¡Tay! —bufó Irina—, no hables así.

Taylor sonrió mientras entraba en el local de comida rápida.

—¿Por qué? Oh, vamos, Ira —dijo llamándola como solían hacerlo en Rusia, diminutivo de Irina—. Comamos algo y olvidemos a los hombres. No valen para nada... Al menos no para todo lo que deberían.

Andrea sonrió, agradeciéndole a su amiga el apoyo mientras entraba en el

restaurante. Sabía que sería imposible olvidar la fuerza e intensidad que transmitían los ojos de Scott, el amor que había sentido a través de ellos ocho años atrás, pero al menos lo intentaría.

Andrea era una luchadora y no pensaba perder aquella batalla.

\*\*\*

—La asustaste, tío —dijo Dorek mientras bebía de la segunda cerveza que se había pedido—. Te dije que nada de miradas hambrientas ni acercamientos.

—Cállate —maldijo Scott—. ¿Has visto las ganas que tenía de irse nada

más verme?

Kevin se rascó la perilla mientras con sus ojos zafiro miraba la televisión de pantalla del bar.

—¿Cómo querías que reaccionara? La abandonas después de habértela follado y, para empeorarlo, era virgen y llevabais un año de relación. ¿En qué pensabas?

Scott se pasó una mano por el pelo.

—Joder, pensaba en conseguir dinero y volver a por ella. Era una sorpresa, ya lo sabes.

Dorek maldijo en polaco tras sonreír.

—Eres un cabrón, amigo —dijo con aquel acento polaco tan fácilmente

reconocible—. Por cierto, ¿alguien sabe dónde vive esa tal Irina Maxwell? Creo que me he enamorado. —Sus ojos castaños brillaron.

Kevin le golpeó el hombro, haciéndolo reír.

—Tú no te enamoras, estúpido.

Sean dejó de hablar por el móvil y suspiró.

—La he jodido, y buena.

Su acento escocés algo rudo y seco resonó entre ellos.

—¿Pasa algo? —preguntó Scott desinteresadamente, todavía con la imagen de Andrea en la cabeza. ¿Habría dejado de amarlo? Un año después de estar en los marines, regresó a Estados

Unidos, a Nueva York, a por ella. La sorpresa que se llevó al enterarse de que se había mudado le había sentado como un puñetazo en el estómago. De todas formas, no podía recriminarle nada, pensó. No sabía qué habría hecho él en su lugar, pero seguro que no esperarlo de brazos cruzados. Eso le pasaba por no contarle nada, nunca se le habían dado bien las sorpresas y aquello lo había demostrado.

La alegría de haber hecho el amor con ella le había nublado la razón, pensando que un año apenas sería nada para ambos.

Se había equivocado por completo.

—Tengo una vecina al lado que no

para de jugármela. —Una sonrisa apareció en su rostro—. Acaba de pincharme la rueda del coche.

—¿Y eso te hace gracia? —preguntó Dorek alzando una ceja rubia.

—¿Tienes algún problema con eso? —respondió Sean, seguido de un insulto en gaélico.

—Odio cuando hacéis eso, hablar cada uno en otro idioma. —Kevin se levantó perezosamente—. Voy al baño.

—No irás a cascártela, ¿verdad?

Kevin sonrió.

—No me hace falta, al contrario que a ti, Scott. —Todos se rieron.

Eso era malditamente cierto. No iba a negar que en esos largos y horribles

ocho años se había tirado a alguna que otra mujer desconocida que se había acercado a él, pero nunca volvió a ser lo mismo. Acababa asqueado, separándose de aquel cuerpo femenino húmedo y sintiendo asco de sí mismo mientras pensaba en Andrea.

Se movió incómodo, sintiendo cómo su polla apretaba con fuerza la tela del pantalón vaquero.

¿Qué podía haber esperado? ¿Que Andrea lo recibiera con las piernas abiertas?

Dorek alzó su cerveza.

—Brindemos, amigos.

Sean dio un trago de la suya.

—Claro, ¿por qué no?

Scott se cruzó de brazos y estiró las piernas. Pensaba recuperarla. Andrea era suya y él era de ella. Sólo tenía que hacérselo ver.

## Capítulo 2

Los labios masculinos de él bajaron por su cuello, lamiendo y mordisqueando a su gusto, mientras sus manos apretaban sus pechos, con los pulgares en los duros pezones, y con una rodilla entre sus abiertas piernas, dejando que se frotara ansiosamente contra ella y así

consiguiese aliviar parte del calor que sentía.

Andrea le clavó las uñas en sus anchos y musculosos hombros, y se mordía los labios mientras el placer la invadía poco a poco, dejándola con ganas de más. Apenas podía contener las ganas de cogerle la cabeza y atraerla a sus labios, que cada vez estaban más impacientes por probar los suyos.

—Bésame —susurró.

Poco a poco la cabeza fue alejándose de su cuello, y se clavaron en ella unos ojos negros que la paralizaron.

Era Scott.

El miedo se instaló en ella. Rápidamente intentó separarse, pero sus

manos cogieron sus muñecas y las colocaron por encima de su cabeza, impidiéndole cualquier movimiento.

—No, no, no. ¡Déjame Scott! — Intentó soltar sus muñecas, pero su agarre era como tenazas de acero.

Sus labios dibujaron una sonrisa pícara.

—¿Por qué? Apenas acabamos de empezar —dijo roncamente. Su sonrisa se borró—. Eres mía, Andrea. He venido a por ti y no pienso irme con las manos vacías.

Cuando sus labios impactaron en los de ella, abrió la boca para dejar que su lengua penetrara dentro de ella. Aquel beso la estaba devorando,

consumiéndola en miles de llamas que dejaban un vivo deseo en cada poro de su piel.

Y aquella erección potente, grande y dura contra su muslo la quemaba viva. Apenas podía controlar las enormes ganas que tenía de sentirla dentro de sí, con fuerza, rápido y...

Algo le lamía la cara y no era Scott. Es más, Scott había desaparecido.

¿Por qué diablos tenía que dejarla en ese estado, caliente, húmeda y excitada?

Otra vez sentía la misma sensación y... Andrea abrió los ojos, aunque los cerró al sentir la luz del sol impactar con fuerza en su rostro. Jadeando, los entreabrió y sonrió al ver a su labrador

blanco, que estaba tumbado junto a ella con la lengua rosa a un lado.

Estirando la mano, acarició su cabeza varias veces mientras pensaba en aquel sueño que solía tener casi todas las noches. Siempre sucedía en el cuarto de Scott, como la primera y única vez que hicieron el amor y, aunque antes de terminar podía encontrarse en otros lugares, como una playa, también finalizaba en su cuarto. Como si su cabeza quisiese advertirle de que la había dejado una vez y podría hacerlo nuevamente.

Tenía dos opciones: o darse una ducha fría y arreglarse para ir a trabajar o acabar la faena masturbándose, cosa

que era muy habitual en su triste vida.

Eligiendo la primera, le dio una palmada al lomo de *Blanca* antes de levantarse de la cama e ir hacia el cuarto de baño dando tumbos.

Tras asearse, fue en ropa interior a la cocina mientras pensaba en Scott. Dios santo, lo odiaba por ser tan atractivo. Aquella mirada oscura clavada con fuerza sobre ella, su musculoso cuerpo cerca del suyo, transmitiéndole ese calor y masculinidad que la excitaba. Y esos labios...

Se moría de ganas de lamerlos.

Suspirando, cogió la cafetera, la rellenoó con café y agua y la puso a calentar. Se apoyó contra la encimera y

miró por la ventana de la cocina. Hacía un buen día, el sol estaba en lo más alto, sin nubes que lo cubrieran. Los árboles que había no se movían por la ausencia de viento o por la escasez del mismo.

Tras desayunar y vestirse, dio de comer a *Blanca* y se fue cerrando la puerta con llave. Mientras iba caminando al trabajo, contestó los mensajes de su familia desde España con una tierna sonrisa en el rostro. Finalmente sus padres habían decidido quedarse en Sevilla, pues decían que aquel clima era el suyo y que no podían permanecer demasiado tiempo alejados, por lo que Andrea era la que usualmente iba a visitarlos, a pesar de no gustarle

del todo viajar sola en avión.

Al entrar en el edificio de su trabajo, saludó a todos sus compañeros y fue hacia su despacho. Trabajaba en una revista que salía todos los días en Nueva York. La publicación empezó siendo pequeña, pues era apenas leída por algunos neoyorquinos, pero al cabo de unos años acabó ganando una buena reputación e influencia, de las que pocas podían presumir.

Al llegar a su despacho, se encontró con Blue, una chica australiana de veintidós años de cabello castaño claro casi rubio y ojos azules que brillaban.

—Buenos días Andrea, Patrick te espera en su despacho. Necesita que

revises unas cuentas con respecto a la publicidad que hacemos de la comida tailandesa en las páginas finales.

Andrea asintió.

—De acuerdo, en diez minutos estaré allí.

Blue sonrió y se fue con un asentimiento de cabeza. Al quedarse sola, comenzó a sacar de diversos sitios de su despacho todos los contratos y el papeleo que tendría que haber terminado para esa semana. Suspiró y gimió. «Al menos ahora tengo a un equipo que me ayuda», pensó. Años atrás era ella la que debía hacer sola todo el trabajo.

Cogió su agenda, el contrato que tenían firmado con la empresa de

comida tailandesa y el móvil del trabajo y se dirigió a la sala de reuniones.

Su jefe levantó sus verdes ojos del móvil y sonrió.

—Buenos días, Andrea, ¿todo bien?

—Ajá —asintió; luego frunció el ceño—: ¿Hay algún problema con la publicidad que realizamos de la comida tailandesa? Yo fui la responsable de revisarlo y todo estaba correcto.

Patrick hizo un gesto con la mano.

—No, no te preocupes. Siéntate.

Asintiendo, Andrea se acomodó a su lado aún con el ceño fruncido. Cogió aire lentamente al sentir las manos húmedas por el sudor. Las tenía apretadas con fuerza contra el estómago,

intentando sonreír mientras por dentro ardía de expectación por saber qué pasaba.

Patrick suspiró a la vez que se cruzaba de brazos.

—Andrea, hemos conseguido, gracias a Blue —la aludida se sonrojó—, una entrevista con un marine que fue asignado en una misión en Afganistán. Queremos publicar una buena entrevista, donde se le pregunte por todo: qué hacían allí, cómo se vivía, qué intereses políticos hay de por medio, por qué hubo problemas a la hora de llegarles los suministros... Ya sabes que los estadounidenses siempre hemos estado muy interesados por cualquier asunto

militar. —Andrea asintió lentamente, sin saber qué pintaba ella en todo aquello —. Quiero que seas tú la que lleve a cabo la entrevista.

Andrea resopló, llevándose una mano a la garganta.

—¿Cómo?

—Sí —asintió—. Quiero que seas tú la que tengas para mañana una batería de preguntas para nuestro marine y se las plantees. Una vez realizada, le pasarás tus notas a Blue para que la redacte, aunque llevará tu firma, claro. —Achicó sus ojos. —Sabes que esto es una buena oportunidad, ¿verdad?

Ella sólo pudo asentir varias veces, sorprendida.

—Sí-í, Patrick.

—De acuerdo, aceptas entonces, supongo —Andrea asintió dos veces rápidamente—. Estupendo. Mañana estará aquí a las diez de la mañana, esperándote en tu despacho. Olvídate de la publi de comida tailandesa, de eso se ocupará otro de tu equipo. —Sonrió—. Eso es todo.

Andrea abrió la boca para agradecerle aquella oportunidad, pero su lengua se trababa, haciendo que tartamudease sin parar. La cerró y se sonrojó ante la mirada paternal de Patrick.

Le acarició la mano con unas palmaditas.

—Sé que puedes, Andrea. Hazlo bien y hablaremos sobre un posible ascenso.

\*\*\*

—¡Eso es increíble! —Tay se metió la cañita en la boca, haciendo un ruido tosco al sorber su bebida—. Y un marine... Ahora es cuando empiezo a envidiarte. Ser diseñadora sólo te aporta beneficios a los ojos, pero nada de tocar o hablar.

—Yo no quiero tocar nada, Taylor. Sólo quiero hacer esta entrevista lo mejor posible y conseguir un ascenso. ¿Sabes cuánto tiempo he estado

esperando una oportunidad como ésta?

—Ajá. —Le pagó al camarero su consumición. —¿Ya tienes las preguntas?

—Sí. He hecho algunas de repuesto y he recolectado información para estar algo más documentada. Por cierto, ¿dónde está Irina? —Buscó con la mirada a su alrededor, divisando una parada de autobús y un parque—. Quedamos las tres en ir a dar un paseo por...

*Blanca* ladró enérgicamente en ese momento, levantándose del suelo y dando pequeños saltitos. Su rabo comenzó a moverse con rapidez, mientras el animal miraba en una

dirección determinada.

Andrea hizo lo mismo y maldijo en español. Allí estaba Scott, con una camisa blanca arremangada sobre los fuertes antebrazos y un poco abierta por el cuello, por el que podía verse un pequeño trozo de su musculoso pecho. Y aquellos vaqueros claros... le marcaban un trasero perfecto, de esos que una mujer mataría por tener en sus manos y estrujar.

Sus ojos oscuros brillaban mientras cogía de la correa a un gran pit bull blanco que intentaba tirarse encima de él para quitarle una pelota de tenis que tenía en la mano.

Siempre había sabido que Scott era

de perros peligrosos. Durante su relación en la adolescencia le había hablado más de una vez de su sueño de tener muchos perros, entre ellos pit bulls, rottweilers, huskys siberianos...

Al ver cómo los ojos del pit bull se clavaban en su pequeño labrador, lo cogió en brazos y lo colocó sobre su regazo mientras éste seguía ladrando.

Tay silbó por lo bajo.

—Vaya... Esos pantalones le hacen un culo a Scott de lo más apetecible, ¿no crees, Andrea?

Asintió boquiabierta.

—Y ese perro peligroso... ¿Te has dado cuenta del aire de macho duro que tiene? Lo devoraría ahora mismo. De

arriba abajo, como un Chupa Chups.

Cuando Scott se arrodilló en el césped, Andrea contuvo el aliento. El pit bull saltó con fuerza sobre él, intentado derribarlo juguetonamente mientras buscaba la pelota. ¿Lo extraño? No lo derribó. Scott permaneció firme, implacable mientras agarraba al perro y lo hacía rabiar, ganándose unos gruñidos.

Suspiró aliviada.

—Dios santo, qué susto me he dado.

—Andrea, deja de preocuparte.

Scott es grande y fuerte, ¿no ves que ese perro no tiene nada que hacer con él?

—Es un pit bull, Taylor. —Abrazó con fuerza a *Blanca*, quien le lamió la

mejilla—. Yo apenas puedo controlar a la mía.

Tay sonrió pícaramente.

—Tú no controlas nada, cielo.

*Nada.*

En ese momento Scott la miró. Sonrió y levantó la mano, saludándola mientras controlaba a aquel monstruoso perro que no paraba de moverse. Sin poder evitarlo, Andrea se sonrojó y le devolvió el saludo tímidamente. Scott puso un bozal a su perro con suavidad, cogió la correa y fue hacia ella.

Al llegar a su lado, se inclinó y la besó en la mejilla, cerca de la comisura del labio derecho.

—Hola, Andrea. —Miró a Taylor—.

Taylor.

—Hola hombretón. —Le guiñó un ojo—. Bonito perro.

Scott sonrió y palmeó el lomo del pit bull, que se sentó a su lado.

—Sí, es un buen chico. —Cuando se echó a un lado para dejar pasar a una mujer, Andrea vio unas marcas blancas en el antebrazo derecho. Parecían haber sido causadas hacía años. Líneas blancas irregulares que subían poco a poco hasta ser tapadas por la camisa blanca.

—Scott, ¿qué te pasó en el brazo derecho?

El aludido se lo miró y luego se encogió de hombros.

—Me atacó apenas pasaron dos semanas tras comprarlo.

Andrea abrió los ojos como platos.

—¿Y te lo quedaste? Es decir, ¿no hiciste nada?

Sus negros ojos se clavaron en ella con fuerza, haciéndola empequeñecer en su sitio. Ardientes, oscuros, hambrientos...

—Puedo domesticarlo. Es más, ya lo he hecho. —Una de las comisuras de sus labios se levantó en una media sonrisa pícara—. Siempre consigo lo que quiero.

Tay susurró algo por lo bajo. Andrea soltó todo el aire de sus pulmones. ¿Estaba retándola? ¿Acababa de decir

que pensaba dominarla? ¿A ella? Si no fuera por lo nerviosa que estaba, se habría reído.

—No siempre se puede conseguir lo que uno quiere en la vida.

—Quizá, pero si pones el entusiasmo y las ganas necesarios, todo es posible princesa, *todo*.

Andrea le aguantó la mirada con fuerza, intentando no retirarla mientras sus mejillas se volvían más rojas cada segundo que pasaba. ¿Era la única que sentía calor en ese instante? Porque ella estaba ardiendo. Literalmente.

Había tanta tensión sexual entre ambos que Taylor se abanicó con la mano sin dejar de sonreír.

—Dejad de miraros así, chicos. Están saltando chispas por todas partes. Vais a derretirnos.

—Tengo que irme —dijo Scott sin retirar la mirada de ella. Se acercó un par de pasos más hasta que Andrea tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos—. ¿Crees que podríamos vernos?

El corazón de Andrea dio un brinco dentro de su pecho.

—No... No creo que sea muy-y buena idea, S-Scott.

—Andrea, necesito hablar contigo —susurró. Apretó la mandíbula al ver la determinación en los ojos de ella—. Tarde o temprano tendremos que hacerlo, y lo sabes.

Andrea selló sus labios y se mantuvo en silencio. Oyó a Scott maldecir por lo bajo antes de despedirse de Taylor y tirar de aquel enorme pit bull para irse.

Pasados unos segundos, miró a Taylor. Ésta la observaba a ella, cruzada de brazos y con una ceja rubia alzada.

—No digas nada —gruñó.

Su amiga levantó las manos.

—No he dicho nada.

\*\*\*

Irina cogió en brazos a su hija Amy, cuyos grandes ojos dorados verdosos, como los de su padre, brillaban de amor. Su cabello rubio miel caía hasta sus

hombros, liso y con un flequillo recogido hacia atrás con un pasador de una mariposa.

Sus bracitos pálidos rodearon su cuello.

—¿Preparada para ir a comprar, cielo? —preguntó en ruso.

—Sí —respondió en español. Debido a que su padre era español, ella estaba aprendiendo ese idioma más que el ruso, que también manejaba aunque lo entendía mejor que lo hablaba. Con respecto al inglés... lo entendía, aunque solía perderse.

Irina montó a la niña en su sillita del coche, se subió al vehículo y encendió el aparato de música, en el que sonó el

disco de su cantante favorito. Mientras Amy cantaba, inventándose a veces la canción, Irina sonreía.

A pesar de que su relación con Carlos no había acabado bien, lo había amado durante sus cuatro años de relación y le había dado lo mejor de su vida: Amy. A veces se había preguntado si no habría tenido ella la culpa de haber roto la magia que los había unido.

Suspirando, estacionó el coche en el aparcamiento del supermercado y tomó a Amy de la mano.

Al entrar, cogió una bolsa y comenzó a llenarla con todo lo que necesitaba mientras miraba la lista de la compra.

Estaba buscando la marca de

galletas que le gustaba a su hija cuando una sombra tapó la luz que incidía sobre ella, imposibilitándole ver bien los productos. Se dio la vuelta y sonrió al ver a Dorek. Su cabello rubio estaba húmedo y, por el olor a loción que captó, pensó que era muy posible que se hubiera duchado hacía apenas unos minutos. Imaginar el agua deslizándose por aquel cuerpo firme y grande la hizo sonrojarse.

—Irina.

—Dorek. Es un placer verte de nuevo.

Miró a su hija, que estaba detrás de ella tapándose la cara con una mano mientras con la otra permanecía

agarrada a sus piernas.

—¿Es tu hija?

—Sí, se llama Amy. Cariño, saluda a Dorek.

Dorek se agachó, remangándose un poco los pantalones al hacerlo. Sonriendo, le dio con un dedo en la punta de la nariz, haciéndola reír.

—Encantado, Amy. Soy Dorek.

La niña sonrió, aunque no salió del escondite seguro de las piernas de su madre.

—Es una niña hermosa. —La miró —: Como su madre.

Irina sonrió tímidamente.

—Gracias.

Dorek se aclaró la voz, a la vez que

desviaba la mirada.

—Mmm... Mmm... Estás...  
¿casada?

Irina sonrió y negó con la cabeza.

—No, soltera.

Una sonrisa apareció en el atractivo y perfecto rostro del polaco. Aquella nariz recta, su mandíbula fuerte y esos labios masculinos hacían de él un rostro muy atractivo, bello, parecido a uno de esos modelos de portada que a veces una pensaba si existían realmente.

Se quedaron en silencio, e Irina cogió las galletas tras hallar la marca que le gustaba a Amy. Con una sonrisa se las dio; ella las apretó contra su pecho con una gran sonrisa infantil.

—Ha sido un placer verte, Dorek. Espero que nos veamos en otra ocasión.

—Sí, yo también lo espero.

Al ver que se acercaba, Irina permaneció rígida, aunque no dejó de sonreír. Tan sólo le dio un beso casto en la mejilla, pero dejó huella en ella. Como una llama, se fue extendiendo rápidamente por todo su cuerpo. Se llevó la mano a la mejilla.

Dorek le hizo un gesto a la pequeña y se fue a la caja.

Suspirando, miró a su hija.

—Vamos, cielo, terminemos de comprar y vayamos con las tías Andrea y Tay, nos estarán esperando.

Amy asintió y caminó de la mano

junto a ella con la caja de galletas pegada todavía a su pecho.

## Capítulo 3

De camino al trabajo, Andrea revisó por quinta vez la carpeta con las hojas que contenían la batería de preguntas que pensaba plantearle al marine. Se había arreglado más de lo normal aquella mañana: su cabello castaño claro estaba suelto en suaves ondas que le llegaban

hasta la cintura; los ojos, con un poco de rímel, y sus labios, pintados de un rojo pasión que los resaltaba.

Además, llevaba un vestido negro de seda hasta las rodillas que era como una segunda piel: se pegaba totalmente a su cuerpo, lo que provocaba que, contra la tela, sus voluptuosos pechos fuesen más apetecibles. Por otra parte, llevaba unos zapatos negros de tacón.

Y, para terminar, se había echado su perfume favorito sobre escote, muñecas y cuello.

Al enviarle una foto a Tay de su atuendo, ésta la había aplaudido, mientras que Irina le había comentado que iba demasiado formal para una

simple entrevista y que debía ponerse mejor unos vaqueros.

Al entrar en el trabajo, más de uno de sus compañeros la silbaron con una sonrisa. Ella se las devolvió y, tras pasarse por el despacho de Patrick para saludarlo, éste le hizo un gesto para que entrara.

Andrea lo hizo.

—Estás preciosa, Andrea.  
Preparada para triunfar, ¿no?

—Exacto. —Apretó la carpeta contra su pecho, temblando—. ¿Ya está esperándome en mi despacho?

—Sí —asintió—. Ha llegado hace cinco minutos.

—Entonces no le haré esperar más.

Y con ello se dio la vuelta. Una vez que se hallaba frente a la puerta, cogió aire y se pasó una mano por el cabello, intentando aplastar aquellos pelos que estuvieran fuera de su lugar.

Colocó la mano en el picaporte, abrió y lució su mejor sonrisa.

Que desapareció rápidamente al ver unos ojos oscuros brillando con picardía.

Éstos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en sus pechos y en sus desnudas piernas para luego terminar en sus castaños ojos.

Muchos sentimientos pasaron por su cabeza con velocidad: sorpresa, excitación, confusión... Pero el que se

quedó fue furia, enfado. ¿Por qué Scott tenía que estar en todos los sitios a los que ella iba? ¿Por qué Dios no paraba de ponerlo en su vida? ¿Es que acaso no le bastaba con tener que verlo en sus sueños?

Tartamudeando, intentando buscar las palabras apropiadas, acabó por cerrar la boca y suspirar.

Cerró la puerta tras sí y fue hacia su silla, pasando lo más lejos que pudo de su lado. Aún así, el calor y el olor de aquel hombre la atravesaron. Se odió al sentir el tejido del vestido contra sus duros pezones, deseosos de ser lamidos, mordisqueados y tocados por sus labios y manos. Luego estaba su sexo, que

palpitaba y mojaba la delicada pieza de encaje que llevaba, destinada a no marcarse con el vestido.

Tras sentarse y cruzar las piernas lo más recatadamente que pudo, habló.

—Buenos días, señor McCain. Empecemos con la entrevista.

Scott apoyó una mano en la mesa.

—Estás preciosa, nena.

—¿Sufristeis alguna vez tus compañeros y tú hambre a causa de...?

—Cielo santo, estás jodidamente caliente con ese vestido, cariño. ¿Te lo has puesto por mí? ¿Sabes qué te haría?

—susurró sonriendo.

Andrea apretó más sus piernas, intentando aliviar el calor que sentía

entre ellas. Se humedeció los labios y frunció el ceño.

—¿Piensas que alguna vez podremos firmar...?

—En primer lugar te amordazaría. Hablas demasiado, cariño. —Le guiñó un ojo a la par que sonreía—. No te lo tomes a mal.

Andrea se sonrojó.

—Capullo bastardo de mi...

—Tras amordazarte te daría la vuelta y te inclinaría sobre la mesa. ¿Llevas ropa interior? —Una mano se desplazó hacia abajo. Andrea abrió los ojos completamente. ¿Se estaba recolocando la erección? ¿O sólo intentaba asustarla?— Te subiría ese

vestidito al que le falta más de la mitad de la falda hasta dejar ese culo tan caliente y...

—¿Es cierto que en Afganistán...?

—Luego te arrancaría la ropa interior, te abriría los muslos y te acariciaría sin parar. —Su voz se volvió un tono más ronco. Se inclinó más sobre la silla—. Empezaría penetrándote con un dedo para luego abrirte los...

Andrea se levantó de su silla de un salto, echándola hacia atrás y haciendo que chocara contra la pared.

— ¡Ya vale! —exclamó sonrojada, excitada y enfada—. Esto no es justo.

Scott se echó hacia atrás en su silla y se cruzó de brazos.

—Quedemos para cenar hoy.

—Estoy ocupada —dijo

rápídamente, controlando el tono.

—Mañana.

—He quedado con Tay.

Scott frunció el ceño.

—Entonces...

—Tengo cita con el médico. —Lo interrumpió.

Al ver cómo su mirada bajaba a su escote, se subió un poco más el vestido en aquella zona. Sus ojos oscuros brillaban con una determinación casi animal que la estaba llevando al límite.

Andrea se cruzó de brazos y se pegó más a la pared de detrás de la mesa. Cualquier distancia que pudiese poner

entre su cuerpo y el de Scott le garantizaría más capacidad de poder tener la mente en blanco.

—No puedes estar huyendo de mí constantemente, Andrea.

—Claro que puedo, y pienso hacerlo.

—Sólo quiero hablar, Andrea. Después de ello, no volveré a molestarte.

Entonces lo vio.

Andrea vio una salida, una manera de poder resolver sus problemas y seguir con su tranquila vida en Nueva York. Pero ¿volvería a ser la misma tras hablar con él? ¿La convencería para acostarse con él? Apenas podía

mantener el control sobre sí misma respecto a Scott. Su cuerpo parecía reconocerlo incluso desde la distancia.

Desvió la mirada.

—Andrea, ¿qué te parece hacer esta entrevista y quedar conmigo esta noche para cenar? Te prometo no hacer nada...

—Andrea lo miró—... que tú no quieras.

Y ahí estaba la trampa.

Lo vio en sus oscuros ojos.

—Lo sabía —gruñó enfadada—. Vas a hacer todo lo posible por derrumbar mis defensas, Scott. Conozco esa mirada.

Scott alzó las manos, haciendo que Andrea pudiese ver lo bien que le quedaba aquella corta camiseta blanca.

Sus fuertes brazos y antebrazos y el suave vello de éstos... Dios bendito, y aquellas marcas provocadas por su pit bull sólo conseguían darle un toque más oscuro, más dominante.

—Yo no voy a hacer nada, Andrea. Nada. A no ser que tú me lo pidas.

—Sé cómo juegas, Scott. —Se mordió el labio inferior mientras escondía las manos tras su espalda, temblando—. ¿No te ha bastado todo el daño que me has hecho? ¿Quieres más? ¿Has venido por eso?

La sonrisa de Scott desapareció; sus atractivos rasgos se endurecieron. Oh, sí. Scott tenía ganas de levantarse, cogerla e inclinarla sobre la mesa para

darle un buen par de nalgadas a su trasero hasta dejarlo sonrojado, podía verlo en sus ojos.

—Sabes que eso no es así.

—¿De verdad? —¿Por qué no podía callarse? Parecía como si su lengua hubiera cogido carrerilla y no pudiese detenerse—. Pues entonces explícame por qué estás otra vez en mi vida.

—Esta noche, Andrea. Vendré a recogerte al trabajo. Sólo esta noche, Andrea. Si después no quieres volver a verme —se llevó una mano al pecho, justo donde estaba su corazón, pensó ella—, te prometo que nunca más me volverás a ver.

Tragando saliva, se sentó poco a

poco en su silla mientras lo miraba, esperando cualquier movimiento para volver a saltar y alejarse de él.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Asintió con lentitud y, abriendo los papeles donde estaban las preguntas, suspiró interiormente aliviada al ver una pequeña tregua instaurarse entre ambos.

—¿Puedes decirnos con qué edad y el día preciso en que te alistaste en la Marina?

Andrea contuvo el aliento.

Ella podía responder perfectamente a esa pregunta.

Scott suspiró.

—Hace ocho años, con veintiuno

recién cumplidos. Fue el dos de marzo.

No puso en marcha la grabadora, ya que ella misma tenía grabada aquella fecha a fuego en la cabeza. A pesar de haber pasado ocho años, la herida que aún tenía estaba en carne viva, sangrando. ¿Por qué? ¿Quizá porque fue su primer hombre? Aparte del mejor, claro. Scott no había sido el único.

Sonrió con amargura. Se había acostado con otros pero el resultado había sido espantoso, con alguna excepción. Actualmente, pocos hombres se preocupaban por el placer de las mujeres; buscaban una vagina en la que meterse, una mamada, y daban la faena por concluida. Por desgracia, tras la

marcha de Scott y sin saber apenas de los hombres, había pensado que aquello era normal.

Había aceptado las migajas de otros hombres, sin disfrutar del sexo, y por ello acabó por repudiarlo.

O, al menos, eso pensaba.

Se miró las manos. Scott estaba esperando la siguiente pregunta. ¿Era consciente de lo mucho que había sufrido ella por él? Había esperado días, pensando que quizá regresaría a buscarla. Pero no, los años habían transcurrido y con ello se fue toda esperanza.

Pero su cuerpo lo deseaba. Mucho. *Muchísimo*. Tanto que ardía con sólo

tenerlo cerca.

«Quizá hay alguna solución», pensó. Alguna solución para acabar con aquel deseo, cerrar aquella etapa de su vida de un carpetazo y empezar de cero.

—¿Andrea? ¿Estás bien?

Sin mirarlo, asintió y, cogiendo aire, formuló las restantes preguntas.

\*\*\*

Una vez se hubo marchado Scott, Andrea se encerró en su despacho y se entretuvo haciendo todo el trabajo retrasado, levantándose sólo para ir al servicio o para comer algo. Pero, a pesar de ello, a pesar de estar tan metida

en su tarea y acabar con un horrible dolor de cabeza, en sus pensamientos seguía Scott.

Recordó con una sonrisa su adolescencia.

Al cumplir los dieciséis, Scott se había acercado a ella. Al principio sólo la había saludado, como los años anteriores, a diferencia de que en sus ojos había un brillo distinto. Andrea volvía feliz cada día a su casa; sacaba unas notas maravillosas que sus padres aplaudían al ver, y, aunque éstos sospechaban el motivo de su felicidad, no dijeron nada.

Andrea se arreglaba todas las mañanas, por lo que se levantaba más

temprano, y, tras volver del instituto y terminar de estudiar, se iba a correr por las calles de Nueva York con su mp4.

Alguna que otra noche se encontraba a Scott con sus amigos. Él la saludaba desde lejos, con lo que se ganaba silbidos de sus compañeros y algún que otro piropo. Unos meses más tarde comenzó a salir con él, y se sintió la adolescente más dichosa del mundo.

Todo era perfecto: sacaba las mejores notas de la clase —teniendo así alguna ventaja por si sus padres se mostraban contrarios a la relación—, hacía deporte, se apuntaba a marchas benéficas a favor de los animales abandonados, ayudaba en colegios

cercanos siempre que era necesario...

Había sido la hija perfecta y ella lo sabía.

A pesar del enfado que le guardaba a Scott, recordaba perfectamente su primera vez. Andrea sabía prácticamente todo del sexo. Es más, desde que cumplió los dieciséis años había entrado en Internet para buscar todo tipo de información, y además había comprado revistas sobre sexo y algunos libros eróticos. Mentiría si dijese que todo aquello había sido con el único fin de tener algo de conocimiento a la hora de estar con Scott. La verdad era que su curiosidad había sido demasiado grande como para

poder acallarla.

Incluso vio algún que otro vídeo porno, cosa que su amiga Tay había apoyado desde el primer momento.

A veces hubiese dado todo lo que tenía en su vida con tal de ser como ella. Taylor no vacilaba a la hora de tirarse a un tío para dejarlo al día siguiente sin poner sus sentimientos de por medio. No dudaba a la hora de acercarse a uno que llamase su atención, presentarse y llevárselo a su casa o irse a la de él.

Todo lo contrario a Irina.

Unos suaves golpecitos en su puerta la hicieron salir de sus cavilaciones.

—Adelante.

Blue asomó la cabeza por la puerta

con una sonrisa.

—Andrea, ya han llegado los libros que compraste por Internet el otro día. ¿Quieres que te los traiga?

—Claro, gracias Blue.

Ella asintió antes de cerrar la puerta con suavidad. A pesar de haber dado muchísimos giros a su vida, intentando por todos los medios sacar a Scott de ella, había conservado algo de él.

Fotos.

Las fotos que ambos se habían hecho durante su relación, que ella guardaba como oro en paño en una caja de zapatos en su armario. Y estaba la carta que se había encontrado nada más despertarse al día siguiente de haber hecho el amor

con él.

También la conservaba.

Quizá, después de todo, ella también fuese culpable de no olvidarlo al quedarse con tantos recuerdos.

\*\*\*

—No me puedo creer que vayas a cenar con el señor calienta-coños. — Taylor sonrió pícaramente, alzando una delgada ceja rubia.

Irina gruñó. Cogió un cojín del sofá y se lo tiró, dándole en la cara. Tay se rio, alzando los pies y abrazándose las piernas al pecho.

—¿Quieres dejar de llamarlo así,

por favor?

—Pero ¿por qué? Es cierto. Vamos, Ira, admítelo. Todas hemos tenido deliciosos y calientes sueños eróticos con Scott. *Todas*.

Andrea se aclaró la voz al dejar tres latas de Coca-Cola en la mesa.

—Tay, ¿te importa controlarte? —A pesar de su tono serio, sonreía—. No quiero que en mitad de la noche se me escape llamarlo así.

—Cielos, sería genial. ¿Te imaginas, Ira? —Cogió su lata—. Eso sí, dime por qué has aceptado salir con él.

Andrea se sentó en la alfombra del salón. En ese momento *Blanca* fue corriendo hacia ella y se sentó entre sus

piernas, lamiéndole las manos para que la acariciase.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Quiero terminar ya con esto. No sé si sigo enamorada de él, pero sé que lo deseo. Como nunca antes he deseado a nadie. Necesito ver si es sólo algo pasajero que pueda...

—... superarse con un polvo o es algo más serio —la interrumpió Tay al verla indecisa—. No te preocupes, te entendemos perfectamente.

—Scott está ahora de descanso, pero se irá de nuevo. Quiero que todo esto acabe cuanto antes para poder seguir con mi vida. Para no tener que comparar a todo hombre que pase por mi cama con

Scott.

Ira se sonrojó.

—¿Tan bueno era?

Tay se rio.

—Ira, estoy segura de que nunca y, escuchadme, he dicho *nunca*, habéis estado con un hombre como Scott —dijo Andrea abrazando a *Blanca* contra su pecho, besándole la cabecita nívea. Su perrita le respondió dándole un lametazo en la mejilla.

—Joder, me dejas sorprendida. — Taylor parpadeaba—. ¿Hicisteis sexo oral la primera vez?

— ¡Taylor! —se quejó Ira—. Eso es algo muy personal.

—A ti no te he preguntado.

Andrea sonrió.

—Sí. Es más, yo iba directa a la bragueta de su pantalón cuando me cogió de las manos y me dio la vuelta. —Se mordió el labio—. Puedo decir con toda seguridad que Scott es el...

—Mejor lamedor de coños que hay en todo el mundo, ¿no?

Ira suspiró.

—Dios, eres horrorosa, Tay. Me alegro de que Amy no esté aquí. ¿Sabes lo mal que habla desde que...?

—Te habrás depilado, ¿verdad, Andrea? El *look* selva no se lleva nada de nada.

—Claro que me he depilado —contestó molesta—. Desde que comencé

a salir con Scott adquirí la buena costumbre de depilarme.

Tay asintió.

—Ésa es mi chica. ¿Qué te vas a poner?

Andrea se levantó, dejando con suavidad a *Blanca* en la alfombra, dormida. Fue a su habitación y cogió la bolsa con el vestido azul cielo que le había prestado Irina. Los zapatos se encontraban en la misma bolsa, también suministrados por ella.

Fue al salón y sacó el vestido, mirando a Ira con una sonrisa.

—Ira me ha dejado este vestido de color azul cielo.

Era precioso.

Su amiga se lo había traído tras pedírselo ella por teléfono. Era un vestido de una sola manga de distintas telas de seda, que dejaba el otro hombro al descubierto. Le llegaba hasta las rodillas y, aunque no era estrecho, con el movimiento de sus caderas se pegaba a ella como una segunda piel, haciendo que su trasero se transparentase de vez en cuando al tocar la tela.

Taylor parpadeó.

—Es precioso, nadie lo puede negar. Pero es... demasiado elegante, inocente y... demasiado *Irina* —soltó haciendo un gesto con las manos que la hizo reír. Irina frunció el ceño—. Pensé que te pondrías algo más...

Andrea sonrió.

—Más de tu estilo, ¿no?

—Exacto. —Movi6 las manos—. Un vestido negro o rojo entallado que fuese tan atrevido que, al verte, a Scott le diese la sensaci6n de estar leyendo un letrero donde pusiese «Hazme lo que quieras, soy toda tuya».

Irina aguant6 la risa mientras bebía su refresco; en cambio, Andrea apret6 los dientes.

—Te recuerdo que yo no voy a esa cena para acostarme con Scott. Deseo cerrar esta historia.

—¿Y la mejor manera de cerrarla no sería con un fabuloso polvo?

—Andrea, nosotras te apoyamos. —

Irina sonrió con ternura—. Haz lo que creas que tengas que hacer esta noche. Si en algún momento te sientes mal o incómoda, llámanos e iremos a por ti. No lo dudes en ningún momento.

Andrea asintió y sonrió, agradecida.

Por un momento se permitió pensar en aquella velada dejando a un lado el pasado. ¿Se comportaría Scott? ¿O haría todo lo posible por derrumbar aquellas barreras que ella había levantado para poder, así, acceder a ella?

Bufó.

Por supuesto que no se comportaría. Scott amaría cada segundo, incitándola a desearlo aún más, a dejar a un lado los malos recuerdos para abandonarse al

placer. Pero ¿y luego? Era muy fácil decir que después ya pensaría qué hacer, pero Andrea era una mujer que estaba acostumbrada a tenerlo todo controlado.

Y con Scott aquello era imposible.

—Deja de poner esa cara de reprimida y vete a la ducha. Recuerda que Scott te recoge en el trabajo. Oye, ¿por qué no se ha ofrecido a recogerte aquí? —preguntó Ira—. Eso me ha extrañado; según me habéis contado, Scott siempre se ha caracterizado por tener unos modales de envidia.

Tay bufó al tiempo que palmeaba el muslo de Ira.

—Cariño, Andrea no quiere que Scott sepa dónde vive. Si alguna noche

se presenta, ¿qué hará ella?

Los rasgados y violetas ojos de Ira se entrecerraron, confusos.

—Pues decirle que se vaya y cerrar la puerta, u ofrecerle un café pero nada más.

Tay se rio.

—Ya, claro. Eso es lo que harías tú. —Rodeó los hombros de Irina con uno de sus brazos—. Pero Andrea es una mujer dominada por las hormonas, Ira. A ver, déjame que te lo explique... — Andrea sonrió mientras iba hacia la cocina—... cuando una bebe demasiado, no se acuerda de nada de lo que ha hecho al día siguiente, ¿cierto? — Esperó a que asintiera—. Pues las

hormonas son como el alcohol. Por las noches, nuestra Andrea se encuentra borracha y, encima, si viene Scott con ese metro noventa y seis y pene de...

—Tay, lo he entendido —susurró Irina enfadada.

—Genial.

—Pero no entiendo por qué Andrea no es capaz de controlarse. A mí nunca me ha pasado y...

—Ése es el problema, Ira. Nunca te ha pasado y, cuando te pase, te acordarás de nosotras. —Le guiñó un ojo.

Tras ducharse, Irina se encargó de arreglarle el largo cabello castaño dejándoselo suelto en suaves ondas con

algún que otro mechón liso cuyos reflejos dorados aclaraban su cabello. Por otro lado, Taylor se ocupó de pintarle los labios de un rojo carmesí y de darle un poco de sombra a sus ojos, haciendo que aquel tono marrón dorado contrastase más.

Había que decir que Andrea se había mostrado contraria a que ellas la arreglaran. Odiaba que tocaran su cabello, a no ser que fuese un peluquero, y, además, detestaba no ver cómo estaba quedando el maquillaje en su cara. Pero vio la ilusión en los ojos de sus amigas.

En los de Taylor, ilusión porque iba acostarse con Scott.

En los ojos de Irina... Simplemente

ganas de peinarla, como una madre asistiendo a la primera cita de su hija.

Una vez arreglada se fue hacia la puerta y, al abrirla, se encontró con un coche negro esperando en la acera.

Se quedó paralizada bajo el dintel.

Una figura oscura salió del vehículo. Andrea aguantó la respiración.

Cuando aquella sombra se acercó a la puerta de su casa y la luz de fuera lo iluminó... Andrea jadeó.

Scott estaba frente a ella, con una camisa blanca remangada en los antebrazos y con algunos botones abiertos por el pecho, dejando ver una porción de piel y músculos que la volvieron loca de deseo. No tenía ni

rastro de vello en el tórax y, ante aquella imagen, sólo pudo suspirar de deleite.

Después estaban aquellos pantalones oscuros que tan bien le sentaban, marcando sus fuertes piernas y, sin que a sus ojos le pasase inadvertido, su miembro. Llevaba en uno de sus brazos una chaqueta. Su pelo corto negro estaba peinado en punta, algo húmedo.

Y cuando se acercó a él...

El olor a menta fresca y cuero la invadió.

—Andrea —la saludó roncamente mientras sus ojos vagaban por su cuerpo.

—¿Q-Qué haces aquí? —tartamudeó—. No te he dicho dónde vivo.

—Me pareció más correcto recogerte aquí. —Evitó su pregunta descaradamente, algo que a Andrea no le gustó.

Iba a insistir cuando Taylor e Irina aparecieron a su lado.

— ¡Eh, Scott! Estás para comerte — saludó su amiga rubia con énfasis.

Aunque maldijo cuando Irina le golpeó en la cabeza.

—¿Pero qué coño he dicho?

Irina la ignoró.

—Hola Scott, buenas noches.

—Buenas noches, Irina. Taylor.

Su amiga rubia sonrió.

—No te portes muy bien, ¿de acuerdo? Haz que nuestra chica...

—Os deseamos una buena velada.

—Irina empujó a Andrea por los escalones, haciéndola bajar hasta chocar contra el duro y fuerte pecho de Scott. Andrea puso sus manos en su torso para evitar tropezarse; las grandes manos de él fueron a parar a sus hombros—. Nosotras nos ocuparemos de *Blanca* y te cerraremos la casa al irnos.

Andrea asintió sin oír realmente lo que había dicho su amiga.

Estar apoyada en el pecho de Scott y sentir sus manos en ella enturbiaban su mente. Sólo podía pensar en las maravillas que harían en ella, en su cuerpo. Ya lo había probado una vez, y deseaba probarlo nuevamente tras ocho

años.

Cuando la puerta se cerró, ambos se quedaron solos.

Era una noche veraniega, fresca, y las flores que había en su ventana y en los setos desprendían un olor tan aromático y relajante que Andrea se adormeció en sus brazos mientras respiraba hondamente.

Se oía el chirrío de algún que otro grillo. Todo aquello parecía ser como aquella noche en la que Andrea se entregó a Scott. Aquello la aterrorizó y la enterneció a la vez.

Cuando sus grandes manos pasaron por sus brazos varias veces, calentándola, se estremeció y volvió al

presente.

—¿Estás bien?

Andrea asintió, aunque no habló, segura de que la voz le fallaría.

Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos oscuros, que parecían carbón en aquella oscuridad con tan poca luz. Se humedeció los labios y vio cómo aquel gesto era seguido por él con ansia.

—Vamos, he hecho una reserva en un buen restaurante.

Y con una mano en su baja espalda, la condujo hasta el coche, sintiendo en cada paso que se disparaba una alarma que le advertía de estar entrando en la boca del lobo.

## Capítulo 4

Aquel restaurante llamado Jacqueline's resultó ser más cómodo y confortable de lo que en un principio había supuesto Andrea. Con un inmenso jardín donde había numerosas mesas llenas de clientes, había una pista de baile en una plataforma de madera, baja, en la que

algunas parejas bailaban. La pista estaba rodeada por una pequeña verja cubierta de flores y plantas que se alzaban hacia arriba, hasta un techo descubierto que permitía disfrutar de la hermosa noche.

La emoción la embargó rápidamente, sin poder contenerse.

Ambos parecían una feliz pareja que estaba disfrutando junta de la velada, sin preocupaciones.

Cuando un camarero los condujo a una mesa en medio de aquel jardín iluminado con farolas, Andrea contuvo las ganas de sonreír como una niña.

Tras pedir la bebida, colocó las manos sobre el regazo y miró todo lo que había a su alrededor, intentando

absorber toda aquella belleza. Acababa de darse cuenta de que todas las mesas se encontraban puestas en un caminito hecho de loza para que las mesas y sillas no se pudiesen caer.

Levantó la vista y miró a Scott.

—Gracias por traerme aquí, me encanta.

Una de las comisuras de sus labios se curvó hacia arriba.

—Pensé que te gustaría.

—Pues has acertado. —Se permitió sonreírle.

—Me gustaría saber algo de ti. ¿Qué has hecho estos años restantes?

El camarero dejó las copas de vino y, al irse, Andrea cogió la suya para

llevársela a los labios y beber.

—Bueno, tras marcharte terminé mis estudios secundarios y entré en la universidad. Siempre he sido una apasionada del periodismo, así que escogí esa carrera, pagándola con las becas que conseguía gracias a mis altas calificaciones. —Se encogió de hombros—. Desgraciadamente no conseguí entrar en un periódico, así que lo intenté en la revista en la que trabajo ahora. Me alegro de haberlo hecho.

Omitió el pequeño detalle de haberse mudado, decidida a pensar que aquello no le interesaría a Scott.

—Te mudaste. Me enteré al... volver.

Pues se había equivocado, al parecer aquello le interesaba... y mucho.

—Sí, me mudé por distintos motivos personales, pero acabé regresando.

Pensé en volver a España, pero algo...

—Lo miró—. Hay algo que me obliga a permanecer aquí. En Nueva York.

¿Cuándo retornaste?

—Al año siguiente de... dejarte.

¿Por qué le costaba tanto trabajo pronunciar aquella palabra?, se preguntó Andrea, confusa ante el dolor que parecía haber en sus ojos oscuros.

—Ah. ¿Por qué volviste?

Scott levantó la vista, clavándola en ella.

—¿Es necesario que lo diga?

El silencio se interpuso entre ambos, vacío, pesado. Se aguantaron la mirada durante unos segundos, hasta que llegó el camarero para tomar nota de lo que iban a pedir.

Scott le preguntó algo, quizá si le daba permiso de elegir por ella, y Andrea asintió sin estar realmente allí, pensando en las palabras de Scott, pronunciadas con aquel deje de dolor que tan confusa la dejaba. ¿Había vuelto a por ella? Y, si era así, ¿por qué? La había dejado con una escueta nota y con el corazón roto, ¿acaso pensaba que ella iba a recibirlo con los brazos abiertos?

El camarero tomó el pedido y se fue.

Una dulce canción inundaba

suavemente el ambiente.

—¿Cómo conociste a Dorek?

Scott notó rápidamente su cambio de conversación y Andrea agradeció que lo aceptara.

— También estaba alistado en la Marina, ingresó el mismo día que yo. Kevin ya llevaba dos años allí, al igual que Sean, otros marines.

—¿Alguno tiene pareja o está casado?

—No, ninguno. Kevin estuvo casado con una mujer que también era marine. Se conocían desde niños, ya que ambos eran de Fool's Gold, pero desgraciadamente ella murió en una misión en Afganistán con veinticinco

años. Kevin quedó destrozado y, a cualquier parte que lo destinasen, iba. No le importaba vivir o morir, sólo quería volver a estar con Claire.

Andrea sintió un pinchazo en el pecho ante aquella trágica historia.

—¿Hace mucho que murió?

Scott colocó los codos en la mesa.

—Hace tres años. Actualmente, Kevin vive con el hijo de ambos, Jay, en un pequeño apartamento. Vendió la casa que tenían antes.

—Dios mío, lo siento muchísimo. Ha debido ser horrible para los dos.

—Sí, a Kevin le costó seguir viendo a Jay. Es tan parecido a Claire que a veces pareces estar viéndola en sus ojos

marrones. —Scott sonrió con tristeza—. Los demás somos como sus tíos, siempre le hacemos regalos y nos lo llevamos a veces a casa cuando Kevin está de servicio.

En ese momento llegó la comida.

Para alivio de Andrea, la cena pasó con relativa tranquilidad. La comida era deliciosa y se alegró de que Scott se acordase de sus gustos. Un gran filete de ternera, verduras cocidas y una salsa al lado que ayudaba a ingerir la carne.

A pesar de haber intentado atrasar el tema que realmente los había unido, Andrea era consciente de que era ahora o nunca.

Así que, terminando de comer, dejó

el tenedor en el plato y cogió aire tras beber de su copa de vino, vaciándola.

—Scott, quiero que sepas algo. —  
Sus negros ojos se clavaron en ella—.  
No pienso acostarme contigo hoy. Ni  
nunca.

Algo brilló. Una sonrisa pícaro  
surcó su rostro.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

—Porque no quiero volver a  
cometer los mismos errores, Scott.

Su sonrisa se borró y, al acercarse  
más a ella, la intimidó.

—¿Para ti fue un error hacer el amor  
conmigo? —susurró.

— ¡No, claro que no! Pero me  
hiciste mucho daño, Scott. No quiero

volver a pasar por ello. Deseo cerrar esa etapa de mi vida.

—Y a mí en ella.

Andrea desvió la mirada.

—¿Me culpas acaso? Me dejaste una mísera nota diciéndome que habías pasado las pruebas y te alistabas en los marines. ¿Desde cuándo lo sabías? ¿Por qué no me contaste que te presentaste a esas pruebas? —murmuró mientras sentía una opresión en el pecho.

—Necesito arreglar esto, Andrea.

—Genial. Yo también pretendo arreglarlo.

—No, no me entiendes. —Colocó su mano sobre su rodilla desnuda. Andrea dio un pequeño salto en la silla—.

Quiero una segunda oportunidad Andrea, una más.

Retiró aquella mano que enviaba chispas de placer por su cuerpo de un brusco movimiento. Se alejó de él.

—No.

—Sí.

—No, y no vas a hacerme cambiar de opinión, Scott. No es no.

Él alzó una ceja y, sonriendo, susurró lo bastante bajo y ronco como para que solamente ella se enterase:

—Eso dices ahora, cielo. Espera a que te tenga debajo de mí, gimiendo.

\*\*\*

Cuando Scott pagó la cuenta la llevó hasta el coche con la mano en su cintura, sin que ella ofreciera resistencia alguna. Andrea seguía atónita ante las palabras que él había pronunciado. Habían encendido en ella una mecha que se extendía por todo su cuerpo como llamas hambrientas, devorando todo aquello que hallaban a su paso.

Entró en el vehículo en silencio, intentando controlar los latidos de su corazón y el torpe movimiento de sus pies.

Se preguntó qué pasaría ahora.

¿Deberían acostarse, quizá? Ella no opondría mucha resistencia, la verdad. Lo malo era lo que pasaría al día

siguiente. Tal vez podría llegar a una especie de trato con él: sexo sin compromiso.

Andrea ya estaba enamorada de él, terrible y desenfrenadamente enamorada de él, y la había hecho sufrir como nadie antes lo había hecho, ¿qué podía perder? Sólo ganaría placer.

A manos de Scott.

¿Había algo más delicioso que aquello?

A pesar de haberse acostado sólo una vez con Scott, se preguntó si habría cambiado en algo. ¿Seguiría siendo tan atento como era antaño o sólo le preocuparía ya su placer? El hecho de imaginarse aquel gran y musculoso

cuerpo sobre el de ella...

Abrió la ventana del coche, apretando el botón.

Scott arrancó el vehículo y la miró de reojo.

—¿Te encuentras bien?

«Sí, genial», pensó irónicamente.

—Sí. —Se aclaró la voz—. Sólo tengo calor.

Una de las comisuras de aquellos masculinos y apetecibles labios se curvó en una mueca que parecía ser una sonrisa.

—Si quieres puedo poner el aire.

Aquella sugerencia ocultaba un tono bromista.

—No, gracias. Con el aire de la

calle me basta —gruñó por lo bajo.

Durante todo el trayecto a su casa, Andrea estuvo pensando en las distintas opciones que tenía. Mientras tanto, la fresca brisa veraniega que entraba por la ventana aliviaba parte del calor que sentía. Por supuesto, haría falta algo más que una brisa para apagar el fuego que había en su interior.

Cuando llegaron, Scott apagó el motor y la miró.

Aquella mirada ardiente que recorría su cuerpo la sonrojó e, inmediatamente, se humedeció los labios mientras ordenaba a sus piernas moverse y a sus labios formular un cortés agradecimiento y una despedida.

Por desgracia su cuerpo no la obedecía.

Cerró los ojos durante unos segundos y, al abrirlos, lo miró. Dios santo, era tan atractivo. Con aquel pelo negro corto, aquellos ojos oscuros y cálidos y aquella sombra de barba incipiente que le daba un tono más pícaro, misterioso... dominante.

Quizá debería...

—¿Quieres entrar a tomar una copa?

Maldijo a los segundos de formular aquella pregunta. Sí, definitivamente su cuerpo no respondía a sus órdenes.

Scott alzó una ceja al tiempo que se inclinaba sobre ella.

—¿Estás segura de querer invitarme

a entrar?

«No.»

—Sí. —Su voz sonó como un graznido.

Scott asintió.

—Sí, me encantaría entonces.

Tras salir del coche, él fue hacia ella y le abrió la puerta. Al pasar por su lado clavó la mirada en el suelo.

Estaba buscando las llaves en su bolso cuando lo sintió detrás. Grande, caliente... Estaba segura de que, si daba un paso hacia atrás, más cerca de él, podría sentir su aliento en el cuello.

Como las manos le sudaban, las llaves cayeron al suelo con un fuerte estruendo a la vez que ella maldijo en

español.

Scott se agachó a cogerlas y luego se inclinó sobre ella para hacer entrar la llave en la cerradura, pegando su torso a su espalda. Sin poder evitarlo, Andrea se echó un poco para atrás, deseando sentir su erección en el trasero. La puerta se abrió suavemente y una de sus grandes manos se colocó en su cintura con posesión, arrimándola a él.

Debido a la gran altura de Scott, se estiró y pudo oír lo que susurró.

—Me estás buscando, ¿verdad, Andrea?

Esa mano fue hasta su trasero, apretando. Un gemido se escapó de sus labios.

—Eres mía, Andrea. —Sus labios se colocaron cerca de su oreja—. Siempre lo has sabido.

En ese momento *Blanca* hizo su aparición, ladrando y saltando para que la cogieran y la acariciaran. Estuvo a punto de maldecir cuando Scott se separó de ella para coger a su cachorro en brazos con una mano, pegándola a su pecho y, con la otra, acariciándola.

*Blanca* no perdía el tiempo. Intentaba lamerle y jugar con él con suaves mordiscos.

Andrea se aclaró la voz.

—Vamos, entra. ¿Qué quieres?  
¿Vino, cerveza, Coca-Cola...?

La mirada oscura y depredadora de

Scott le dejó claro que deseaba otra cosa. A ella.

—Vino, gracias.

Andrea asintió. Tras cerrar la puerta y hacerle un gesto para que entrase en el salón, cogió dos copas de vino de un estante y fue hacia la cocina. Dejó las copas en la encimera y se quitó los tacones, disfrutando del frío del suelo. Cogió el vino y lo sirvió en ambas copas de manera generosa.

Iba de camino al salón cuando se paró abruptamente ante la imagen que ante ella se mostraba.

Scott estaba mirando por la ventana del salón las hermosas vistas de Nueva York, con aquellos rascacielos

alzándose con elegancia mientras los demás edificios proyectaban pequeñas luces. En su fuerte y poderoso brazo estaba dormida *Blanca*, con la cabecita en su hombro. Con la otra mano la acariciaba con dulzura, y se oían ruidos de placer procedentes de la perrita.

Andrea se aclaró la voz, deseando salir de su estupor.

—Aquí tienes —dijo acercándose a él y estirando el brazo.

Scott dejó de acariciar a *Blanca* y cogió la copa.

—Gracias.

Aquella palabra parecía ir cargada de significado. Gracias por haber aceptado ir a cenar conmigo, gracias por

haberme invitado a entrar, concediéndome así parte de tu confianza. Pero... ¿gracias ante una segunda oportunidad? No creía que fuera por eso. No habían hablado de ello.

No abiertamente.

—De nada.

Se sentó en el sofá y, echándose el largo cabello hacia atrás, lo contempló en silencio.

Scott dejó al cachorro dormido en aquella especie de cama que Andrea tenía para ella en el suelo. Ni siquiera se despertó.

Cuando se sentó a su lado, dio un pequeño salto al sentir su muslo tocando

el de ella.

Scott suspiró.

—No puedo más, Andrea.

\*\*\*

Los castaños ojos de ella parpadearon, confusos.

—¿Cómo?

—Me siento como un violador, Andrea. Si te toco, saltas. Si me acerco demasiado, susurras algo. ¿Te incomoda estar conmigo?

Andrea soltó una risa nerviosa.

—Por supuesto que no.

Scott la miró seriamente y, dejando la copa de vino en la mesa, encaró los

hechos.

—Si no sientes nada por mí, prefiero dejar las cosas como están, Andrea. Lamento muchísimo el daño que te hice, nunca fue intencionadamente. Quiero estar contigo de todas las maneras posibles, enmendar el daño que te causé. Pero no puedo si estás siempre huyendo de mí.

Andrea se sonrojó.

—No estaba huyendo de ti — murmuró.

—¿Entonces qué pasa? ¿Estás todavía dolida? ¿No te sientes atraída por mí? Si es así, puedes decírmelo. Me iré de aquí y nunca más volveré a molestarte. —Extendió la mano y

acarició con el dorso su mejilla sonrojada—. Todavía te quiero, Andrea. Pero...

Se adelantó y le tapó los labios con los dedos.

—Quizá... podríamos tener sexo sin compromiso.

Scott frunció el ceño.

—¿Sexo sin compromiso?

—Vamos, Scott. —Andrea bufó—.

No me digas que estos ocho años has estado sin practicar sexo con otras mujeres, porque yo sí me he acostado con otros tíos.

Scott gruñó.

—No sé qué tiene que ver esto en nuestra conversación, ni tampoco el

hecho de que te hayas follado a otros tíos.

¿Celoso? Joder, sí. Y mucho. No tenía ningún derecho, pero lo estaba. Sólo imaginarse a otro sobre aquel cuerpo hecho para el placer lo mataba. ¿Habría disfrutado? ¿Lo había olvidado a los pocos días de irse?

No, no era posible. Ambos habían estado muy enamorados, era imposible.

—Scott, tú volverás a irte en cuanto te llamen, ¿verdad? —gruñendo, asintió—. Por lo tanto, no tiene sentido establecer una relación seria. Yo no puedo esperarte meses sin saber nada de ti, sin estar contigo y sin tocarte.

—Así que quieres sexo. Sólo sexo.

Andrea se sonrojó bajo su atenta mirada.

—Así haces que suene... cruel. — Alzó la barbilla. Aquella fierecilla lo volvía loco, pensó Scott con una sonrisa —. Es lo que puedo darte. Y, aunque no lo veas, también es lo único que puedes darme tú a mí.

En un impulso, Scott la cogió por la cintura con ambas manos y la sentó en su regazo, a horcajadas y colocándola sobre su dura erección. Sus mejillas se volvieron aún más rojas al sentir su pene sobre su fina ropa interior, presionando contra ella.

Con las manos en ella, la empujó hacia abajo.

Ambos gimieron.

—Me parece bien. —Scott le cogió el rostro con una mano, acercándola a él. Estaba dispuesto a doblegarla con el sexo. Tal vez así se diese cuenta de que aquello era una estupidez y de que ambos estaban hechos el uno para el otro—. Pero quiero unas condiciones en esto.

Andrea miraba sus labios fijamente. Se humedeció los suyos y colocó sus manos sobre sus anchos hombros, apretando con suavidad.

—De acuerdo —asintió.

—En primer lugar, quiero exclusividad. —Se alejó cuando Andrea intentó besarlo—. En segundo lugar,

excepto cuando estemos ocupados, ya sea trabajando o porque sea imposible vernos, tendremos sexo siempre que uno de los dos quiera.

—Eso es... cruel. —Andrea deslizó sus manos hacia abajo—. ¿Qué pasará cuando esté con la regla?

—Siempre habrá excepciones, Andrea. Hablo de forma general.

—Oh, de acuerdo. Continúa.

—Quiero que tengamos intimidad, que salgamos por ahí. Quiero despertarme siempre que sea posible contigo a mi lado. —Pasó el pulgar por sus labios entreabiertos—. Quiero que seamos sinceros uno con el otro.

Andrea puso los ojos en blanco.

—Y eso lo dices tú, que guardabas secretos durante nuestra relación. Pero, de acuerdo, lo acepto todo. —Sus manos pararon al llegar a la bragueta del pantalón—. Quiero que también añadas confidencialidad. Nadie puede saber nada. Excepto nuestros amigos, pero nadie más.

—¿Por qué?

Scott gruñó al sentir las manos de Andrea por la tela del pantalón contra su erección, frotando y apretando con suavidad.

—Cuando terminemos quiero que mi vida siga igual, intacta. —Se inclinó sobre él, más cerca de sus labios—. No quiero que vuelvas a alterar mi

existencia.

Estaba seguro de que ella no era consciente de lo mucho que lo estaban hiriendo sus palabras.

Se lo merecía, y lo que no sabía Andrea era que aprovecharía cada segundo que compartiese con ella para enamorarla de nuevo, para recuperar lo que tuvieron un día.

Asintiendo, la besó suavemente en los labios. Al separarse, sonrió. Andrea parecía aturdida y frustrada, esperando quizá sentir su lengua en el beso.

—De acuerdo.

## Capítulo 5

Debería estar feliz, pensó. Pero por alguna extraña razón, tenía la sensación de haber cerrado un trato del que verdaderamente no conocía todos los términos.

Por desgracia, al sentir los labios de Scott sobre ella se borró toda razón

lógica.

Sus manos se encontraban todavía en su bragueta mientras devoraba aquellos labios que tantas veces había sentido en sus sueños, aunque para nada se semejaban a la realidad. Tras ocho años, los recuerdos habían pervivido, pero no así las sensaciones.

Por fin aquella noche podría volver a sentir las.

Gimió al notar la lengua de él lamer su labio inferior, instándola a abrir los labios. Al hacerlo, su lengua entró en su boca, haciéndola arder y jadear en busca de aire mientras intentaba bajarle los pantalones.

Scott le dio un beso suave en los

labios antes de separarse.

Andrea se estremeció al ver el hambre en sus ojos.

—Vamos a tu cuarto. No quiero que *Blanca* se despierte y nos vea.

Andrea se rio.

—Claro.

Antes de levantarse de su regazo, ella cogió su copa de vino y se la terminó de beber de un solo trago, pensando quizá que así tendría el suficiente valor como para mirarlo a los ojos y no sonrojarse. Porque, a pesar de ser adulta y de haber pasado ocho años, con Scott seguía sintiéndose como una adolescente.

Scott la miró con una ceja alzada al

ver su copa vacía y, cuando ella fue a coger la suya para beber el resto que quedaba, se la quitó de las manos.

—Ah, no. Te quiero consciente en todo momento. —Sonrió—. Así no podrás negar a la mañana siguiente que tuviste la mejor noche de tu vida.

Le guiñó un ojo.

Sí, Scott seguía siendo igual de bromista y orgulloso que siempre.

Cuando subieron las escaleras y antes de entrar en su habitación, sintió las manos de Scott por detrás, colocándose en su vientre e impidiéndole dar otro paso más.

El aire escapó de sus pulmones temblorosamente ante aquel el contacto;

aquellas revueltas mariposas que los libros solían describir aparecieron en su estómago con rapidez, haciéndola maldecir interiormente. Cerró los ojos e intentó relajarse. Aquello no era nada nuevo, ya había estado antes con Scott, no tenía por qué significar nada... Y, a pesar de ello, sentía tal emoción que las comisuras de sus labios estaban alzadas hacia arriba, formando una sonrisa tímida y sensual.

Suspiró al sentir los labios apretados con suavidad contra su pulso, que latía desenfrenadamente. Luego fue el turno de su cálida lengua, que lamió aquella sensible zona mientras la mordisqueaba suavemente, enviando

oleadas de placer por todo su cuerpo.

Una de las manos que estaba en su vientre bajó más y más y, cuando pensó que iba a colocarse sobre su entrepierna, cogió el dobladillo del vestido y lo fue subiendo poco a poco, acariciando su pierna mientras seguía lamiéndole el cuello.

—Scott... —suspiró.

Rápidamente aquella ternura desapareció. Unos segundos más tarde se encontraba de cara contra la pared, sintiendo cómo su vestido era extraído de su cuerpo y cómo sus manos la inclinaban, teniendo así el trasero levemente levantado.

Gimió cuando le acarició el trasero,

apretando dulcemente ambas nalgas mientras aumentaba la cercanía entre ambos.

—Eres increíble, Andrea. Aquí me tienes, postrado de rodillas mientras tengo una jodida erección tan dura como el hierro.

—Quiero... —Se humedeció los labios—... quiero tocarte, Scott.

Scott le abrió las piernas, teniendo así más acceso a ella.

—Después —gruñó.

Aquella orden no le gustó.

Nada.

Intentó girarse, pero la tenía bien agarrada.

—Scott, esto tiene que ser...

—A veces hablas demasiado, nena.

Y con ello metió la mano dentro de la pequeña pieza de ropa interior. En primer lugar ahuecó su entrepierna y apretó suavemente, haciéndola gemir y arquearse entre sus brazos. Después se estremeció al sentir cómo aquellos largos dedos abrían los pliegues de su sexo.

Cogió aire.

Gimió de nuevo cuando uno de sus dedos entró en ella con facilidad, dilatándola y haciendo un movimiento circular que la volvió loca.

—Oh, mierda. Te sientes malditamente bien, Andrea. Caliente, húmeda y...

Ella no oía nada más que una voz seductora y ronca susurrar a lo lejos. Tenía los ojos cerrados, el rostro apretado contra la pared y el cuerpo arqueado, deseando sentir más de aquel placer que sólo Scott era capaz de entregarle.

Cuando el pulgar hizo círculos alrededor de su hinchado clítoris, dio un pequeño salto y gimió.

—Oh, Dios mío...

—Eso es, Andrea. —Comenzó a frotárselo suavemente mientras introducía otro dedo más en ella—. Déjate llevar.

Se echó hacia atrás, buscando más contacto. Sonrió al encontrarlo. Frotó su

trасero contra la ríгida y gran erección de Scott, oyéndolo gemir.

—Quiero...

—Quieres correrte —la interrumpió.

El ritmo de sus dedos aumentó y la presión en su clítoris también.

Si no fuera porque estaba al borde de un descomunal orgasmo, le habría dicho tres cosas a la cara.

Su otra mano libre fue subiendo poco a poco hasta dar con sus pechos. Empujando hacia abajo el sujetador negro de encaje, hizo salir aquellos voluptuosos senos de su guarida y comenzó a acariciarlos.

Cada segundo estaba más cerca.

—Vamos, princesa, déjame sentir

cómo aprietas mis dedos mientras te corres.

Pellizcó uno de sus oscuros pezones, dio otro toque a su inflado clítoris y, al tener los dedos profundamente dentro de su sexo, los levantó de tal manera que tocó algo dentro de ella que la hizo correrse con un sollozo, dejando caer todo su peso muerto sobre los fuertes brazos de Scott mientras tenía pequeñas convulsiones que la recorrían de pies a cabeza.

Sin dejarla descansar o al menos reponerse, Scott la giró para observarla detenidamente. Todavía veía pequeños puntitos de colores que danzaban a su alrededor, pero el hambre que

transmitían sus ojos tenía tal intensidad que sería imposible no reparar en ellos.

Sus ojos oscuros brillaban con fuerza y cuando bajó la mirada... jadeó.

Aquella enorme erección apretaba con fuerza la tela de su pantalón.

Estiró la mano para acariciarla y...

Él la esquivó. Andrea frunció el ceño y, con la respiración entrecortada todavía, cogió aire.

—¿Por qué diablos no me dejas tocarte?

Scott se limitó a mirarla antes de acercarse y pegar los labios a los suyos. Mordió con cierta brusquedad pero siempre dentro del placer su labio inferior. Cuando ella los abrió, Scott

aprovechó la oportunidad y profundizó el beso mientras la pegaba a él.

Tenía una de sus rodillas entre las piernas y...

Se frotó contra él. Seguramente le ensuciaría los pantalones, ¡pero qué demonios! Merecía la pena y ella misma se ofrecería voluntaria al día siguiente para lavárselos.

—Jesús, Andrea. Me muero de ganas por estar dentro de ti.

—No esperes. —Le cogió el rostro entre las manos—. Por favor...

Le lamió la mandíbula y mordisqueó su barbilla, recordando lo mucho que le gustaba que le hiciera eso.

Scott gruñó.

—No, Andrea. Nuestra primera noche no será así.

Ella estiró las manos y sonrió cuando, al posarlas sobre su bragueta, él no se las retiró. Frotó varias veces la palma de la mano contra la dura erección antes de bajarle la cremallera y luego los pantalones, quedándose en unos bóxer negros que dejaban muy poco a la imaginación.

Sobre todo cuando la punta de ésta sobresalía.

«Sí, sigue siendo igual de magnífico que siempre.»

Le quitó toda la ropa con rapidez y llevó sus manos hasta aquel fuerte y musculoso pecho. Una vez que quedó

expuesto... cerró los labios con fuerza, reteniendo el gemido que estuvo a punto de salir de ellos.

Dios santo, era tan grande en todo... Le encantaba. Le encantaba medir apenas un metro sesenta y seis y él más de metro noventa. Se imponía sobre ella con una oscura promesa, humedeciéndola y dejándola anhelante, con aquellas grandes manos que parecían cubrirla por completo.

Arrastró suavemente las uñas por aquel torso, deteniéndose en los abdominales y...

—Scott, quiero que sepas algo y espero que no se te suba a la cabeza.

Él alzó una ceja.

—Tienes el mejor cuerpo que he visto en mi vida. No me importaría usar todos esos músculos... para alguna que otra cosa más depravada.

Scott sonrió y, colocando sus grandes manos en su cintura, casi cubriéndola por completo, la atrajo hacia él. Ambos gimieron al sentir su caliente y dura verga contra el estómago de ella.

—Cuando quieras.

Volvieron a besarse, pero esta vez Andrea decidió actuar. Llevó sus manos hasta su miembro y, aunque no pudo envolverlo por completo, respiró hondamente ante la sorpresa de estar allí con él. Sintió las venas que lo

componían, además del pulso. Al subir sintió la gruesa punta roma que ardía entre sus manos.

Apretó suavemente y...

Scott gruñó, maldiciendo.

—Joder.

El hambre de él pareció aumentar, ya que sus labios no sólo la acariciaban, no. Sus labios la devoraban, obligándola a aceptar su lengua y la dura intrusión mientras pegaba sus caderas a ella y se movía. Seguramente tendría los labios sonrojados e hinchados al día siguiente, pero le daba igual. Le encantaba. Era adicta a sus labios.

Adicta a Scott.

Taylor se moriría de envidia cuando

se lo contase.

—Vamos a la cama —susurró antes de cogerla en brazos.

Una vez en su habitación, la dejó en el suelo y se separó de ella.

Sus ojos viajaron por todo su cuerpo. Desde sus pechos hasta su entrepierna y sus piernas para subir y mirarla a los ojos.

Andrea se estremeció y, dando un paso hacia atrás, dio con el borde de la cama. Se sentó y fue retrocediendo poco a poco sin perder el contacto. Una vez estuvo en el centro, se mordió el labio, ansiosa.

Scott dio un paso hacia ella.

—Abre las piernas, Andrea.

A pesar de haber tenido ya un orgasmo, se moría de ganas por volver a tener otro y sobre todo si ello implicaba sentir el pene de Scott dentro de ella. Desde aquella posición podía observarlo sin contemplaciones, totalmente. Pero en lo que más se centró fue en su polla. Grande, ancha y con algunas venas que antaño había sentido en sus manos al acariciarla. Por encima de todo destacaba el glande, la punta roma sonrojada.

Se sonrojó.

En ese momento recordó que le había dicho algo.

¿Qué era?

Ah, sí...

—¿Andrea?

Los brazos de Scott, en ese momento en tensión ante la expectativa, estaban marcados por algunas venas y los músculos que lo componían, visibles por lo que supuso que sería el duro entrenamiento.

Intentando superar aquella parte de ella que procuraba obligarla a no hacerlo, echó un cerrojo a sus pensamientos y poco a poco fue abriendo las piernas. Al escuchar un gruñido proveniente de él, se animó a hacerlo hasta mostrarle completamente la parte más íntima de su ser.

Él se fue acercando hasta estar de rodillas entre sus piernas, con las manos

en sus muslos y manteniéndola abierta.

Se mordió los labios y esperó.

—Oh, joder. Eres mucho mejor que en mis sueños, Andrea. Muchísimo mejor. Los recuerdos no son nada a tu lado. —Pasó un dedo por su abertura. Andrea se arqueó y gimió—. Nada.

—Scott... —suplicó.

Intentó cerrar las piernas al sentirse tan expuesta, pero sus manos la agarraban con firmeza.

—Me pregunto si seguirás sabiendo igual de bien que hace ocho años. Apenas puedo contenerme a probarlo. —Aquella promesa la enardeció.

Y con ello se agachó hasta tener su cabeza a la altura de su sexo.

Le alzó las caderas con las manos y la lamió.

Andrea gritó con fuerza y clavó los talones en el colchón. Llevó sus manos a su pelo e inconscientemente acercó su rostro más a ella, tirando de él. Ansiaba sentirlo más y, aunque le avergonzase decirlo, tener aquella cabeza entre sus piernas era algo muy erótico de ver. Sobre todo cuando aquellos oscuros ojos estaban fijos en ella, captando cualquier reacción e interpretándola.

Aquella lengua hacía maravillas, pensó.

Sentía cómo Scott la lamía y le abría más los labios para tener acceso a su húmedo y estrecho sexo, que parecía

estar a punto de estallar.

Se preguntó si podría morir de placer o, al menos, tocar el cielo con la punta de los dedos.

Scott comenzó a lamerla más rápido al sentir los primeros indicios del orgasmo. Absorbió su clítoris entre sus labios y la penetró con dos dedos. En ese momento perdió el control de todo: de quién era y de qué hacía allí. Solamente podía ver el rostro de Scott en su mente y la determinación en sus ojos de darle placer.

Y vaya si lo había hecho...

—Scott... —sollozó sintiendo los espasmos del segundo orgasmo. —Oh, Dios mío... Si estuviese de pie sería

incapaz de soportar mi propio peso.

Él se fue incorporando hasta estar sobre ella, apoyando su peso en los brazos.

—Tendrás un condón al menos, ¿verdad?

Lo tenía, pero quería sentirlo sin él. Lo necesitaba. Lo ansiaba. Piel con piel. El mejor momento de la noche iba a llegar ya... Apenas podía controlar las ganas de cogerle el rostro entre sus manos y besarlo. Y después le devolvería el favor. Es más, quería hacerlo. Era un asunto pendiente que tenía con él.

La primera vez que estuvieron juntos, cuando quiso acercarse a su

miembro, él la frenó, diciéndole que ya tendrían otra oportunidad para aquello. Así que se dejó llevar, recibiendo tanto placer como su cuerpo fue capaz de aceptar. Y ahora tenía la oportunidad.

Lo único que fallaba era la poca fuerza que tenía. Le temblaban las piernas y los brazos.

—Sí, tengo condones, en la mesita de noche. Pero...

—Nunca practico sexo sin condón, Andrea.

Genial, ahora se sentía como una payasa estúpida y desesperada. Sus mejillas se volvieron rojas inmediatamente y Scott, al darse cuenta de ello, alivió su tono de voz. Quizá

Andrea no fuese consciente de lo mucho que le costaba controlarse y no enterrarse en lo más profundo de su sexo.

—No es nada personal, nena. —Le acarició la mejilla con los dedos. Pero el orgullo le dolía, así que alzó la barbilla.

—Lo que tú digas. —Estiró la mano y abrió el cajón de la mesita de noche sin mirarlo. Cogió uno y lo abrió.

Llevó sus manos a su miembro y, tras subir y bajar varias veces, se lo puso. En ese momento fue consciente de lo gran y hermoso que era. Aquella mirada oscura depredadora, la anchura de sus hombros que la cubrían

completamente, por no hablar de esos músculos que se habían hecho más fuerte tras ingresar en los marines. Y sus estrechas caderas...

— Guíame a tu interior, Andrea — susurró cerca de sus labios.

Cogiéndolo nuevamente entre sus manos, lo condujo a su interior. Ambos gimieron al primer contacto, cuando su glande entró en su hendidura. Scott quiso ir más lento, acariciarla y darle más placer, pero Andrea no se lo permitió, empujándolo por los hombros y obligándolo a que se diese la vuelta. Aunque claro estaba que él se dejó, ya que no tenía la fuerza suficiente como para mover a un hombre tan grande

como Scott.

Sentándose a horcajadas sobre él y teniéndolo por completo enterrado en ella, ambos jadeaban. Ella tenía las manos sobre su pecho; las de él se encontraban en su cintura, y luego ella se inclinó y él sintió así sus duros pezones.

Scott aguantaba, esperando el primer movimiento mientras la miraba fijamente, acariciando con los dedos la piel de la cadera.

Dios bendito, era tan... perfecto. Todo lo era. Andrea sentía los ojos húmedos. Nuevamente volvía a sentirse como aquella adolescente de diecisiete años que amaba locamente a Scott, que esperaba un futuro en común.

Pero no, todo aquello eran sueños.

—¿Andrea? ¿Te encuentras bien?  
¿Te duele? —preguntó roncamente,  
preocupado.

Sí, le dolía y mucho.

Pero no por lo que él creía. Sentirlo era maravilloso, incluso más, era como una necesidad fisiológica. Se mordió los labios, conteniendo las ganas de suplicarle que se quedara con ella, que la amara tanto como ella lo amaba y que le prometiera un futuro juntos, un para siempre.

La preocupación seguía en él.

—Andrea, si no estás...

—Cállate y muévete. —Se inclinó de nuevo y lo besó.

Cuando las caderas de Scott se movieron, algo se rompió dentro de ella. Ella le respondía, cabalgándolo mientras sus grandes manos la apremiaban. Andrea deslizó una de sus manos entre sus cuerpos y, tras armarse de valor, deseosa de hacerle sentir lo que ella sentía, acarició sus testículos.

—Dios mío... —Scott apretó la mandíbula.

Siguió haciéndolo hasta sentir cómo su tamaño aumentaba dentro de ella y, tras levantarse, dejó caer las caderas para que entrase totalmente. Scott estiró el cuello, y sus tendones se tensaron. ¿Por qué no se corría? Ella no podría aguantar más.

—Scott... No voy a aguantar mucho más.

Él asintió y, alzándola sobre él, capturó entre sus labios uno de sus duros pezones. Lamió y mordisqueó, llevándola todavía más cerca del borde del clímax.

Quiso detenerlo, insultarlo por concentrarse tanto en ella y no dejarla darle placer. Pero el orgasmo llegó, haciéndola olvidar todos aquellos pensamientos mientras su sexo apretaba con fuerza el pene de Scott. Se dejó caer sobre él, indefensa y sin fuerzas mientras sentía sus últimas embestidas antes de oírlo maldecir.

—Scott...

Nuevamente extendió su mano y acarició aquella bolsa pesada. Scott terminó corriéndose dentro de ella y susurrando su nombre. Se dejó caer en el colchón, con ella encima de él mientras ambos intentaban controlar sus respiraciones.

Las manos de él acariciaban su espalda de arriba abajo, dibujando círculos imaginarios mientras un cómodo silencio los rodeaba.

No tenían nada que decir, sólo dejarse llevar.

Andrea alzó la cabeza y lo besó suavemente, acariciándolo con la lengua mientras un sentimiento cálido se asentaba en su pecho.

—Odio decir esto pero... te he echado de menos.

Scott le acarició el largo cabello castaño.

—No más que yo, nena. —Suspiró—. No más que yo.

## Capítulo 6

Andrea se despertó al sentir los rayos del sol colarse por la ventana e incidir en su rostro. Se estiró suavemente tras bostezar, extendiendo las piernas y los brazos y... se quedó paralizada al sentir el caliente y gran cuerpo de Scott a su lado, moviéndose y envolviendo su

cintura con uno de sus brazos.

Abrió los ojos por completo.

Cogiendo aire temblorosamente al sentir de nuevo cómo su cuerpo respondía ante la cercanía de Scott, fue consciente del delicioso dolor que sentía en distintas partes de su cuerpo: en los labios, en los pechos y en su sexo.

Sin poder controlarse, se apretó contra su cuerpo y acabó por colocarse encima de él, con el rostro escondido en el hueco que había entre el hombro y el cuello, inspirando su olor. Lo abrazó con fuerza y gimió de placer al sentir en su muslo su pene erecto y caliente, listo.

Le lamió la piel del cuello y alzó la cara para mirarlo.

Scott la estaba observando.

Y al acercarse a su rostro pudo captar el olor a pasta dentífrica. ¿Cuándo habría ido al baño? Ella no había notado nada.

Deseosa de estar presentable ella también, le hizo un gesto con la mano y se levantó con rapidez, incorporándose de su cuerpo.

Tardó unos seis minutos en cepillarse los dientes, ir al inodoro y pasarse un cepillo por su larga y castaña cabellera, reluciendo brillante y cuidada. Estaba desnuda, y se dio cuenta de la confianza que tenía en Scott. Siempre que se acostaba con un hombre, tenía la manía de vestirse cuando éste se

quedaba dormido.

Miró su reflejo en el espejo del baño y suspiró.

Sus labios lucían hinchados y sonrojados por los besos; sus pechos tenían alguna que otra suave marca causada por los labios de Scott al lamer y mordisquear sus pezones y su cuello...

Su piel brillaba con vitalidad. ¿Tendría algo que ver el hecho de haber tenido dos orgasmos? Tras ello se había quedado completamente dormida, sin saber en qué posición.

Se dirigió hacia la puerta y colocó la mano en el pomo. Cogió aire dos veces y la abrió.

La imagen que se mostraba ante ella

la dejó sin respiración.

Un metro noventa de cuerpo musculoso se encontraba tumbado en la cama, con un brazo doblado sobre los ojos para que la luz no le molestase. Sus piernas estaban entreabiertas y desgraciadamente la sábana blanca de la cama le tapaba su pene, aunque pudo ver el relieve de la erección descansando sobre uno de sus poderosos muslos.

Él giró la cabeza y la miró.

Andrea se estremeció y apretó los muslos al sentir la primera contracción en su vagina. Se mordió los labios y fue hacia él, atraída por tanta masculinidad y perfección. Una vez en el borde de la cama, se subió a ella y, cuando Scott le

abrió los brazos, no lo dudó.

Se lanzó, tumbándose sobre su cuerpo, y lo besó apasionadamente, metiéndole la lengua en la boca mientras intentaba encajar entre sus piernas su erección, frotándose contra ella mientras las manos de él acariciaban su trasero, apretando con fuerza y ayudándola a moverse sobre su verga completamente, mojándola con sus fluidos.

—Scott... —susurró en sus labios.

Lamió el labio inferior y lo chupó antes de mordisquearlo.

Las manos de Scott se deslizaron por sus muslos, abriéndolos más para encajar el glande en su mojada hendidura.

Incapaz de contenerse, Andrea volvió a besarlo con todas sus ansias, respirando con dificultad mientras sentía la necesidad de tener a Scott lo más pegado posible a su cuerpo.

Cuando iba a separarse de sus labios, él levantó la cabeza para alcanzarla. Ambos se incorporaron, quedando ella nuevamente a horcajadas sobre él, con sus manos en sus muslos apretándola con fuerza.

A sabiendas de que Scott sólo tendría sexo con condón, estiró la mano sin dejar de lamerle la mandíbula y cogió la caja de condones. Tras coger uno, tiró la caja a la mesita de noche y lo abrió.

Mirándolo a los ojos, se humedeció los labios.

—Odio sentirme tan dependiente de ti, Scott.

Él le acarició los pechos al subir por sus caderas.

\*\*\*

Andrea no tenía ni idea del poder que tenía sobre él, pensó Scott. Ni jodida idea. Tenía una erección colocada sobre aquella hendidura estrecha y húmeda que lo llamaba como el canto de una sirena y allí estaba ella, dejándole pequeños mensajes que se le clavaban en el estómago como cuchillos.

¿Habría sido diferente si se hubiese quedado o al menos si le hubiera dicho toda la verdad?

Dios santo, la amaba tanto. No había dejado de pensar en ella ni un segundo de su vida y allí estaba de nuevo, con Andrea entre sus brazos y poniéndole un condón con aquellas manos tan delicadas y que comenzaron a masturbarlo.

—¿Estás listo? —jadeó cerca de sus labios.

¿Listo? Estaba totalmente preparado, y una prueba de ello era la descomunal erección que tenía.

Alzándola sobre su regazo, la dejó caer con suavidad sobre su polla sin

apartar sus ojos de ella, viendo las distintas reacciones en su rostro. Sus ojos castaños claros se nublaron de placer, sus mejillas se sonrojaron levemente y sus labios se entreabrieron. Mientras tanto, sus manos estaban en su cuello.

—Siempre.

Y con ello la hizo bajar de un tirón, oyéndola gemir. Él gruñó al sentir su sexo apretarse en torno a su pene como un guante caliente y húmedo, ordeñándolo y apremiándolo a moverse.

Sus caderas comenzaron a menearse mientras ambos se aguantaban la mirada. Andrea le respondía, teniendo sus pechos apretados contra su duro torso

mientras se mordía los labios, deseosa de que aquel momento nunca se acabase.

—Oh... Dios mío... Scott, no creo que... —gimió al sentir su pulgar en el clítoris, haciendo círculos y presionando suavemente—... vaya a aguantar mucho.

Aumentando la velocidad de sus embestidas, Andrea volvió a juntar sus labios con los de él, deseosa de poderle hacer consciente de lo mucho que estaba disfrutando aquel instante.

Llegó al orgasmo gimiendo, y el grito fue contenido por los labios de Scott, que seguía acariciando su adolorido clítoris con el pulgar mientras los otros dedos acariciaban sus labios exteriores. Tras llegar y jadeando, se

abrazó a sus hombros como un náufrago a un bote salvavidas y con una sonrisa satisfecha aceptó las demás embestidas hasta que él llegó.

Se quedaron así durante unos segundos, ambos reorganizando sus pensamientos mientras escuchaban el ruido del exterior: algunos pájaros cantando, el sonido del viento mover las ramas y hojas de los árboles y algún que otro coche pasar por aquella calle, seguido de unas voces.

Scott sintió a Andrea incorporarse poco a poco y, con una sonrisa satisfecha, le susurró:

—Buenos días.

—Buenos días.

Ambos se rieron, empezando así la jornada de la mejor manera posible.

\*\*\*

Aquel sábado estaba siendo perfecto, pensó Andrea mientras terminaba de dar cuenta de aquel desayuno escocés que Scott le había hecho, diciendo que su amigo Sean, otro marine, se lo había preparado alguna que otra vez.

El desayuno se componía de dos huevos fritos, dos salchichas enormes (él había dicho que solían ser caseras, pero en este caso eran las del súper que había en el frigorífico), dos rodajas de

pan tostado y beicon; Scott le explicó que, además, este plato solía llevar también alubias en una salsa especial y setas fritas, pero ellos se conformaron con el beicon.

Mientras Scott había hecho aquel delicioso desayuno, ella había preparado café y había hecho zumo de naranja natural. Durante ese tiempo, Andrea se había dedicado a comérselo con los ojos. Vestía únicamente los pantalones que llevaba en la cita de la noche anterior, ya que había puesto a lavar sus bóxers.

Y saber que no llevaba nada debajo de esos pantalones que hacían ver su trasero tan apetecible... Mejor no

pensar en ello.

Se preguntó qué haría ahora con Scott. De acuerdo, sexo sin compromiso, pero desgraciadamente durante el acto su boca hablaba por sí sola. ¿Qué le había dicho? Ah, sí. Que lo había echado de menos y, aunque él la hubiese correspondido, aquello le sentó como una patada en el estómago.

Había respondido los mensajes de sus amigas, Tay e Ira. La primera se quejaba de la resaca que tenía tras haber estado en una fiesta hasta las tantas de la noche, despertándose con un tío de metro noventa, rubio y de ojos azules boca abajo, mostrándole un delicioso trasero. En cambio, Ira le había dado los

buenos días y le había contado su intención de llevar a Amy al parque que había enfrente de su casa.

Deseosa de no tener que soportar el silencio que se interponía entre ambos, pensó en llamar a Taylor y salir con ella, teniendo así una excusa que darle a Scott para no pasar más tiempo con él. No es que no quisiese estar a su lado, pues era lo que más deseaba, pero no estaba segura de poder aguantar durante más tiempo sin saltar sobre su cuerpo, rogarle que la follara contra la pared y luego dormir pegada a él.

No, definitivamente no.

Scott se asomó por la puerta de la cocina y, apoyándose en el marco de

ésta, se cruzó de brazos y la miró con atención.

«No mires hacia abajo, Andrea, no mires hacia...»

—Andrea, voy a irme a casa para cambiarme de ropa e ir al gimnasio.

Andrea tenía la mirada clavada en su torso, obligando a sus ojos a subir o, al menos, a permanecer allí, todo con tal de no mirar la bragueta de su pantalón.

—Ajá. —Tragó saliva.

Y ocurrió.

Sus ojos se clavaron en su bragueta.

—Andrea, ¿quieres dejar de mirarme la entrepierna?

Sus mejillas se sonrojaron rápidamente. ¿Tan descarada había

sido?

—Lo siento —susurró.

Scott sonrió.

—¿Quieres que nos veamos después? —preguntó curvando uno de los extremos de su boca.

—¿Y tú? ¿Quieres que nos veamos?

—¿Por qué tienes que responderme casi siempre con preguntas?

Se quedó callada, mirándose los desnudos pies mientras *Blanca* iba corriendo hacia ella desde el salón, pensando quizá que Andrea tendría algo para ella del espectacular desayuno escocés que Scott le había hecho.

Scott esperó, pero, al ver que Andrea no respondía, cogió un trozo de

papel y con un bolígrafo azul que había en la cocina apuntó su número de teléfono y la dirección de su casa.

Le hizo un gesto.

—Cuando sepas lo que quieres, puedes llamarme o venir a visitarme. A la hora que sea.

Y con ello se dio la vuelta, cogió su camiseta, se la puso y, antes de irse, se acercó a ella.

Andrea se humedeció los labios y alzó la cabeza cuando estuvo frente a ella. Cogiéndole el rostro entre sus manos, se agachó para besarla. Andrea se puso de puntillas y se agarró a la camisa para llegar mejor a su boca.

Cuando ambos hicieron contacto,

tanto Andrea como Scott se estremecieron al sentir una descarga que los recorrió de los pies a la cabeza. Scott supo camuflar aquella sensación, al contrario que Andrea, que gimió en sus labios y los abrió para lamer los de él.

El beso se volvió rápidamente apasionado, pues los dos se devoraban recíprocamente y Andrea podía sentir la prueba de su deseo contra su estómago.

Scott se separó y le dio una nalgada antes de sonreír pícaramente. Sin decir nada, se fue de allí y cerró la puerta.

Andrea miraba por donde había salido, con el corazón en un puño y la cabeza en otra parte. *Blanca* saltaba

sobre ella, intentando conseguir algo de atención mientras ladraba.

Tenía que andarse con cuidado, pensó. Si no, se encontraría en pocos días postrada de rodillas ante él, rogándole que no volviese a dejarla. Pero no, ella no era así. Era una mujer orgullosa y, ante todo, tenía que mantener la compostura.

Lo malo era mantenerla con Scott, que derrumbaba todas sus defensas con sus besos como si no fuesen nada más que papel.

\*\*\*

—¿Te fue bien ayer?

Scott salió de sus pensamientos y miró a Dorek, que al igual que él corría en una cinta. ¿Irlle bien? Le había ido más que bien, o al menos hasta que Andrea recuperó la consciencia y volvió a levantar aquellos muros tan difíciles de demoler.

Dorek silbó.

—Te las has tirado, ¿verdad? Tiene que ser eso. Ya no tienes esas arruguitas de estrés que tenías antes en los ojos desde que la viste por primera vez en el bar.

Scott se planteaba seriamente dejar de correr en la cinta y pegar a su mejor amigo. Quizá así recuperase algo de la cordura que había dejado en Polonia.

—Entonces, ¿ya estáis juntos? ¿Vais a quedar por la noche a ver películas románticas mientras le susurras versos de Lorca o...?

—Cierra la boca —gruñó, aumentando la velocidad de la cinta.

Dorek sonrió traviesamente, como un niño que acabase de descubrir el punto débil de su hermano y viese una oportunidad perfecta para conseguir lo que quisiese.

—Vamos, no te hagas el tímido. ¿Quieres que sea sincero?

—No.

—Si yo estuviese con Irina, la amiga rusa de Andrea, haría lo que me dijese con tal de poder saborear ese cuerpo. —

Dorek se humedeció los labios—. Dios mío, tengo una erección con sólo pensar en ella.

Scott estuvo a punto de decirle qué podía hacer con esa erección cuando apareció Kevin con una toalla sobre los hombros y una botella de agua en una mano. Saludó a Scott con un asentimiento de cabeza.

—¿Qué tal todo, amigo?

Se bajó de la cinta y se limpió el sudor con la toalla que tenía al lado. Le dio un golpe suave a Kevin en el hombro como saludo y se fue a la zona de pesas. Desgraciadamente, Dorek tenía razón. Estaba tan obsesionado con Andrea que la única manera que encontraba de no ir

hacia ella era hacer deporte y dejarse las fuerzas en las máquinas.

Habría querido que Andrea estuviese interesada en quedar de nuevo, pero no pensaba obligarla o presionarla. A ella le gustaba él, y eso al menos era algo. Quizá ya no sintiese lo mismo que él sentía por ella, pero al menos podía empezar por la atracción, justo como había hecho la noche pasada y esa mañana.

Sólo pensar en su delicioso cuerpo envolviéndolo...

Maldijo en voz baja.

Una larga mañana le esperaba por delante.

## Capítulo 7

Taylor acabó de beber su café, comprado en una tienda, con una sonrisa mientras Andrea terminaba de contarle todo lo que había pasado la noche anterior... Y lo que había pasado esa misma mañana. Explicándolo, tenía la sensación de ser una de esas mujeres

que prácticamente se pasaba el día deseando tirarse a un tío.

Frunció el ceño tras finalizar.

Su amiga tiró el vaso del café a la papelera y entraron en el gran centro comercial de Los Ángeles, donde se podía encontrar desde moda hasta comida; Andrea necesitaba ambas cosas. Tras aquel desayuno escocés y teniendo en cuenta la poca comida que tenía en casa, era ya hora de reponer el frigorífico.

Cogió un carrito de la compra y, con Taylor a su lado, comenzó a llenarlo.

—No entiendo por qué me has contado todo eso como si fuese una película de terror. ¿Te da orgasmos

como si de caramelos se tratase y te quejas? Dios santo, ahora entiendo a los tíos cuando dicen que las mujeres somos complicadas.

Cogió una caja de huevos y la colocó en el carro antes de responder.

—Él se irá, Taylor. Y no quiero volver a sentirme como lo hice hace ocho años.

—Pero ¿por qué tienes que meter los sentimientos en esto? ¿Tanto te cuesta dejarlos a un lado y desgastar a calienta-coños a polvos? —dijo Taylor mientras miraba las distintas marcas de leche que había. Una mujer, al oír lo que Taylor soltó, tapó las orejas de su hijo, quien miraba embobado a Tay, y se fue

rápidamente.

Andrea suspiró.

—¿Quieres no hablar tan alto? Nos echarán de aquí por espantar a los clientes.

Taylor hizo un gesto con la mano.

—Bah, estamos en pleno siglo XXI, que maduren. Por cierto, ¿vas a quedar con Scott esta noche?

—Antes de irse esta mañana me dejó su número de teléfono y su dirección. — Se encogió de hombros—. Quién sabe, quizá vaya.

—Estás deseando ir, amiga. Lo veo en tus ojos.

Se agachó para coger unos yogures mientras Taylor buscaba el azúcar y la

sal. Una vez encontrados, los puso en el carro. Andrea le dio las gracias con una sonrisa y continuaron.

—Puedes simplemente ver una película en su casa, comer y... que pase lo que tenga que pasar. Pero deja de intentar controlar todos y cada uno de tus movimientos, Andrea.

Pensó en las palabras de su amiga mientras terminaba de hacer la compra y pagaba. Una vez listo, guardó la compra en el coche y entraron otra vez en el centro comercial para visitar las tiendas de ropa. Taylor fue la que prácticamente renovó todo su armario. Andrea se compró algún que otro conjunto y ropa interior de oferta.

Cuando ambas acabaron era la hora de comer, así que entraron en un bar de tapas españolas y comieron tranquilamente. Por la tarde ambas se despidieron y Andrea comenzó de nuevo a pensar en todas las posibilidades que tenía.

Al llegar a casa y tras llenar el bol de comida de *Blanca*, oyó sorprendida dos mensajes de su familia en el contestador. Tras contestarlos, guardó la comida y la ropa y luego se tiró en el sofá.

Quizá, después de todo, no fuese tan malo pasar la noche sola.

Su perra ladró.

Parcialmente sola.

\*\*\*

Andrea iba andando hacia la casa de Scott. Llevaba puestos una camiseta negra de tirantes, unos vaqueros claros, rasgados en las rodillas, de tallo bajo y estrechos que le hacían unas provocativas curvas, y unos botines negros cómodos. En la mochila deportiva que llevaba colgando de un hombro estaba guardada una película entre otras cosas, como su móvil y... Vale, de acuerdo, preservativos y ropa por si se quedaba allí a dormir.

Tenía el largo cabello castaño suelto, cayéndole liso por la espalda

como una cascada. Apenas se había pintado, excepto un poco de lápiz de color negro y pintalabios rojo que delataban sus rasgos españoles.

Cuando miró el papel en el que tenía apuntada la dirección de Scott, asintió y vio la casa. Era más grande que la suya, con un gran jardín y, seguramente, tendría una pequeña piscina y una caseta para aquel pit bull. Su perra se había quedado con Taylor después de haberse armado de valor para ir. Su amiga la había felicitado y sonreído, prometiendo cuidar a su cachorro como a un bebé.

Era una de esas típicas casas que salían en las películas americanas, de esas que una querría comprar sí o sí.

Subiendo los tres escalones que había hasta la puerta, llamó y esperó durante unos segundos, dando golpecitos con el pie en el suelo y pensando si aquello no habría sido una estupidez.

«Y yo sin traer bikini...»

Se rio para sus adentros.

Miró a la puerta cuando se oyó cómo se abría.

Nuevamente en ese mismo día, se recordó lo maleducado que resultaba quedarse mirando a alguien fijamente con la boca abierta. Scott vestía unos pantalones de chándal de color oscuro.

Y ya está, nada más.

Su torso duro y fuerte estaba expuesto ante sus hambrientos ojos, así

que se dedicó a darle una buena pasada antes de mirarlo a los ojos. El pelo lo tenía húmedo, ¿sería muy tarde para preguntarle si podía apuntarse a la ducha?

De repente se regañó a sí misma. ¿Por qué se comportaba así?

—Buenas noches —dijo rápidamente.

Andrea se sonrojó al ver la sorpresa en sus ojos, y también la alegría de verla. Aquello la enterneció.

—Buenas noches, Andrea. —Se hizo a un lado.

Asintiendo e intentando controlar los erráticos latidos de su corazón, se mordió el labio inferior

inconscientemente y entró. Scott cerró la puerta estirando el brazo y con aquel movimiento la acorraló. El olor a jabón de hombre la envolvió y deseó más que en cualquier otro momento poder pasar la lengua por todo su cuerpo.

Dejó caer la mochila al suelo y estiró los brazos para rodearle el cuello. Scott respondió envolviéndole la cintura con sus manos y acercándola a su cuerpo, y la besó.

Los labios de ambos se movían con rapidez; las lenguas se acariciaban mientras el calor comenzaba a invadirles el cuerpo poco a poco. Dándole un casto pero suave y caliente beso al separarse, Scott sonrió y

acarició su rostro.

—Me alegra que hayas venido.

Andrea sonrió con cierta timidez pero plenamente.

—A mí también.

Al separarse un poco de su cuerpo, se aclaró la voz y cogió su bolsa.

—Eh... Había pensado que podríamos comer algo o pedir pizza y ver una película y... —Se sonrojó—. Luego, pues... que pase lo que tenga que pasar. He traído ropa por si acaso...

Se calló al sentir su cara tan caliente como un radiador.

Scott sonrió, sintiendo cierta presión en el pecho ante la ternura que le causaba Andrea.

—Lo haremos todo paso a paso.

Ella asintió.

—Paso a paso.

Scott le enseñó la casa y Andrea se maravilló por lo cálida y grande que era. En el jardín se encontraba el gran pit bull, tumbado sobre el césped y disfrutando de la suave brisa veraniega mientras algunos grillos chirriaban. Y tal como ella había pensado, había una pequeña piscina de baldosas de distintos azules y blanco.

Se estremeció cuando sintió por detrás las manos de Scott, en su cintura. Su boca se acercó a su oído.

—Podríamos darnos un baño más tarde, si te apetece.

Cielos, sí. A ella aquello le sonaba de maravilla. Así que asintió rápidamente.

—¿Te apetece pedir pizza para comerla mientras vemos la película?

—Sí, me encantaría —dijo sonriendo Andrea sin poder contenerse.

Scott llamó a la pizzería mientras Andrea colocaba su mochila en el sofá oscuro y sacaba de ella la película *Warrior* de Gavin O'Connor, comprada el mismo día que salió y su favorita por lo emotiva que era... además de contar con actores tan *buenos* como Joel Edgerton y Tom Hardy. Desde que vio esa película, deseó aprender artes marciales mixtas, MMA por sus siglas

en inglés. Es más, quizá le pidiera a Scott que le enseñase algún que otro movimiento, ya que desde que comenzaron su relación Andrea se había enterado de que él practicaba dicho deporte desde hacía años.

¿Seguiría haciéndolo?

Dio un salto cuando oyó ladrar al perro. Scott salió de la cocina al jardín y, ante su sorpresa, lo ató a la caseta para que, aunque fuera capaz de moverse libremente, no pudiese entrar en la casa. ¿Eso quería decir que durante todo ese tiempo había estado suelto?

Contempló de nuevo aquel salón que tanto le había gustado. El suelo era de parqué, los dos sofás oscuros, de piel, y

la televisión, plana. Por otra parte, había dos estanterías de madera color caoba a juego con los muebles. Había algunas fotos en la chimenea y, cuando giró la cabeza, creyó ver una que...

Era imposible.

Se acercó con el corazón en un puño y gimió suavemente al ver tres fotos de Scott y ella. En una de ellas salía Andrea sola, tendría unos diecisiete años en ésa. Estaba sonriendo, llevaba el cabello echado a un lado mientras se abrazaba las rodillas al pecho. Era en blanco y negro, ya que Scott le había dicho, cuando se la enseñó en su momento, que aquella foto tenía una gran profundidad que en color no se

transmitiría. Recordaba perfectamente ese día; Scott había tenido la gran idea de hacer un picnic en una de las numerosas playas que Estados Unidos tenía. No recordaba con nitidez de cuál se trataba, pero sí que fueron en el coche de él.

En otra foto estaban los dos: Scott con un musculoso, pero no tanto como ahora, brazo alrededor de sus hombros, tirándola hacia él. Sus ojos la miraban, sonreía y vestía ropa de verano. Ella tenía cogida la mano del brazo que pasaba por sus hombros, las piernas algo abiertas y una gran sonrisa mientras miraba a la cámara.

Dios santo, qué momentos había

vivido junto a él.

Sintiendo los ojos húmedos, siguió mirando las fotos y la que quedaba mientras se preguntaba el motivo. ¿Por qué las tendría? ¿Eso querría decir algo, la amaba? Se notaba perfectamente el amor de Scott en las fotos, en sus ojos, en sus sonrisas y sus gestos.

¿Sería igual ahora? Si fuese así, ¿por qué la había dejado de aquella manera? Andrea habría sido capaz de esperarlo hasta que regresara, de escribirle y de recibir sus llamadas siempre que él pudiese. Le habría sido fiel y Scott lo sabía.

Entonces enmudeció.

¿Quizá él no podría esperar tanto

tiempo? ¿La habría dejado para acostarse con otras mujeres?

Sacudió la cabeza, despejándose y negándose a creer eso.

Fuera lo que fuese, ya estaba hecho y nadie ni nada podría cambiar la situación actual.

Scott cerró la puerta tras salir del jardín.

—No me puedo creer que tengas a ese perro suelto.

Él se rio por lo bajo.

—No hace nada.

—Ya, claro. Eso díselo a alguien que no te haya visto las cicatrices en el brazo.

Se encogió de hombros antes de

sentarse en el sofá. Vio que ella estaba cerca de las fotos donde salían ambos. La miró a los ojos y, ante la intensidad de éstos, desvió los suyos a sus manos, caídas a ambos lados de su cuerpo.

—He pedido la pizza cuando estaba fuera, mientras ataba al perro. Recuerdo que únicamente te gustaba de jamón york y queso, así que la he pedido de eso con doble de queso.

El estómago de Andrea gruñó. Ambos sonrieron.

—Tienes mi aprobación.

Estuvieron hablando de banalidades hasta que el timbre sonó. Andrea tenía en sus manos una copa de vino que Scott le había dado. No sabía de qué marca

era, pero estaba delicioso. Se lamía los labios tras cada sorbo, disfrutando de aquel sabor tan verdadero. Es más, cuando se acabó la suya y Scott fue a la puerta, cogió la copa de él y le dio un buen trago rápidamente.

Dejó la copa donde estaba y tragó con suavidad, sabiendo que a su estómago no le sentaría para nada bien tanto vino sin haber comido antes.

Scott dejó la pizza en la mesa baja de cristal enfrente de los sofás y, cuando miró su copa, sus ojos se clavaron en ella. Alzó una ceja.

Andrea se sonrojó pero no dijo nada.

Él tampoco.

—¿Quieres más vino para la pizza?

—¿Tienes otra cosa? —Fue

consciente de que Scott se había puesto una camiseta blanca que, a pesar de ser una de aquellas típicas que se usan para estar por casa, se amoldaba a su cuerpo maravillosamente bien y podía disfrutar de la vista—. Zumo. Me gusta el zumo.

Asintió.

Se dio la vuelta y fue a la cocina, momento que ella aprovechó para mirarle aquel trasero que tan loca la volvía. Aquel pantalón deportivo que llevaba sólo se lo hacía más apetecible, por lo que no le costó nada imaginarse con las manos en él y apretar.

«Oh, Dios santo...»

Scott volvió con una gran copa de cristal llena de zumo. Tendió el brazo y se la dio.

—Gracias. —Sonrió.

—De nada. —Le devolvió la sonrisa.

Que alguien le pegara una bofetada, porque Andrea Márquez se estaba imaginando en su alocada cabeza una imagen de ella en aquella casa con Scott, con su perrita *Blanca* y algún que otro hijo. Sí, a pesar de todo seguía conservando parte de aquella adolescente irrevocablemente enamorada de Scott que deseaba un futuro en común.

Scott se puso en uno de los extremos

del sofá, apoyado mientras cogía el primer trozo de pizza. Andrea se colocó en el otro, no a mucha distancia de él. Sostenía también un trozo de la pizza mientras le hablaba de la película que había cogido.

—He visto esta película muchísimas veces, es genial. Es más, la tengo en la estantería que está frente a ti.

Andrea miró hacia allá. Cierto, la misma.

—¿También te la compraste el mismo día que salió? —Dio un mordisco y, aunque se quemó, gimió de placer.

—No, volví tras una misión en Irak. Leí muy buenas críticas de ella, así que

la compré sin pensármelo dos veces.

Andrea asintió atentamente.

—Oye, ¿sigues practicando MMA?  
¿O al final lo dejaste?

Scott asintió.

—Sí, nunca lo he abandonado. —La miró fijamente con aquellos ojos tan negros, con un brillo que no supo catalogar—. ¿Por qué? ¿Quieres aprender algo?

Intentando controlar su entusiasmo, se encogió de hombros.

—No me importaría conocer alguna que otra llave en caso de encontrarme algún día en una emergencia.

—De acuerdo, entonces te enseñaré algo.

Andrea dio saltos en el interior de su cabeza.

—Gracias —susurró por lo bajo.

Pusieron la película y siguieron comiendo. Ambos estaban inmersos en el filme, bromeando a veces y comentando escenas. El tiempo pasaba rápidamente mientras iban comiendo. Andrea cogió el último trozo y, como miraba la película con intensidad, en vez de meterse el trozo en la boca éste acabó en su barbilla.

Bufó y se rio al ver la sonrisa de Scott.

Él se acercó más a ella, y cogió una servilleta mientras Andrea dejaba el trozo en la mesa, encima de un cartón.

Intentó aguantar las ganas de envolver sus brazos alrededor del cuello de Scott y besarlo cuando él se inclinó sobre ella y le limpió la barbilla.

—Eres increíble —susurró profundamente.

¿Por qué aquello había sonado como una declaración y su corazón había dado un vuelco en su pecho?

Se humedeció los labios y vio cómo la mirada de Scott se clavaba en ellos. Poco a poco fue estirando los brazos hasta rodearle el cuello y con los dedos jugueteó con el cabello de la nuca, acariciándolo mientras lo miraba fijamente.

Una bonita canción de la película

sonó.

Scott se inclinó aún más, pero no la besó, como ella había esperado. Si no que le lamió la barbilla y le dio un suave mordisco que le sonsacó un gemido. Cuando no pudo controlarse más, se separó de ella y la besó en los labios con pasión, degustando su sabor con otro gemido.

Finalmente se separaron, pero esta vez ella se apoyó en su costado, teniendo él un brazo alrededor de sus hombros. Tenía el rostro en su hombro, comiéndose el trozo de pizza de antes mientras él tenía en la mano una lata de refresco.

Cuando terminó la película Andrea

tenía los ojos húmedos, pero, como siempre pasaba, no derramó ninguna lágrima. Nunca lloraba con ninguna película y no porque no hubiese tenido ganas. Odiaba que la vieran llorar, fuera cual fuese el motivo, y si alguien la veía en esos momentos... acababa inventándose una excusa, como que se había chocado con el mueble de la cocina o que se había golpeado en el dedo pequeño del pie con el sofá.

Siempre funcionaba.

O solía funcionar.

—Esta película es preciosa. Sigo sin creerme que no ganara ningún Óscar.

—Fue nominada.

—Bah. —Hizo un gesto con la mano

— Se merece al menos cinco Oscar y lo digo en serio, así que no te rías.

Scott alzó las manos con inocencia, pero su mirada expresaba claramente su diversión.

—Yo opino como tú.

—Más te vale. —Le golpeó en las costillas suavemente.

Andrea se levantó a quitar la película mientras Scott empezaba a recoger los restos, que eran los vasos vacíos y el cartón de la pizza.

Ella fue hacia la cocina tras apagar la televisión y, apoyándose en el marco de la puerta, tuvo una idea que había estado rondándole por la cabeza desde que había visto aquella piscina. A

oscuras, con la luz de la luna y...

Se oyó un perro ladrar.

El pit bull de Scott.

Suspirando, pensó que sería mejor esperar. Le ayudó a recoger y, cuando terminaron, fueron al jardín, bordeando la caseta del perro de la mano de Scott, que gruñó cuando el animal intentó acercarse, haciendo un ruido que para nada parecía amistoso.

En ese momento se dio cuenta de que la piscina no era chica, era mediana y perfectamente se podía nadar en ella. Miró sorprendida a Scott, que se sacó la camiseta por la cabeza y comenzó a quitarse los pantalones con todo lo demás.

—¿Qué-é haces-s? —tartamudeó.

Pregunta estúpida. Era más que obvio.

—Desnudarme.

—Eh... Ya, ¿vas a bañarte en la piscina?

—Ajá. —Cuando se quedó desnudo y de espaldas, Andrea tuvo la visión de aquel trasero que parecía tan duro y perfectamente modelado, justo como a ella le gustaba. Se metió de cabeza y emergió al poco tiempo, dejando burbujas que salieron a la superficie. La luna se reflejaba en la oscura agua y se dio cuenta de que Scott no había encendido ninguna luz.

Mejor, el ambiente era increíble así.

Dio un salto cuando él le salpicó agua con el brazo.

—Vamos, desnúdate y entra.

Miró al pit bull, que estaba dormido y dentro de la caseta. Apenas se le veía.

—Mmm... No sé...

—¿Quizá quieres que vaya a por ti? Puedo salir del agua y meterte vestida, por mí no hay ningún problema.

Andrea sonrió y comenzó a desnudarse, decidida a dejar toda preocupación fuera de aquello. Estaba dispuesta a disfrutar de cada momento que pudiese junto a Scott. Una vez estuvo completamente desnuda, se cubrió los grandes pechos con un brazo y se mordió el labio mientras bajaba por

las escaleras.

Se estremeció al ver el hambre en sus ojos.

Scott estiró las manos para cogerla y ella también los tendió, sin importarle ya su desnudez. Envolvió sus brazos alrededor de su cuello, colocó el rostro en su hombro izquierdo y pegó sus pechos a su torso, sintiendo sus pezones duros contra él. Gimió al sentir el agua algo fría, pero el calor corporal de Scott la calentó rápidamente.

Las manos de él la agarraban por la cintura, abrazándola mientras la mantenía contra su cuerpo. Se frotó contra él y gimió cuando Scott la besó en la nuca. Dios, era tan tierno a veces

que sentía cómo el corazón se le derretía en el pecho, haciendo así que sus ganas de abrazarlo aumentasen.

—¿Por qué te tapabas? Tienes unos pechos preciosos.

Andrea se rio contra su hombro.

—Ha sido la emoción del momento —bromeó.

Se quedaron en silencio durante unos largos segundos, cómodos, en los cuales se prodigaban caricias el uno al otro mientras el ruido relajante del agua de la piscina los envolvía. A ello había que sumar el chirrío de los grillos, la suave brisa veraniega y aquel olor que desprendían las plantas.

El ambiente era perfecto una vez

más.

Andrea se preguntó si Scott también sentiría la conexión tan fuerte que había entre ambos. Aquella necesidad de estar a su lado cada día, de compartir todos los momentos que pudiesen, juntos. Sabía que un «mañana» no estaba garantizado, pero al menos tenía el ahora. Recordó lo enamorada que había estado de Scott y las mariposas que había sentido al verlo por primera vez saliendo por la puerta de su casa con una mochila colgada en uno de sus hombros. En aquella ocasión vestía una camiseta blanca que marcaba todos y cada uno de sus músculos, unos pantalones hasta casi la rodilla de color

negro con varios bolsillos y unas botas deportivas negras.

Había jadeado de placer al verlo subirse a una gran moto negra de las que ella solía llamar «de motorista» o de esas que eran demasiado caras y grandes para que alguien como ella pudiese manejar. Y, ¡qué diablos! Al verlo en ella había suspirado, ignorando las llamadas de su madre desde el interior de la casa. En ese momento de su adolescencia había tenido una amiga llamada Zoey. Ésta le había dejado claro, o al menos lo había intentado, que no tenía nada que hacer con Scott, que ellas no eran su tipo de mujer y aún menos con dieciséis años.

Como no quería que su amiga pensase nada malo de ella, se había encogido de hombros y había susurrado: «Está bueno, yo tengo ojos y lo miro, nada más.» Desgraciadamente aquellas palabras le habían llegado a Scott por parte de su amiga, aunque Zoey lo había negado desde un principio y Andrea la había creído.

Nunca hubiera supuesto que Zoey había estado intentado dejarla en ridículo delante de Scott, contándole todos sus secretos y, en más de una ocasión, inventándose cualquier cosa que pasase por aquella cabeza. En verdad, nunca lo había comprendido. Zoey era físicamente como la actriz

Megan Fox, de ojos azules y de cabello negro con algún que otro mechón castaño rojizo.

La había visto alguna que otra vez, hacía unos meses, y, aunque se saludaban, Zoey sabía perfectamente que no la había perdonado todavía por haber estado contando todas sus intimidades a todo el instituto. Recordaba al hermano de Zoey, John, con los mismos ojos y cabello que su hermana; era tres años mayor que ambas, igual que Scott. John y Scott habían sido amigos, muy buenos amigos, hasta que intentó acostarse con ella, invitándola a salir a sabiendas de que Scott sentía algo por ella.

Apenas podía creérselo todavía a

pesar de ser cierto. Scott se había fijado en ella desde el primer instante, se lo había dicho en cuanto comenzaron a salir. Andrea le había intentado tranquilizar cuando él se lo contó, diciéndole que ella no había pensado en ningún momento acostarse con John, ya que apenas habían salido dos meses y ella no era de esas chicas que se acostaban tan pronto con alguien.

Después Scott la había mirado a los ojos, sonriendo, y le había dicho: «¿Hasta cuándo quieres esperar entonces? Sabes que yo nunca te meteré prisas.» En ese instante se había quedado en blanco, ya que, a pesar de sus palabras anteriores, no le habría

importado hacer una excepción con Scott.

Andrea volvió al presente cuando Scott le acarició las suaves curvas de los pechos con las yemas de los dedos.

—¿En qué pensabas? —susurró roncamente.

—En cuando nos conocimos y en todo lo que pasó. —Sonrió—. Mmm... ¿Te acuerdas de Zoey? —Scott asintió recelosamente—. Estaba pensando en ella. A pesar de todos los años que han pasado, no he sido capaz de perdonarla por haberlo contado todo de mí en el instituto. —Se sonrojó al recordar una confidencia en concreto—: Sobre todo cuando dijo que yo me masturbaba con

los dedos al pensar en ti.

Scott sonrió.

—¿Acaso era mentira?

—Claro que sí, ¡tenía dieciséis años! Es decir, me moría de ganas porque *tú* me tocaras, pero no le veía el atractivo a hacerlo yo misma. Además, también me he acordado de John... — ignoró el gruñido de Scott—... y, cuando te vi por primera vez, recuerdo perfectamente cómo ibas vestido y lo que provocaste en mí al montarte en aquella enorme moto negra.

—Aún la tengo, podemos dar un paseo cuando quieras. —La besó con suavidad.

—Me encantaría —susurró en sus

labios. Siempre quiso montarse en aquella enorme moto y, aunque no tuviese el mismo encanto que con dieciséis años, al menos podría satisfacerse un poco.

Y supo perfectamente que aquél era el momento perfecto para preguntarle por qué la dejó de aquella manera. Estaba segura de que Scott también lo supondría, ya que sus oscuros ojos estaban clavados en ella con tal intensidad que el vello de sus brazos se puso de punta. Pero no quería estropear el instante y aún menos lo que quedaba de noche.

Así que, ignorando aquella vocecita de su cabeza que chillaba por revelar

todos sus miedos y saber la verdad, besó a Scott y devoró aquellos sensuales labios que, hasta hacía unos pocos días antes de verlo, había saboreado en sus sueños.

\*\*\*

Taylor tiró la bolsa de basura en el contenedor y se palmeó las palmas de las manos en los muslos enfundados en unos vaqueros. Disfrutó de la brisa de la noche mientras caminaba de vuelta a su casa, tarareando en su cabeza una canción de la banda The Pretty Reckless. Deseaba ir pronto a un concierto de la misma, disfrutar de su

viejo pasado roquero gótico, pintándose los ojos hasta verlos sorprendentemente grandes y azules, ponerse ropa oscura y cantar con el resto de los fans hasta quedarse ronca.

Sí, echaba de menos aquellos tiempos.

Cada vez le gustaba menos su trabajo y, a pesar de estar replanteándose dejarlo, debía tener algo de repuesto si quería conservar su piso y pagar las facturas. Además, estaba segura de que su gato *Salem* no estaría de acuerdo en dejar de comer comida de gatos de marca y pasar a las sobras que ella dejaba.

No, seguro que no. Ya se imaginaba

aquellos ojos verdes mirándola con furia mientras maullaba, restregándose contra sus piernas.

Después estaba el hecho de que la semana próxima tendría que acudir a una estúpida comida familiar, donde debería ver a su antiguo novio con su hermana mayor, Ashley. A pesar de haber pasado dos años, seguía sintiendo aquella presión en la base de la garganta que a veces amenazaba con dejarla sin aire. Su relación con Dean había sido perfecta, o al menos eso le había parecido a Taylor. Llevaban cinco años de noviazgo cuando, de repente, le mandó un mensaje al móvil dejándola y, dos días más tarde, se lo encontró en

casa de su madre abrazando a Ashley.

Si antes la relación con su familia había sido tensa y mala, tras aquello se había roto lo poco que quedaba. Aún continuaba preguntándose por qué diablos iba a aquellas comidas. Quizá para demostrar que aquello le importaba poco, que Dean nunca le había interesado realmente y que, aunque siempre se hubiese llevado mal con su hermana, aquello no había significado nada para ella.

Pero, en realidad, la rabia la consumía y se quedaba noches y noches recordando todos y cada uno de los momentos que había pasado con Dean, así como cuando lo conoció. Había sido

como su balsa, la había ayudado, convirtiéndose en una familia para ella, pudiendo así dejar la suya a un lado.

Cruzó un paso de peatones al ver el semáforo en verde y, metiéndose las manos en los bolsillos, suspiró y frunció el ceño ante el vacío que volvía a sentir nuevamente en el pecho.

Miró hacia el suelo y siguió caminando en dirección a su casa. Más de una vez había pensado en mudarse y mandar a la mierda a sus padres, a su hermana y a Dean, pero tenía la sensación de que aquello sería como cederles parte de su terreno y eso le producía un mal sabor de boca.

Maldijo al chocarse contra alguien,

frotándose la nariz. Subió la cabeza para encontrarse a uno de los amigos de Scott que había visto en el bar el primer día. Tenía el pelo oscuro y ojos azules, con una perilla corta y muy bien arreglada, como a ella le gustaba. Por su cabeza pasó la idea de seducirlo, acostarse con él y no pasar frío aquella noche.

—Disculpa —dijo el hombre.

Ella no pensaba disculparse.

Achicó sus ojos y lo miró fijamente al rostro sin bajar ni una vez la mirada a su cuerpo. Taylor esperó a que hablase, segura de que se acordaría de ella o al menos le sonaría.

—Te recuerdo, tú eres la amiga de Andrea, ¿verdad? Nos vimos en el bar.

—Ajá —canturreó, haciendo gala de un buen humor que realmente no poseía en aquellos momentos—. Soy Taylor Lanson. Y tú eres...

—Kevin. Kevin Jones. —Extendió la mano.

Taylor se la estrechó con fuerza, teniendo constancia de la gran mano masculina que desprendía un confortante calor.

—Un placer, Kevin Jones. ¿Tienes algo que hacer?

Aguantó la sonrisa que estuvo a punto de soltar al ver la sorpresa en aquellos ojos azules turquesa, tan fuertes de color que intimidaban.

—¿Algo que hacer?

—Claro —dijo con aquella voz que mostraba seguridad— Estoy aburrida y pensar que tengo que volver a casa con mi gato *Salem* es algo deprimente. ¿Qué te parece si damos una vuelta, comemos algo y conversamos? La noche puede volverse interesante. —Alzó una ceja y sonrió—. Conocernos mejor, sobre todo ya que Andrea y Scott están saliendo. ¿No crees?

En ese momento pasó por su cabeza la idea de que tal vez estuviese casado, pero la desechó rápidamente. No había visto alianza en sus dedos y, si él la reprendía por su comportamiento, pensaba esgrimir aquello como defensa.

—Sí, me encantaría dar una vuelta

contigo, Taylor. —Kevin sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos. Otro punto a su favor.

Taylor sonrió.

—Genial, entonces te doy permiso para llamarme Tay. —Le guiñó un ojo.

\*\*\*

Irina besó la cabecita de Amy mientras la dejaba en su pequeña cama, poniendo la barandilla que impedía que pudiese caerse. Su hija iba cerrando poco a poco los ojos, sonriendo suavemente antes de dejarlos cerrados por completo y darse la vuelta, poniéndose en posición fetal para

quedarse dormida y susurrar algo.

Sonrió y, tras poner una pastilla antimosquitos, salió de la habitación y dejó la puerta entreabierta.

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina para lavar los platos. Desde la calle le llegaba el ruido de las hojas mecidas por el viento, algún que otro coche pasar y las conversaciones de personas cercanas. Tras terminar de fregar los cacharros, cogió un yogur de la nevera con sabor a fresa y fue hacia el salón.

Cogió el libro que había en la mesita y siguió con su lectura mientras se tomaba el yogur, disfrutando de aquella tranquilidad. Dentro de dos semanas

tenía un pase de modelo en Nueva York, apenas a una media hora de donde ella vivía, así que había quedado con Taylor en dejarle a Amy, después ella iría a recogerla.

En primer lugar había pensado en dejársela a Andrea, pero sabía que su amiga estaba ocupada con Scott. A pesar de lo que dijese Andrea, Irina consideraba que aquello podría tener un final feliz, si ambos eran capaces de ser sinceros y hablar. Lo malo era que Andrea podía ser en algunas ocasiones demasiado tímida y Scott... No lo conocía lo suficiente como para opinar nada de él, excepto que era un hombre increíblemente atractivo.

Es más, si no fuese porque Andrea estaba enamorada de él y porque Scott no tenía ojos para otra (ni siquiera la había mirado al entrar por la puerta, era el único varón de aquel bar que no lo había hecho), habría sido uno de esos hombres por los que Irina perdía la vergüenza para acercarse y entablar una conversación, intentando así conseguir una cita.

Por otra parte estaba Dorek, aquel marine de pelo rubio y ojos dorados tan calientes que podían fundirla. Pero por su comportamiento estaba segura de que se trataba de uno de aquellos hombres mujeriegos que no se lo pensaban dos veces antes de romper el corazón de una

mujer. Y ella no estaba dispuesta a sufrir así otra vez.

Aún menos teniendo a Amy a su cargo.

Se terminó el yogur y lo dejó en la mesa, bajó la intensidad de la lámpara y, con la brisa entrando por la ventana, siguió su lectura con una sonrisa.

## Capítulo 8

Tras la movida noche anterior que tuvo con Scott, se levantó a las doce de la mañana, con los rayos del sol dándole en la espalda desnuda, calentándola hasta que no pudo soportarlo más y, dándose la vuelta con un gruñido, se tapó con la sábana. Gimió de dolor.

Tenía agujetas por todos los rincones de su cuerpo y también en otros que había desconocido hasta ese momento.

Así que, envolviéndose en la sábana, fue hacia el baño. Se aseó, se lavó los dientes y fue al retrete. Una vez hubo terminado, salió para coger ropa de la mochila que había traído el día anterior. Entró de nuevo en el baño y se duchó y, ya completamente lista, bajó las escaleras con cuidado, sin oír ningún sonido más que sus pasos, unos pájaros piando y los coches al pasar.

De repente oyó los ladridos de un perro.

Se dirigió hacia donde ella supuso que provendrían aquellos ladridos.

Fue hacia el jardín y sonrió al ver a Scott jugando con el pit bull. Cuando él se dio cuenta de su presencia, se dio la vuelta y la miró esgrimiendo una sonrisa mientras palmeaba el lomo del animal.

—Buenas tardes.

Cierto, eran más de las doce.

—Buenas tardes. —Cogió aire profundamente. Los ojos de Scott se clavaron en sus pechos, que tensaron la tela de la camiseta—. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Desde las nueve.

*Joder.* Parpadeó dos veces de manera rápida, luego se cruzó de brazos y lo miró.

—¿Y qué has hecho durante todo ese

tiempo?

Scott le colocó nuevamente la correa al pit bull, que tenía la lengua fuera mientras se sentaba en el césped, pacientemente. Luego entró en la casa, junto a ella, y, cogiéndola de la mano, la llevó a la cocina.

Le hizo un gesto para que se sentara en uno de los taburetes de la cocina, a juego con la barra. Él comenzó a sacar huevos, beicon y más alimentos.

—Me desperté, me asecé, te observé dormir durante quizá... unos quince minutos. —La miró con una sonrisa—. ¿Sabías que duermes con los labios completamente cerrados, el ceño fruncido y sin emitir ruido alguno? Te

tomé el pulso, pensé que te había dado algo.

Andrea frunció el ceño.

—No digas mentiras, duermo con el rostro relajado.

—El rostro no lo sé, pero...

Andrea se acercó para darle un puñetazo en el hombro. Scott se rio y la cogió entre sus brazos mientras ella se removía.

—Oh, ¡vamos, Andrea! No te enfades. —Intentó besarla y ella lo esquivó.

—Yo no frunzo el ceño. —Miró por encima de su hombro toda aquella comida—. Por cierto, ¿qué vas a hacerme para desayunar?

Scott la soltó y comenzó a prepararlo.

—Típico desayuno americano.

—Ah —asintió con la cabeza.

Aquel desayuno apenas le duró un par de minutos, bajo la atenta mirada de Scott, que le había dicho que seguía sin poder creerse que algo tan *pequeño* como ella pudiese haber devorado aquel enorme plato. Más tarde, con las manos en la barriga y una sonrisa de satisfacción en el rostro, lo miró.

—De acuerdo, me has sorprendido. ¿Quién te enseñó a cocinar?

Scott se encogió de hombros.

—Nadie. Yo solo.

Andrea sonrió, alzando una ceja

mientras apartaba el plato vacío.

—Ah, no me lo digas. Te gusta cocinar.

Lo miró inquisitivamente y... ¿Aquello que veía en el rostro de Scott era un rubor? ¿Scott tímido? ¿Acaso aquello era posible?

—¿Te acabas de sonrojar? —Le pellizcó el muslo.

—No —gruñó.

El resto del domingo lo pasaron dando vueltas por Nueva York, comiendo en un restaurante y deambulando por los parques que se encontraban cerca. Scott quiso pasear a su perro, pero Andrea lo convenció de que lo hiciese él más tarde, cuando ella

regresara a su casa. Por ningún motivo quería encontrarse cerca de aquel animal que la miraba siempre como si estuviese esperando el mejor momento para saltar a su cuello.

Y Dios era consciente de la poca fuerza que tenía ella.

Cuando el sol se ocultó en los rascacielos de Nueva York y el cielo comenzó a teñirse de un color anaranjado amarillento, la acompañó a su casa con las manos metidas en los bolsillos, como si temiese que ella fuese a rechazar cualquier gesto de él.

Al llegar a la puerta de su casa, Andrea se preguntó si debería invitarlo a entrar. Ante el silencio que los

envolvió, decidió hacerle la pregunta.

—Scott —pronunció su nombre, llamándole la atención—. ¿Quieres pasar?

Él sonrió y, acercándose más, Andrea captó el olor a especias y a menta que desprendía.

—Te lo agradezco, pero no. —Alzó una mano para acariciarle la mejilla—. Mañana tengo que despertarme muy temprano para hacer unos recados.

Asintió.

—De acuerdo. —Cogió aire. Entonces, ¿ahora qué?—. Gracias por todo, lo he pasado genial.

Scott le dio su mochila, que había estado llevando todo este tiempo.

Andrea la tomó y se la puso en un hombro, cruzándose de brazos tras ello.

Se acercó lentamente hasta que tuvo que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Las grandes manos de él cogieron su rostro y, agachándose, la besó con suavidad. Al principio Andrea no respondió, ya que la ternura y dulzura de aquel beso la dejaron paralizada, pero luego le respondió llevando sus manos a su espalda, sujetándolo por la camiseta oscura que llevaba.

Al separarse, le lamió el labio inferior, sacándole una sonrisa a Scott.

—Leona.

—Siempre —respondió sonriendo.

Sin separarse de ella, bajó sus manos

hasta tenerlas en sus caderas, pegándola a él mientras los últimos rayos de luz daban en su rostro, oscureciendo y haciendo más hermosos sus rasgos. En ese instante vio el tono azabache de sus ojos, una leve capa que parecía incluso de un rojo oscuro casi cobrizo. Los ojos de Scott eran preciosos.

Le acarició la mejilla, sintiendo la barba incipiente a pesar de haberse afeitado esa mañana, y le besó en ella.

—¿Te parece bien si vengo mañana a buscarte?

Andrea hizo memoria exprés, intentando recordar si había algún evento importante. Maldijo en voz baja al acordarse de que el cumpleaños de

Amy, la hija de Irina, era el martes y, por lo tanto, Tay y ella pensaban ir mañana a comprarle un detalle. Seguramente le regalarían ropa, peluches o alguna muñeca de esas que tanto le gustaban a la cría, pero sabía que pasarían toda la tarde charlando, parándose en bares para tomar algo y, finalmente, cada una se iría a su casa.

Y aunque desease con todas sus fuerzas cancelar la cita e ir con Scott para así después ir a su casa, sabía que no podía hacerle eso a Taylor. No a su mejor amiga, que, aunque no se quejaría, internamente podría tomárselo como un plantón.

—El martes es el cumpleaños de

Amy, la hija de Irina. —Scott asintió, recordando quién era. Andrea supuso que no le costó mucho trabajo recordarla, ya que Ira era una de esas personas que se quedaban siempre en la cabeza de los demás tras haberla conocido, personalmente o no—. Taylor y yo quedamos hace unas cuantas semanas en ir juntas a comprarle un regalo el lunes, un día antes de su cumpleaños. Mañana. —Le acarició el torso tapado con la camiseta, sin mirarlo—. Si te apetece, podría escaparme antes de tiempo el martes, tras darle el regalo a Amy y...

Scott la interrumpió dándole un beso. Luego la miró con una sonrisa

—Pásatelo bien. Yo te llamaré.

Y con ello, le guiñó un ojo y se dio la vuelta, alejándose poco a poco mientras Andrea se mordía la lengua, temerosa de que ésta fuese a soltar las palabras que deseaba decir.

\*\*\*

Andrea se despertó el lunes tranquilamente, con *Blanca* dormida en el otro lado de la cama, acurrucada en las sábanas. Le dio un beso en la cabecita, la acarició y se fue al baño. Una vez aseada, se puso una falda blanca que le llegaba hasta la mitad del muslo. Aquella falda se la había

regalado su madre cuando fue un verano a verla a Sevilla. Andrea aprovechaba siempre cualquier momento libre de trabajo que tuviese para ir a España.

Era cierto que le encantaba Estados Unidos, pero había ciertas cosas de su país de origen que ningún otro podría igualar nunca. Como, por ejemplo, la comida.

También se puso una camisa blanca de botones en el pecho y, tras coger los zapatos del cajón del armario, bajó silenciosamente para no despertar a su perra y se hizo el desayuno. Como solía hacer siempre, Irina prepararía una pequeña merienda en su casa para después ir a la piscina que estaba cerca

del parque.

A Amy le encanta nadar en los brazos de su madre y, a veces, con los manguitos de Barbie que Irina le había comprado. Así que el plan sería algo así, o al menos eso pensaba Andrea.

Cuando llegó a su trabajo, saludó a todos y se metió en su despacho, preparada para afrontar toda la pila de quehaceres que la esperaban en su mesa. Una vez ya sentada en su silla, Blue hizo su aparición con una taza de café en la mano y una carpeta repleta de entrevistas, exclusivas y noticias del día a día. Llevaba una camiseta con la sonrisa del Gato de Cheshire y unos vaqueros oscuros que se ajustaban a sus

delgadas piernas como una segunda piel.

—Buenos días, Andrea.

—Buenos días, Blue. —Cogió la taza y le dio las gracias con un gesto de cabeza, haciendo que algunos de sus mechones se soltasen del pasador que llevaba puesto—. ¿Cómo vamos hoy?

—Bien, de hecho perfecto. ¿Te parece bien si empezamos ya?

Al asentir, Blue ocupó la silla de enfrente del despacho y comenzó a sacar todas las noticias que irían en el próximo ejemplar, hablando y sugiriendo cómo podían distribuir las. Andrea se consideraba una de esas mujeres que siempre se empleaban al ciento por ciento en el trabajo, pero una

parte de sí misma se había quedado en su casa, fuera del ámbito laboral. O, mejor dicho, se había quedado con Scott, en los maravillosos instantes que habían pasado juntos, haciendo que su cerebro funcionase más lento de lo normal.

Si Blue se percató, no dio muestras de ello.

Una parte de sí misma temía que Scott volviese a desaparecer de repente, como había hecho la primera vez.

Andrea necesitaba despedirse, ser consciente de que se había ido y no albergar falsas esperanzas. Pero... quizá, y sólo quizá, hubiese alguna oportunidad de poder reparar la relación

de ambos. Aunque en un principio ella hubiese sido la que había tomado la iniciativa del «sólo sexo», ahora quería más.

Muchísimo más.

Cuando terminó el trabajo con Blue ya eran las dos y cuarto de la tarde; dejó que se fuese a almorzar, lo mismo que haría ella unos minutos más tarde para luego seguir trabajando hasta las cuatro y media y, así, irse después con Taylor a comprar el regalo de Amy.

Aquella noche echaban su serie favorita, *Mentes criminales*, por lo que tenía perfectamente programada en su cabeza y en el móvil, con una alarma que sonaría veinte minutos antes, la hora

de retorno. Tay sabía que aquella serie era para ella como una adicción. Además, aparte de contar con un reparto de primera que te hacía llegar a través de la pantalla las emociones que sentían, debía admitir que tal vez algunos actores de dicha serie, como Shermar Moore o Matthew Gray Gubler, eran un incentivo más para verla.

Recogió todos los papeles que había en la mesa de su despacho y bajó al bar que había enfrente del edificio en el que trabajaba. Cruzó el paso de peatones y al entrar saludó a Brenda, la camarera de melena oscura que solía atenderla.

Ocupó su lugar de siempre y mientras esperaba se dedicó a

contemplar aquel bar-restaurante que durante tantos años (desde que comenzó a trabajar en la revista) le había servido buenas comidas. El suelo era de parqué oscuro y las paredes estaban decoradas con cuadros de flores, bodegones y espejos que, debido a la forma que tenían sus marcos, parecían ser antiguos. Las lámparas que colgaban de las paredes eran oscuras y largas. Todas las mesas eran de color caoba, a juego con las sillas. Los manteles eran de color burdeos oscuro, y las servilletas, blancas y con las iniciales del bar.

Estaba observando a todas las personas que había en el local cuando su mirada cayó en la hermana mayor de

Taylor, Ashley, que en ese momento estaba comiendo con Dean, su novio desde hacía algunos años y antigua pareja de Taylor. Era algo que nunca había podido entender: ¿cómo podía alguien salir con el novio de su hermana? Y, en todo caso, ¿cómo había tenido Dean la poca decencia de haber aceptado? Pero eso no había sido lo peor, al menos para Andrea. Lo peor había sido ver cómo los padres de Taylor habían aceptado aquella relación con los brazos abiertos.

A pesar de que su amiga se mostrase indiferente cuando hablaban de ello, Andrea era consciente del daño que su familia le había causado. Por ello, Tay y

Andrea se habían tratado siempre como una familia, y desde el primer día sus padres aceptaron a Tay como una más. Aquello las había unido aún más.

Ashley era muy diferente a Taylor. Mientras que Taylor era alta y esbelta, con el cabello rubio corto y unos grandes ojos azul celeste, Ashley los tenía verdes y su cabello rubio igual de claro le llegaba hasta los grandes pechos que tenía, acompañados de una estrecha cintura y unos carnosos labios. Quizá muchos pensarían que Ashley era más atractiva, pero una segunda o tercera mirada dejaba claro que Taylor lo era más y, aparte, no tenía ese brillo manipulador en los ojos que inquietaba

tanto.

Dean había sido modelo de famosas campañas de marcas internacionales. A pesar de haberse retirado, solía hacer anuncios de colonias y ropa interior, entre otras. Sabía que era atractivo, pero nunca había sido de su tipo. De cabello castaño claro y ojos azules, su cuerpo era atlético y, ¿para qué engañarse?, la primera impresión que había tenido Andrea de él había sido buena: tranquilo, cortés y atento. Se preguntó qué podría haber cambiado.

Brenda se acercó con una sonrisa al mismo tiempo que sacaba de su delantal un pequeño cuaderno para apuntar el pedido. Sus ojos marrones brillaron.

—Qué alegría verte, Andrea. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. He venido a comer algo rápido para volver al trabajo.

Brenda asintió.

—De acuerdo. ¿Lo mismo de siempre?

—Exacto. Lo mismo de siempre. — Volvió a mirar de reojo a Dean y a Ashley.

La camarera siguió su mirada.

—¿Pasa algo?

—Esos dos —señaló con la cabeza—. ¿Desde cuándo están aquí?

Brenda sopesó la pregunta antes de responder.

—Media hora quizá. Hacen una

buena pareja, ¿no te parece?

Si no fuese por lo que sabía, Andrea habría opinado lo mismo. Pero era su mejor amiga y siempre estaría de parte de Taylor.

—Sí, bueno. —Se encogió de hombros.

Aunque no dijo nada, vio en los ojos de Brenda un brillo de curiosidad.

—Te traeré la comida lo más rápido posible.

—Gracias. —Y asintió.

Estuvo esperando unos diez minutos antes de que llegara su almuerzo: una ensalada César, un filete de pollo a la plancha con patatas y un vaso de agua con hielo. A pesar de querer estar

concentrada en la espectacular comida que tenía ante ella, no podía evitar echar miradas de reproche a aquella pareja que no paraba de hacerse carantoñas en público, sonriéndose mutuamente. Ante esa situación, Andrea deseaba coger su plato y lanzárselo a Ashley. ¿Cómo podía seguir con aquella relación sin tener remordimientos?

En ese instante sólo su móvil.

—¿Sí?

—Soy Tay, Andrea. ¿Te parece bien que quedemos a las cinco? Iré al edificio de tu trabajo, ya que nos pilla de camino al centro comercial desde allí. —Se oyeron unas bocinas de coche. Seguramente estaría yendo hacia su casa

tras terminar la jornada laboral.

—De acuerdo. —Se mordió el labio inferior, preguntándose si debería o no decirle que estaba comiendo a apenas unos metros de su hermana y de su ex.

Tay percibió la vacilación en su voz, ya que no dudó en preguntarle qué le pasa.

—¿Sucede algo, Andrea?

—No, nada. Estaba almorzando, me acaban de traer hace poco la comida.

—Ah, de acuerdo, entonces no te molesto más. Recuerda, a las cinco iré a por ti.

—Está bien.

—Hasta luego.

Antes de poder responder, Tay ya

había colgado. Suspirando, se guardó el móvil y se dispuso a disfrutar del increíble manjar que había delante de ella.

\*\*\*

—Creo que esto le quedaría genial —dijo Taylor levantando sobre la percha un conjunto de pijama infantil de diseño floral.

Andrea asintió y sonrió.

—Le encantará. Amy ama todo aquello que tenga que ver con flores y animales.

—Pues entonces le compraremos un pijama y algo más. ¿Pagamos y vamos a

la tienda de enfrente? Allí venden desde peluches de animales hasta muñecas y juguetes. Quizá veamos algo interesante.

—Vale.

La dependienta envolvió el pijama en un papel rosa claro con corazones de distintos tamaños y en el centro puso una tarjeta con el nombre de Taylor y Andrea, junto con un dibujo de unos labios. Tras pagar aquel conjunto, cambiaron de tienda.

Andrea estuvo buscando ese regalo perfecto que sólo ella podía encontrar en una tienda de peluches, al haber tenido tantos cuando era chica. Su antigua habitación en España había estado repleta de peluches de animales,

entre los cuales había desde un unicornio hasta una gran rana rosa. Sus paredes habían estado pintadas de rosa, con mariposas que su madre había dibujado de color morado y blanco.

Finalmente sintió aquella punzada en el pecho. Había encontrado el peluche perfecto, pensó con una sonrisa.

Se trataba de un pájaro algo raro. Estaba formado con un gran cuerpo rosa oscuro; sus pequeñas alas, de color rosa claro, colgaban a los lados, al igual que las largas patas de tres dedos cada una. Tenía dos grandes ojos y un pico del mismo color que las patas y alas, que dibujaba una sonrisa.

Lo cogió y, al girarse, vio a Taylor

mirando un cuervo negro.

—Lo he encontrado, Tay. —Su amiga miró el peluche y asintió satisfecha.

—Perfecto, coge ése entonces. Yo me llevaré este precioso cuervo para mí.

Volvieron a pagar y, con el pájaro ya envuelto, fueron hacia una de las cafeterías que estaban abiertas. Mientras que Taylor eligió un batido helado de fresa, Andrea pidió lo mismo pero de chocolate, ignorando la vocecilla que le gritaba que aquella era una bomba de calorías y ella no podía permitírselo.

Le dolían los tobillos de pasar tantas horas dando vueltas por el centro comercial y, para empeorar la situación,

sentía los gemelos cargados.

Hasta que no llegaron los batidos helados ninguna de las dos habló. Al parecer no era la única a la que aquella larga búsqueda del regalo perfecto le había traído consecuencias. Un olor a tortitas penetró por su nariz y, antes de que se diese cuenta, su estómago gruñó.

El de Taylor también. Ambas se rieron.

—Dios mío, no puedo más. ¿Te parece bien si pedimos un plato de tortitas para las dos? —preguntó Taylor.

Andrea asintió varias veces.

Quince minutos más tarde, ambas devoraban lo que había en sus platos sin dejar de sonreír ante las miradas que los

demás les echaban. En cinco minutos las tortitas habían desaparecido y los batidos helados de las dos estaban a menos de la mitad.

Andrea cogió valor.

—Tay, quiero decirte algo que creo que no te gustará.

—Yo también, pero lo que yo voy a contarte es más interesante, estoy segura de ello.

Andrea alzó una ceja y sonrió antes de beber de la pajita rosa.

—De acuerdo, empieza tú entonces —comentó encogiéndose de hombros.

—¿Te acuerdas de la primera vez que vimos a Scott en el bar con sus amigos?

—Claro. Como para olvidarlo.

Taylor sonrió.

—Uno de sus amigos era un chico de pelo oscuro con perilla corta, de ojos claros. ¿Te acuerdas? Se llama Kevin.

Andrea evocó una rápida imagen del hombre del que hablaba Taylor.

—Apenas recuerdo sus rasgos, ¿qué pasa con él?

—Me acosté con él. Ayer. —Y volvió a tomar otro sorbo del batido.

Andrea parpadeó varias veces, intentando asimilar la noticia mientras una gran sonrisa gatuna adornaba el rostro de su mejor amiga. Sus ojos azules brillaron con picardía al curvar sus labios en una sonrisa que muchos

otros clientes de la cafetería vieron. Estaba segura de que su mejor amiga no sabía hasta qué punto era atractiva, pensó mientras algunos rayos de sol incidían en su pelo rubio.

Sacudió la cabeza.

—Espera, espera. ¿Te has acostado con un amigo de Scott? ¿Un marine?

Taylor se encogió de hombros.

—Marine, bombero, carpintero... —  
Sonrió—. Todos son iguales, aunque tengo que admitir que Kevin me sorprendió gratamente. —Hizo un mohín sexi al terminar de beber el batido helado—. Es muy, pero que muy, bueno con la lengua.

Andrea se sonrojó violentamente.

¿Es que acaso Tay no podía hablar más bajo? Ahora mismo ambas eran el centro de atención de la cafetería. Mientras que la mayoría de las mujeres habían apartado la mirada (aunque otras sonreían comprensivas), los hombres se dedicaban a observarlas y a golpearse los uno a los otros con los codos mientras cuchicheaban por lo bajo.

Taylor ladeó la cabeza, luego chasqueó la lengua.

—Te has sonrojado. No he dicho nada del otro mundo.

—Exacto, no has dicho nada del otro mundo, pero hablas demasiado alto. ¿Acaso eres incapaz de ver cómo nos miran todos?

—Tonterías.

—¿Se quedó contigo después?

—No, lo eché. Le dije que al día siguiente tenía que trabajar muy temprano y me molestaría, así que nos besamos, intercambiamos los números de teléfono por si queríamos volver a quedar y listo. Fue una buena noche. Sí señor. Me alegro de haber chocado con él por la calle accidentalmente.

Llamó al camarero para pedir la cuenta mientras Andrea procesaba la nueva información. Era increíble la facilidad que tenía Taylor para separar los sentimientos del sexo. Verdaderamente increíble.

—Y... ¿ya está?

Taylor la miró.

—¿Cómo qué y ya está? —preguntó —. ¿Te parecen pocos tres orgasmos? Me sorprendes, amiga. Una vez más, has demostrado lo buen amante que es Scott, el calienta-coños. Mi pregunta es: ¿podrás soportarlo durante mucho tiempo?

Nuevamente se sonrojó. Algunas mujeres soltaron una risita.

—Taylor, no vuelvas a decir eso en voz alta, ¿te enteras?

—Eres una aburrida, Andrea. Pero como veo que estás a punto de morir por una combustión espontánea, me callaré. —Bufó—. ¿Cuánto piensa tardar el jodido camarero? Tenemos cosas que

hacer. Quizá él no tenga vida propia, pero nosotras...

—Aquí está la cuenta.

Andrea pensó que, si la tierra la tragaba en ese momento, no le importaría lo más mínimo. En vez de mostrarse avergonzada porque la hubiese oído el camarero, Taylor le dio unas palmaditas en la mejilla y sonrió.

—Buen chico, ahora ven en menos de dos minutos si quieres algo de propina.

Estaba segura de que, si el que las hubiese atendido no fuese un pobre adolescente algo perdido, habría frenado a su amiga. De todas maneras, le dejó una buena propina y se despidió

del adolescente agitando la mano dos veces.

Taylor había aparcado al lado de su trabajo, así que se ofreció a llevarla a casa. Cuando llegó, besó a su amiga en la mejilla.

—Tay, ¿quieres que me lleve yo los regalos o los llevas tú mañana?

Hizo un gesto con la mano.

—No, llévalos tú. Seguramente a mí se me olvidaría.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, cielo. Recuerda que Derek, el de *Mentes criminales*, es el mío.

Andrea sonrió.

—Eso no te lo crees ni tú. Sabes que ése y el listo son míos —bromeó.

—Ah, no. Al menos quiero al listo. —Le guiñó un ojo—. Me encantaría corromperlo. Estoy segura de que, tras esa fachada de niño bueno, se esconde todo un experto del sexo.

Andrea se rio mientras abría la puerta de su casa, oyendo los ladridos de *Blanca*, que estaba deseosa de verla.

Se despidió de Taylor agitando una mano y luego entró. Cogió a *Blanca* en brazos mientras ésta intentaba jugar con ella, lamiéndole cualquier parte que pudiese: cuello, mano, brazo, mejilla... Luego fue a la cocina y le dio una de las chuches especiales para perro que tenía.

La hizo rabiarse un poco y luego la soltó en el suelo de la cocina, donde daba saltos para que volviese a cogerla en brazos.

Cogió un vaso de agua y se fue hacia el salón. Se tumbó en el sofá y encendió la televisión. La alarma comenzó a sonar en ese momento. La apagó y luego vio cómo *Blanca* hacía algunos gestos que indicaban que quería saltar sobre ella. Dejándole un lado del sofá, palmeó ese espacio.

Fue suficiente motivación para su perrita, que de un pequeño y torpe salto (con ayuda de Andrea, ya que luego la cogió para evitar que se resbalara hacia atrás) se encaramó al sofá y se ubicó a

su lado, buscando su mano con el hocico para que volviese a acariciarla.

Lo hizo y, cuando encontró el canal de televisión que buscaba, sonrió.

Ahora sólo tendría que esperar.

## Capítulo 9

Kevin sonrió mientras su hijo Jay jugaba en su habitación con un nuevo juguete que Dorek le había regalado. Dejó la puerta entreabierta y fue hacia la cocina a por una cerveza mientras pensaba en lo que había pasado anoche. Sus amigos lo habían animado a salir, ofreciéndose

Sean y Dorek como niños de Jay, diciéndole que pedirían pizza para cenar.

Tras la muerte de Claire, había dejado a un lado las mujeres y se había centrado en su hijo Jay. Éste tenía el pelo negro y los ojos castaños de Claire. Había cumplido hacía poco tiempo cuatro años, uno más desde que Claire, la mujer de su vida, había muerto en una misión en Afganistán. Aún podía recordar sus últimas palabras, el tacto de su mano temblorosa mientras la vida abandonaba su cuerpo, con los ojos húmedos de dolor mientras le pedía que cuidase de Jay, que fuese feliz y que la incinerasen, esparciendo sus cenizas por

Fool's Gold, donde ambos habían nacido y donde se habían conocido.

Y besándola en los labios, diciéndole que la amaba, ella le respondió lo mismo y luego sus ojos castaños perdieron aquel brillo que, durante tantos años, lo habían mirado con amor.

Era cierto que en un principio había aceptado toda misión que pudiese, deseando así inconscientemente acabar con su dolor, pero tras pasar demasiado tiempo alejado de Jay se había dado cuenta de que aquello no era la solución. Así que estaba a punto de retirarse de la Marina para intentar tener un cargo como policía.

Y hasta que se acostó con Taylor, no lo había hecho con nadie. No tras la muerte de Claire. Había visto en los ojos de Taylor una chispa de vida. Esa chispa que a él le faltaba. Así que, ¿por qué no? Se había dicho. Conversaron, fueron a su casa y tuvieron un buen sexo en el que prácticamente se dio cuenta de lo mucho que había anhelado sentir nuevamente un cuerpo femenino junto al suyo.

Abrió la lata de cerveza y dio un gran trago.

Por las acciones de Taylor, estaba seguro de que ella no buscaba una relación seria. Él, en realidad, no le importaba. Esperaba lo que tuviese que

pasar, siempre con la seguridad de su hijo Jay por encima de todo.

¿Sería quizá demasiado precipitado llamarla para pasar con ella otra noche? No para practicar sexo (aunque no se negaría si surgía), si no para volver a disfrutar de su buena compañía. Era una mujer distinta a las demás. Era luchadora; Kevin había podido captar el dolor en su voz a veces, pero rápidamente cambiaba de tema, siempre respecto al sexo, donde parecía estar segura la mayor parte de tiempo. Como si fuese algo que ella pudiese controlar sin problema alguno.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando sintió los brazos

de Jay alrededor de una de sus piernas, mirándolo con una sonrisita mientras agitaba los brazos para que lo cogiese.

—Ven aquí.

Lo alzó con facilidad y, tras darle un beso en la mejilla, miró la hora. Eran las seis y media de la tarde.

—Hora del baño, campeón, y luego a cenar.

Jay envolvió sus bracitos alrededor del cuello de su padre mientras asentía, colocando su cabeza en su hombro. Ése era el primer indicio de que tenía sueño y de que, si no se daba prisa, acabaría llorando y haciendo pataletas.

Así que subió las escaleras y dejó el tema de Taylor a un lado.

\*\*\*

Taylor y Andrea sonrieron cuando Amy abrazó aquel peluche con fuerza, dando un chillido infantil de alegría. Irina besó la cabeza de Amy y les pasó unos refrescos a ambas.

—Gracias por venir.

—No tienes que darnos las gracias, sabes que lo hacemos encantadas —dijo Andrea dándole un sorbo al batido de chocolate. Era adicta a él.

—Además, lo pasamos muy bien de compras. ¿Cuántas niñas han venido?

—Pocas, ya que todavía es demasiado pequeña y no quería

atosigarla. Han venido cinco chicas.

Andrea y Taylor asintieron.

—Por cierto, ¿qué tal te va todo con Scott, Andrea?

La aludida se atragantó con la bebida, tosiendo mientras Tay le daba unos suaves golpecitos en la espalda. Volvió a beber antes de contestar.

—Bien, nos vimos el sábado y el domingo. Quizá después de la fiesta de cumpleaños vaya, o mañana. —Se encogió de hombros—. De todas formas, comentó que me llamaría.

En ese momento oyó la voz del padre de Amy. Taylor silbó por lo bajo al verlo, mientras que Andrea alzó una ceja. ¿De verdad aquel hombre de ojos

dorados verdosos y pelo castaño claro casi rubio era español? Era alto, atlético y tenía un gran regalo entre sus atléticos brazos. Cuando Amy se giró y lo vio, dio un chillido y fue hacia él con los brazos abiertos.

Él se agachó, también con los brazos abiertos, y, cuando aquel cuerpecillo impactó contra el suyo, la estrechó con fuerza y se levantó, aupándola. Amy tenía sus brazos alrededor de su cuello, sonriendo mientras él la apretaba contra sí.

Vestía unos pantalones de color crema y una camiseta blanca.

Sus ojos se clavaron en Irina con una sonrisa amistosa. En ese instante,

apareció tras él una mujer de cabello y ojos oscuros. Andrea supo desde el primer momento que también era española. Tenía una sortija de compromiso y él se giró para que Amy la saludase.

Irina se acercó con sus dos amigas.

—Chicas, os presento a Carlos, el padre de Amy.

—Encantada —saludaron las dos.

Carlos sonrió.

—Lo mismo digo.

—Y ella es Eva, su prometida.

Ambas asintieron, al igual que la novia, que sonrió ampliamente, mostrando unos dientes blancos y perfectos que hacían contraste con su

olivácea piel.

—Bueno, ¿de qué parte de España sois? —preguntó Andrea dándole un sorbo a su bebida.

—Yo soy de Cádiz —dijo Carlos mientras Amy le tocaba el pelo. La niña se rio—. Eva es de Huelva.

—Andrea es de Sevilla —explicó Irina sonriendo a Amy—. Vive aquí desde hace ya tiempo.

—¿Por trabajo, quizá? —inquirió Eva amablemente.

Se mordió el labio, luego se encogió de hombros.

—Vine muy joven con mis padres y finalmente decidí establecerme. Por cómo está España, no me he planteado

volver, sobre todo teniendo un puesto de trabajo fijo aquí.

Eva asintió.

Pasaron a tomar algo mientras Amy terminaba de desenvolver los últimos regalos para después irse a jugar al jardín con las niñas que habían venido. Andrea se sorprendió de lo buena pareja que habrían hecho Carlos e Irina. ¿Qué les habría pasado? ¿Alguna infidelidad, desconfianza, el trabajo les había separado? Taylor también sentía curiosidad, ya que se acercó a ella y le susurró al oído:

—De esto nos enteramos tú y yo tarde o temprano, no te preocupes.

Riéndose, asintió y fue a coger más

batido de chocolate.

Una hora más tarde, Irina sacó una tarta de galletas con chocolate que ella misma había hecho. Era de tres pisos, con el nombre de Amy escrito con chucherías de distintos colores. En ese momento se dio cuenta de lo importante que era para Irina celebrar el cumpleaños de Amy y lo mucho que la amaba.

Carlos sonrió y cantó en voz baja cumpleaños feliz con los demás, en español y luego en ruso. Amy daba saltos de alegría.

Estaban comiendo el pastel entre risas. Amy tenía toda la cara manchada de chocolate, al igual que las otras

niñas. Taylor iba por su tercer trozo (era increíble que siendo tan delgada le cupiera tanta comida); Andrea se quedó en el primero por remordimientos de engordar e Irina también. Carlos y Eva compartieron otro más. Estaban sentados juntos en el sofá.

Carlos cogió a Eva del brazo y, mirando a Irina, quien asintió, se agachó para estar a la misma altura que Amy.

Su hija la miraba con una gran sonrisa.

—¿Pasa algo, papá?

—Sabes que Eva es mi pareja, ¿verdad? —La niña asintió varias veces, sonriendo. La cogió en brazos y luego colocó una de las manos libres sobre el

vientre de su pareja.

Andrea vio la resignación en el rostro de su amiga. Tay y ella se miraron con el ceño fruncido. ¿Seguiría quizá Irina enamorada de Carlos?

—Cielo, Eva está esperando un bebé. Un hermanito para ti.

Amy sonrió ampliamente.

—¿Un hermanito?

—Eso es. —Carlos la besó en la frente.

—¿Se vendrá a vivir con nosotras?  
—preguntó con alegría.

Andrea se acercó a Irina y le cogió la mano al ver cómo su rostro palidecía rápidamente, deseando infundirle fuerzas. Irina le devolvió el apretón y

sonrió temblorosamente. ¿Tendría miedo tal vez de que Amy quisiese irse con Carlos?

—No, cielo. Pero podrás venir siempre que quieras a verlo. Es más, nosotros también vendremos a visitarte.

La carita de Amy se volvió triste.

—Pero... Vosotros vais a volver a España, ¿no?

—Cielo, papá y Eva tienen una vida —dijo Irina cogiendo a Amy—. Podrás verlos en Navidades, verano y en las...

— ¡No, no y no! —gritó Amy con los ojos llorosos. — ¡Yo quiero que estemos todos juntos!

Si hubiese podido hacer algo por borrar el sufrimiento de la cara de su

amiga Irina, lo habría hecho, pensó Andrea con tristeza. Carlos y Eva también eran conscientes de lo mal que lo estaba pasando Irina.

Mordiéndose los labios, agarró suavemente a Amy.

—Hablaremos de esto más tarde, ¿vale? Es tu cumpleaños y tienes que estar con tus amigas. Poneos los bañadores y nos vamos a la piscina municipal.

Amy se olvidó de por qué lloraba y, asintiendo, fue a ponerse el bañador. Los cinco se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que Carlos se pasó una mano por el pelo y miró a Irina con arrepentimiento.

—Lo siento, quizá debería haber esperado.

Irina negó con la cabeza.

—Da igual. Lo solucionaremos.

\*\*\*

Andrea se metió en el agua sin parar de gemir mientras Taylor bufaba. A pesar de hacer calor, el agua estaba helada. Las niñas se bañaban en la piscina pequeña, jugando con otros niños sin parar de salpicarse. Eva y Carlos se habían metido hacía rato, pero Eva se había quedado sentada en el bordillo de la piscina.

Irina era el centro de todas las

miradas con aquel bikini blanco de encaje que se pegaba a su esbelto cuerpo como una segunda piel. Su cabello oscuro estaba recogido en un moño alto y caído, haciendo que varios mechones acariciasen su bello rostro.

En cambio, Andrea llevaba un biquini tipo militar con flecos que, aunque le quedaba bastante bien, no tenía nada que ver con Irina. Se había hecho una trenza de a un lado que le llegaba hasta la cintura, mientras algunos mechones más cortos y lisos se habían soltado.

—Scott caliente-coños se pondría a cien si te viese con ese biquini militar y esa trenza tan endiabladamente

complicada. Está genial el biquini, ¿dónde te lo has comprado?

Andrea se sonrojó y le hizo un gesto para que hablase más bajo.

—Shh. ¿Qué te dije de ese apodo que le has dado?

Taylor miró a sus espaldas, a la entrada de la piscina, y se mordió el labio pícaramente. Luego la volvió a mirar a ella con una sonrisa inocente.

—¿Cómo?

—El apodo ese, no lo repitas más.

—Pero ¿cuál apodo? Yo no he dicho nada.

Andrea maldijo en voz baja.

—No te hagas la tonta. *Ese* apodo. El que le has puesto a Scott.

—Yo no le he puesto apodo a nadie. Todo el mundo lo conoce así. Al menos todas las mujeres. ¿De verdad crees que me lo he inventado? Además, yo no he dicho nada y...

Andrea se enfadó. ¿Todas las mujeres que se habían acostado con Scott lo llamaban así? ¿Y por qué diablos tenían que ser tantas? Se mordió el labio mientras se ponía roja de ira, apretando los puños y olvidándose del frío del agua de la piscina.

—¿Quieres decir que todas las que se han acostado con él lo llaman así? —gruñó.

—¿Cómo? ¿Qué apodo? —Taylor parpadeó inocentemente.

— ¡Calienta-coños, joder! ¿Por qué no lo dices? Has estado diciéndolo una y otra vez y...

Una sombra que apareció por detrás impidió que el sol le diese en la espalda. Al ver el parpadeo frenético de Taylor al mirar por encima de sus hombros, supo quién era el dueño de aquella gran sombra. No se movió, se quedó donde estaba mientras su cara se volvía completamente roja.

Abrió la boca para soltar algo. La cerró.

Unas manos la agarraron de las axilas y la sacaron de la piscina con facilidad. Luego se encontró entre unos brazos que le dieron la vuelta y, así, vio

el rostro de Scott.

Oh, Dios santo. Estaba tan increíble.

Le recorrió el cuerpo con una mirada hambrienta. Ya se había quitado la ropa, porque tenía el musculoso torso descubierto y llevaba un bañador negro que le quedaba divinamente bien. Subió la mirada poco a poco hasta encontrarse con aquellos oscuros ojos que, al igual que ella, la habían devorado.

Las manos de él se fueron a su cintura, pegándola de un tirón a su cuerpo. Se inclinó sobre ella y con los labios acarició su cuello.

—Estás increíble, nena.

Oh, si él supiese cómo estaba realmente...

Sus manos se posaban sobre los brazos de él, agarrada. Sus pechos, por la posición, estaban apretados, luciendo deliciosos para Scott.

Andrea miró por encima de su hombro y vio a Dorek, Kevin y Sean. Todos le sonrieron antes de tirarse a la piscina. Eran increíbles y, como prueba, obtenían los suspiros de las distintas mujeres y adolescentes que se acercaban a ellos.

Kevin se paralizó al ver a Taylor, que estaba en una de las esquinas de la piscina, mirándolo con una sonrisa. Se acercó a ella.

Por otra parte, Dorek había ido hacia Irina, que se sonrojaba por

momentos mientras éste se pasaba una mano por el pelo e intentaba entablar una conversación con ella. También saludó a Amy cuando gritó, llamándole por su nombre.

Miró nuevamente a Scott.

Sin poder aguantarse más, se puso de puntillas y posó sus labios sobre los de él. Cuando fue a separarse, él la agarró con más fuerza y se inclinó para que fuese más fácil para ella. Andrea entreabrió los labios, oportunidad que aprovechó Scott para penetrar con su lengua y apretarla más a él.

Unas risas de niños la sacaron de su entumecimiento. Separándose de Scott, se ruborizó y se pasó una mano por la

boca, sintiéndola sonrojada e hinchada.

—Vamos a bañarnos.

Andrea asintió y entró con él.

Frunció el ceño cuando una mujer de cabello rubio y grandes pechos lo miró con una sonrisa pícaro, intentando llamar su atención.

—¿Qué haces aquí?

El agua le llegaba a Scott por la cintura, mientras que a ella le llegaba hasta los pechos. Cogiéndola en brazos, la pegó a él. Andrea lo utilizó para estar así a su misma altura y mirarlo fijamente.

—He venido con ellos para darnos un baño, hace demasiado calor y en mi piscina no habríamos cabido todos. La

idea fue de Dorek.

Asintió.

—Qué casualidad.

—Pues sí. —Las manos de él en su cintura la hicieron estremecerse—. ¿Le gustó a Amy vuestro regalo?

—Sí, le encantó —afirmó sonriendo.

Luego se mordió el labio inferior—. Mmm... ¿Pensabas llamarme?

—Esta misma noche iba a hacerlo.

Andrea soltó el aire que había estado conteniendo.

—Vale. —Volvió a besarlo. Luego frunció el ceño—. No logro entender por qué no puedo dejar de pensar en ti durante un minuto. Es realmente frustrante tenerte siempre en mis

pensamientos.

Scott le puso una mano en su trasero. Ella se sonrojó e intentó quitarla, mirando a sus espaldas por si alguien los observaba. Pero no, cada uno iba a su royo. Scott la impulsó y, así, Andrea le rodeó las caderas con sus piernas. Estaban pegados a una de las paredes de la piscina, por lo que nadie los veía.

—Al menos comienzas a sentir un poco de lo que yo siento por ti.

—No es justo —susurró—. Y lo sabes bien.

—Tengo que hablar contigo, Andrea. ¿Puedes quedar esta noche?

Al día siguiente trabajaba, pero por estar un par de horas con Scott no

pasaría nada. Además, sería incapaz de conciliar el sueño sin saber qué era lo que quería decirle. Lo miró fijamente durante unos segundos antes de tomar una decisión.

Asintió.

—Sí.

Scott sonrió y, mirando sus labios, susurró roncamente:

—Genial, ahora vamos a pasarlo bien.

El cuerpo de Andrea vibró de anticipación.

\*\*\*

—Estás... muy guapa —dijo Kevin.

Taylor sonrió con confianza y, nadando lentamente, se acercó hasta poner las manos en sus hombros.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. ¿Te importa si me agarro a ti? Yo no llego aquí con los pies y tú, en cambio... eres muy grande.

Le encantaba verlo cortado, pensó Taylor. Le hacía parecer más tierno.

—Claro. —Taylor aprovechó la rápida respuesta y se agarró a él.

—¿Sabes? He estado pensando en ti. —Se acercó más, hasta tener su rostro a apenas diez centímetros del de Kevin—. Y mucho.

—Y... —Sus manos se fueron a su delgada cintura—. ¿Sobre qué?

Aquel contacto la hizo estremecer y, aunque dejó que él lo supiese, escondió lo extrañamente feliz que se encontraba por verlo de nuevo.

—Sobre la increíble noche que pasamos juntos. —Si Kevin no la besaba ya, teniendo ella sus labios tan cerca de los de él, significaría que realmente no le atraía—. Tú... ¿no has pensado en ella?

—Joder, sí.

Se alzó y la besó bruscamente, obligándola a abrir los labios para profundizar el beso. Ella no se opuso; es más, sonrió contra su boca y la abrió, dispuesta a devorarlo ella también. Dio un tirón de su labio, juguetonamente,

mientras llevaba una de sus manos hacia su erección, acariciándola por encima del bañador blanco sin dejar de sonreír.

Cuando vio la lujuria en sus ojos azules, pegó sus pechos a su musculoso torso, a sabiendas de que sentiría sus duros pezones.

Kevin gruñó y, sin poder evitarlo, llevó sus manos a sus pechos recelosamente y los acarició con los pulgares, haciéndola gemir contra sus labios.

—Entonces sácame de aquí y llévame a un lugar donde puedas follarme.

Porque era eso. Follar. Taylor no buscaba una relación sentimental, y

estaba segura de que él tampoco. Podrían llegar a ser amigos, pasárselo bien y llegar a un acuerdo en el que ambos podrían salir beneficiados.

Y, aunque ella nunca lo admitiría en voz alta, la traición de su hermana Ashley le había llegado al alma.

\*\*\*

Irina intentó que Dorek no percibiese lo nerviosa que estaba en ese momento. Le habían temblado las manos y todo el cuerpo cuando él fue hacia ella, andando de aquella manera seductora y depredadora que tantas miradas femeninas había atraído,

incluyendo la suya propia.

Estaba tan... arrebatador en bañador que sólo pudo aceptar su beso en la mejilla sin más, aunque, eso sí, captando su olor varonil, que despertó toda una red de descargas en su cuerpo.

Sus ojos habían recorrido su silueta con rapidez para que ella no se diese cuenta, pero el hecho era que sí fue consciente de ello y... le gustó. Le gustó la forma en la que la miró, como si fuese la única mujer que había allí. La más deseable. Había pasado tanto tiempo desde que había tenido una relación seria que ahora se encontraba perdida en las sensaciones que le hacía tener Dorek.

Iba a meterse en la piscina, pero ahora tenía miedo de dar un paso y tropezarse.

—¿Vas a entrar? —le preguntó con una tenue sonrisa.

— ¡Dorek, Dorek! —gritó Amy agitando sus manos. Era la cuarta vez que lo llamaba en ese día. Llevaba un bañador con volantes de distintos tonos rosados. Tenía el pelo pegado a la carita y sonreía.

Él miró a Amy y sonrió, saludándola. Dándose por satisfecha, Amy se dio la vuelta y continuó jugando con los demás niños de su edad.

Sus castaños ojos se clavaron en ella. Irina se obligó a decir algo.

—Le gustas mucho a Amy.

—¿Y a la madre? —Se acercó más a ella, por lo que Irina percibió una fragancia masculina arrebatadoramente sensual. —¿Le gusto a la madre? —susurró, levantando la mano para acariciarle la mejilla.

Irina se sonrojó, pero sonrió.

—Sí. —Lo miró fijamente—. A la madre también le gustas.

Ambos se quedaron en silencio, mirándose fijamente mientras se oían los ruidos de los niños en la piscina pequeña. Dorek quiso besarla, incluso se inclinó para llegar a sus carnosos labios, pero quizá vio en la violeta mirada de ella que aún no estaba

preparada para aquel paso.

Se alejó un poco.

—Te... —Se aclaró la voz, haciéndola reír—. ¿Aceptarías salir conmigo a cenar esta noche?

Irina parpadeó, sorprendida tanto por la pregunta como por su valor al preguntárselo. Miró a su alrededor, pero, aparte de Carlos y Eva, que habían mirado a aquellos hombres con sorpresa y curiosidad, sus amigas estaban también ocupadas. Los demás bañistas se habían ido, excepto algunas mujeres y algún que otro hombre que, seguramente, serían los padres de los niños que estaban en la piscina pequeña.

Volvió a mirar a Dorek

cautelosamente.

—¿En serio?

—Claro, ¿por qué no? —Se encogió de hombros, intentando no mostrar el nerviosismo que lo dominaba por dentro.

—Mmm... No sé. Es... bueno. —Se encogió de hombros—. Sólo a cenar, ¿verdad?

—Todo lo que tú quieras, Irina. Si sólo quieres cenar, sólo cenaremos. Si quieres dar una vuelta después, la daremos. —Su voz se volvió más íntima—. Todo lo que tú quieras.

Así que ella sería la que pusiese los límites, pensó Irina. Esa noche Amy se quedaría con su padre y Eva en el hotel,

por lo que pasaría la velada sola. Había pensado en llamar a Andrea y a Tay para ver una película juntas, tal vez, o hacer otra cosa, pero, por cómo estaban con sus hombres, difícilmente podría separarlos de ellos.

Andrea parecía hechizada, con los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y la boca abierta formando una «O». Por otra parte estaba Taylor, quien seducía al pobre Kevin, con las manos en el cabello de su nuca mientras susurraba cerca de su oído.

Sólo esperaba que no estuviese pensando en hacer *eso* en plena piscina.

¿Qué tenía que perder?, pensó mirando a Dorek, cuyos ojos castaños

eran cálidos. Era joven, soltera y con una vida por delante, ¿por qué no lanzarse? De todas maneras, quizá tras acostarse con él un par de veces, podría perder el encanto y quedar finalmente como amigos. Pero, por desgracia, Irina era realista y sabía perfectamente que aquello no sería así.

Ni Dorek ni ella misma se conformarían con un par de veces.

Y, además, sí tenía algo que perder: el respeto hacia sí misma.

—Me encantaría quedar contigo esta noche —dijo sonriendo mientras sentía un cosquilleo en las palmas de las manos.

—¿En serio? —Irina se rio al ver el

entusiasmo dibujado en su bello rostro y en su voz.

—Sí.

—Eso es genial. Guau, una princesa va a quedar con un perdedor como yo. Nunca lo habría imaginado. —Silbó por lo bajo. Irina frunció el ceño, dispuesta a contradecirle, cuando Dorek la interrumpió—: Dame la dirección de tu casa e iré a recogerte.

—De acuerdo, pero, Dorek, no soy ninguna princesa. —Se sonrojó—. ¿De acuerdo?

Hizo una torpe reverencia que le sacó otra carcajada.

—Como digas. —Sus ojos brillaron—. Ahora... ¿Me das tu dirección?

## Capítulo 10

Al terminar la fiesta de cumpleaños, Andrea se despidió de todos y se fue de la piscina con Scott de la mano mientras inconscientemente sonreía. Pero ella no era la única que disfrutaba de aquel momento, pensó tras mirar de reojo a Scott. Él estaba sonriendo o, al menos,

tenía curvada hacia arriba una de las comisuras de los labios.

El atardecer se cernía sobre ellos, dando los últimos rayos de sol sobre el rostro de Scott y acentuándole los rasgos.

Cuando llegaron a su casa fueron directos al cuarto de baño. Saludaron a *Blanca*, que había esperado con ansias, ladrando y corriendo hacia ellos al verlos entrar.

Nada más estar en el cuarto de baño, Scott cerró con fuerza la puerta, echando a la perrita a un lado para que no entrase, y la besó. Sus manos fueron a sus caderas, acercándola más a su cuerpo mientras sus labios la

acariciaban, incitándola a seguirle en el beso. Ambos habían estado deseando aquel contacto desde que se vieron en la piscina. Aunque antes de llegar habían estado mirándose, diciéndose con las miradas lo mucho que deseaban tener un encuentro a solas, aquello superaba con creces cualquier imaginación o fantasía.

Sentir sus cálidos labios sobre los suyos, profundizando el beso mientras sus manos le bajaban la parte de abajo del biquini, la estaba volviendo loca. Una vez consiguió su cometido, sus grandes manos la agarraron por las nalgas y la pegaron más a su erección. Andrea se frotó contra ella, gimiendo contra sus labios mientras intentaba

bajarle el bañador sin interrumpir el contacto físico.

Desgraciadamente no podía, así que jadeó y se separó.

—Déjame quitarte el bañador.

Scott asintió.

Se lo bajó con rapidez, llevó sus manos a su miembro y sonrió contra sus labios al oírlo gemir. Comenzó a subir y a bajar sobre él con las manos, pasando de vez en cuando el pulgar por el inflamado glande.

Gimió de sorpresa cuando Scott la metió en la ducha, alejándola de él. Abrió el agua y, cuando ella estiró los brazos para tocarlo, él retrocedió.

—Déjame mirarte. —Le acarició la

mejilla con las yemas de los dedos—. Por favor.

Andrea se encogió al oír aquella súplica que parecía venir de lo más profundo de su ser.

Asintiendo, las manos de Scott fueron a los tirantes del biquini para quitárselo, mirando con anhelo sus oscuros pezones al ser descubiertos. Le pellizcó juguetonamente uno de ellos antes de alejarse y mirarlos.

—Tienes unos... pechos deliciosos, Andrea.

La aludida se mordió el labio inferior, sintiendo cómo su cuerpo respondía ante sus palabras.

—¿De verdad?

—De verdad.

Luego se acercó más a ella para tener sus labios cerca de los de ella y sentir el aliento en su boca. Vio el brillo en sus ojos castaños, el sonrojo de sus mejillas y el pulso errático en su cuello. Se alejó para verla completamente desnuda mientras el agua caliente mojaba su largo cabello y se pegaba a su cuerpo.

Parecía una ninfa.

Andrea le señaló la erección.

—Para tu información, los condones están en el estante ese —dijo señalándolo con la mano.

Scott cogió uno y lo puso en el lavamanos mientras se acercaba a ella,

entrando en la ducha y cerrando la mampara tras él. Sus manos fueron a la estrecha cintura de Andrea, pegándola a su cuerpo y encajando su gran erección entre sus piernas. Cuando la espalda de ella dio contra la pared de la ducha y sintió sus duros pezones contra el torso...

—Mierda.

Andrea sonrió, lamiéndole y mordisqueándole el cuello mientras sus manos iban dirigidas de nuevo a su dura polla.

—Joder —maldijo entre dientes al sentir sus cálidas manos alrededor de él.

Le lamió el cuello y se frotó contra el muslo que tenía entre sus piernas,

gimiendo.

Una de sus manos bajó hasta sus testículos, que apretó suavemente y acarició mientras seguía con las atenciones en su pene. Se separó un poco de él para alzar la cabeza y así ofrecerle sus labios.

Sin tardar un segundo, él la besó apasionadamente. Llevó una de sus manos a su sexo y apretó los dientes al notar lo húmeda que estaba. Aquello lo excitó de tal manera que, sin poder evitarlo, embistió contra la mano de Andrea, quien seguía masturbándolo.

Acarició con el pulgar su hinchado clítoris antes de delinear su entrada con las yemas de los dedos, ganándose un

grito de placer por su parte.

— ¡Scott! —Apretó su cuerpo contra el de él.

—Estás ardiendo, Andrea. Ardes — susurró contra sus labios.

—Es por ti. Sólo por ti. —Rodeó sus caderas con una de sus piernas, dándole más libertad para que pudiese seguir acariciándola.

Dos dedos la penetraron, seguidos de su pulgar presionando su clítoris. Gritó nuevamente y se frotó contra su mano.

—Estoy cansado de juegos, Andrea. Luego te lameré y te haré llegar al orgasmo con mis manos y mi lengua. Pero ahora estoy al límite y no puedo

esperar más.

Aquellas palabras llegaron hasta el mismo centro de su deseo. Mordiéndose el labio con fuerza, le dio un último y buen movimiento a su gran pene antes de soltarlo y arquease, ofreciéndose a él completamente abierta y dejándole así ver su sexo.

Tragó saliva y maldijo entre dientes, intentando controlar las inmensas ganas que tenía de postrarse de rodillas y lamerla.

Pero no aguantaría, y no quería que aquello acabase así.

Abrió la mampara de la ducha y cogió el condón. Andrea se lo quitó de las manos con una sonrisa pícaro, con

las pupilas dilatadas de placer y los pezones erectos y húmedos. Lo desenvolvió con las manos, se puso de rodillas y cogió aquel gran pene que parecía estar a punto de correrse sobre sus pechos.

Le dio una larga lamida mirando a Scott, sonriendo al ver un tic en su mejilla. Le puso el preservativo y se levantó con lentitud, dejando que su pene le tocara los pechos insinuantemente.

Gimió de placer cuando él la apretó contra la pared de la ducha, le abrió las piernas lo máximo que pudo y, encajando sus caderas sobre las de ella, la penetró de un embiste.

El aire escapó de sus pulmones.

— ¡Dios mío! —Clavó sus uñas en sus hombros mientras sentía cómo la abría.

Su cuerpo se iba acomodando a su miembro con lentitud, ya que, a pesar de haber estado con él más de una vez, su tamaño era demasiado grande.

Volvió a gemir con fuerza cuando Scott salió de ella y volvió a entrar con fuerza, acariciándole el clítoris con la cadera.

Puso los ojos en blanco de placer, rodeándole con una pierna las caderas mientras se movía con él, sintiendo cómo se agachaba levemente para luego levantarse para empalarla por completo.

—Oh-h... cielos. —Se mordió los labios con fuerza pero cuando no pudo más...

Dejó que los gritos de placer salieran de su boca.

Scott le cogió el rostro con sus manos y fue directo a sus labios mientras mantenía el ritmo.

Andrea le respondió al beso con todas sus ganas, apretando sus músculos vaginales a sabiendas de que aquello le provocaría más placer a él. No se equivocó y sonrió al oírlo gruñir contra sus labios.

—Más fuerte, por favor. Más...

La velocidad de sus embistes aumentaron y el placer también cuando

Scott consiguió llegar a sus pechos, metiéndose en la boca un pezón mientras la agarraba de la cintura con la otra mano.

Y así, sin poder controlarse lo más mínimo y tocando con la punta de los dedos el mismo clímax, se dejó llevar con un grito que inconscientemente la llevó lejos de allí para transportarla a un lugar que provocó el mayor placer sexual que nunca antes había conseguido.

Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas al llegar al clímax de aquella manera, jadeando, cansada y con una enorme sonrisa en el rostro, satisfecha y totalmente enamorada de Scott McCain.

Lo abrazó con fuerza y gimió con suavidad al sentirlo llegar al orgasmo fuertemente, ayudándolo al bajar una mano y al acariciar sus tensos testículos.

Aguantó el peso de Scott cuando éste se vio demasiado entumecido como para sostenerse sobre sus pies. Andrea le acarició la nuca y los brazos, besándole en el hombro y abrazándolo con fuerza mientras el agua caía sobre sus pieles desnudas.

Cuando levantó el rostro, se sonrojó ante su atenta mirada.

—Lo encontré —dijo roncamente, abrazándola con fuerza.

Ella le correspondió con firmeza, con las emociones a flor de piel.

—¿El qué?

Cogiendo jabón para enjabonarla,  
sonrió.

—Tu punto G.

\*\*\*

Andrea se encontraba preparando una enorme tortilla de patatas mientras Scott hablaba por teléfono de forma seria desde hacía apenas unos segundos. Antes, se había encontrado a su lado cortando el pan o detrás de ella, abrazándola por la cintura mientras le pellizcaba el trasero o intentaba meterle mano de alguna otra manera. Ella había reaccionado sonriendo y respondiéndole

con ansias.

Intentó oír lo que decía, pero hablaba tan bajo que apenas percibía tres palabras que, juntas, formaban algo incoherente.

Cuando terminó y fue hacia la cocina, su rostro mostraba una mueca seria. Siguió preparando con ella la comida pero no dijo nada.

Se preguntó qué pasaría, pero, si Scott no le contaba nada, y además no tenían nada serio, prefirió callarse.

Comieron en silencio y algo incómodos. Intentó sacarle valor y preguntarle directamente qué le sucedía, quién lo había llamado y qué le habían dicho para que estuviese tan amargado.

Su perrita fue hacia ellos pidiendo comida a gemidos y, aunque se la ganó, hasta *Blanca* fue consciente de que pasaba algo.

Recogió los platos con su ayuda y, cuando no pudo más, se giró tras haber metido los platos en el lavavajillas.

—Vale, ya está bien. ¿Quieres decirme qué pasa? No quiero que terminemos la noche enfadados.

Scott clavó sus ojos en ella.

—Nada, no era nada. Lo solucionaré mañana a primera hora de la mañana.

Nuevamente, como hacía ocho años, la invadió aquella sensación de desconocimiento total. No, no pensaba dejar que Scott la dejara otra vez fuera

de aquello.

—Ah, no. Dime que pasa y ya. Estamos juntos, Scott. Quizá no... oficialmente, pero, si hemos follado como conejos durante varios días, me merezco saber qué sucede.

Algo brilló en sus ojos, tal vez ira.

—¿No era sólo sexo? ¿No dijiste sexo sin compromiso? ¿Cuándo ha cambiado?

Andrea palideció.

Scott maldijo y se pasó una mano por la cara nada más pronunciar aquellas palabras, y Andrea supo que se arrepentía de haberlas dicho. Pero le había dolido. A pesar de tener razón, pensaba que todo aquello había ido más

allá de eso.

Apretó los labios con fuerza, intentando así no derrumbarse delante de él.

—Vale, está bien. Volvamos a como estábamos antes, al principio del trato. Genial.

Intentó acercarse, pero ella se alejó con rapidez.

—Andrea...

—No, me importa una mierda lo que te pase. Vete de mi casa, ya hemos follado y mañana trabajo. Quiero madrugar. Al contrario que tú, yo no estoy de vacaciones —dijo mordazmente.

—Andrea, sabes que... —Estiró la

mano para cogerla.

—No, no sé nada. Y ése es el problema. Siempre ha sido ése el problema. Te lo guardas todo para ti y después esperas que esté con los brazos abiertos, sin importarme nada. —Le golpeó con el dedo en el pecho una vez—. Exiges pero no das nada a cambio, Scott. Nada. Y si crees que con hacerme correrme como una loca es suficiente, estás equivocado. —Parpadeó varias veces—. Vete, no quiero verte más por hoy.

Scott intentó abrazarla, pero ella se resistió, empujándolo por el pecho. A pesar de ello, la fuerza y el tamaño de él era superior a los de ella, por lo que la

apretó contra sí y olió su cabello, odiándose por haber dicho aquellas palabras.

—Lo siento —susurró roncamente.

—Eso ya no importa. Vete.

Besándole la frente y buscándole la mirada inútilmente, se fue y cerró la puerta con suavidad.

Notó rápidamente el frío de su ausencia, la casa demasiado enorme y los labios hinchados por los besos.

Aguantando las lágrimas, cogió a su perrita y se fue al salón. Se tumbó en el sofá con ella a un lado y encendió la televisión, dispuesta a olvidarse de lo que había sucedido. Cambiaba de canal con rapidez, sin encontrar nada que le

gustase de verdad.

Cuando vio que estaban pasando la película *Invicto 3*, sonrió con tristeza. Al menos vería una de sus películas favoritas, en la que aparecía su actor favorito, Scott Adkins. Pero lo que habría deseado en aquel momento habría sido disfrutarla con Scott a su lado, abrazándola y haciéndole cosquillas con suavidad en la espalda.

*Blanca* le lamió la mano, demandando atención.

—Ahora te toca a ti, ¿no es así? —  
Le acarició el lomo—. Todo el mundo necesita mimos.

En ese momento salió su actor y otro muy guapo a su lado, quien sin duda era

Mykel Jenkins. La perra ladró en ese instante.

—Lo sé, lo sé. Te gusta. ¿A quién no? —Miró la hora y bufó—. Es demasiado tarde para llamar a Tay y decirle que están dando la película, así que estaremos solas tú y yo. —Volvió a ladrar y, de inmediato, sin que supiese explicar el por qué, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Maldito Scott y maldito su jodido defecto de guardarlo todo para él.

\*\*\*

Los dos días siguientes fueron como una tortura para Andrea. Se comportaba

como si fuese un robot, realizando su trabajo y las tareas diarias pero sin estar realmente allí. No había hablado con Scott, ni siquiera le había cogido las llamadas. Le agradeció internamente que no hubiese ido a su casa, ya que no hubiese tenido la fuerza suficiente como para rechazarlo.

Y se negaba a volver a comportarse como una estúpida.

Ni Tay ni Irina habían intentado sonsacarle información. Quizá porque era demasiado obvio o porque su cara mostraba las malas pulgas que tenía en cada momento del día. Su perrita era la única que no huía de ella a pesar de su mal genio. Ladraba, saltaba a su

alrededor y no se quedaba tranquila hasta estar en sus brazos.

Era por la tarde cuando oyó el timbre.

Levantándose del sofá donde había estado revisando una entrevista realizada por Blue a un escritor irlandés, se quitó las gafas de leer y abrió con cara de pocos amigos.

Era Taylor. Llevaba el pelo liso suelto y unos vaqueros cortos con cadenas, así como una camiseta con un cráneo que vestía un sombrero de copa, donde se leía «¿Qué miras?».

Tay bufó y entró.

—Te prometo que cuando has abierto he tenido que mirarte dos veces

para no confundirte con mi tía abuela Anne.

Andrea sonrió.

—No tienes ninguna tía abuela que se llame Anne.

—Cierto, pero te he hecho sonreír y me siento honrada.

Andrea la abrazó con fuerza.

—Gracias.

—De nada. —Le palmeó la espalda—. No te lo he preguntado, pero supuse que tenías problemas en el paraíso con el señor c-c.

Cerró la puerta y fueron a la cocina, donde Taylor cogió zumo de mandarina del frigorífico.

Se apoyó contra el marco de la

puerta de la cocina.

—¿Señor c-c? —Frunció el ceño.

—Ajá. —Dio un sorbo al zumo—.

Señor calienta-coños.

Andrea bufó.

—Dijiste que no volverías a llamarlo así.

—Mentira, yo no he dicho nada de eso. —Fueron al salón, donde Andrea volvió a coger la entrevista mientras Tay se sentaba en el sillón, cogiendo a *Blanca* y colocándola en su regazo.

Se encogió de hombros, decidida a no añadir a otra persona en su lista negra, en la cual el primer nombre lo ocupaba Scott. Con tinta imborrable.

—¿Quieres hablar de ello?

—Si te refieres al señor c-c, no —  
repuso sonriendo con tristeza—. Pero,  
para que te hagas una imagen de lo que  
ha sucedido, te diré que ha sido más o  
menos lo mismo de la otra vez.

Tay se mordió el labio inferior.

—Está bien. No habrá sido  
abandono puesto que lo he visto hoy  
comprando en el supermercado que está  
cerca de mi casa. —Andrea intentó  
controlar el impulso que la dominó de  
saber cómo estaba él—. Así que  
supongo que te habrá ocultado algo.  
*Otra vez.*

Asintió lentamente, haciendo como  
si estuviese leyendo la entrevista.

—Sí, más o menos todo se resume

en eso.

Tay bufó.

—En todo esto, tú tienes parte de culpa, cielo.

Levantó la mirada, enfadada.

—¿Se puede saber qué he hecho yo?

—Enamorarte de nuevo de Scott.

Eso has hecho. Desde el primer momento he sabido que ibas a enamorarte de él. —Dejó el zumo en la pequeña mesa, completamente vacío—. No has podido dejar los sentimientos a un lado.

Andrea bufó.

—En eso te equivocas. —Puso la revista en la mesa y, quitándose las gafas, la miró—. Yo siempre he estado

enamorada de Scott. He intentado ocultarlo, ser como tú y acostarme con él sin sentir nada más, pero me ha sido imposible. Él tiene algo que... — Suspiró.

—Sabes lo que va a pasar, ¿verdad?

—Sí. Cuando se vaya volverá a dolerme. Igual que la primera vez. Sentiré como si me hubiesen arrancado el corazón del pecho y luego lo hubiesen tirado al suelo para darle un pisotón.

Tay hizo un mohín.

—Uf. Eso sonó masoquista.

Se encogió de hombros, recordando la fiereza de aquellos ojos oscuros cuando le había preguntado qué pasaba, tras la cena. Un escalofrío le recorrió la

espalda.

—Me atiborraría de helado como en *El diario de Bridget Jones*, pero paso de engordar cinco kilos en media hora.

—Exagerada.

—Realista —replicó—. Además, si no has venido a apoyarme, ¿para qué lo has hecho?

—Pues... —Frunció el ceño—. Venía a animarte, ¿no lo estoy consiguiendo?

Negó con la cabeza y sonrió al ver la mueca de tristeza en su rostro.

—No.

Su amiga suspiró.

—De acuerdo, voy a olvidar durante unos segundos mi odio irracional hacia

los hombres, mayoritariamente, y a encarar el problema desde tu punto de vista. —Se mordió el labio inferior y pegó las piernas al pecho—. Yo iría a hablar con él, le obligaría a contarme la verdad y luego, dependiendo de cómo me sintiese, me despediría de él para siempre o me lo f...

—Vale, vale. Entendido. Voy a pensar. Dame unos segundos. —Cerró los ojos durante unos minutos, oyendo los ruidos exteriores y los de su perra, señal de que estaba siendo acariciaba en la barriga por Taylor.

Taylor se aclaró la voz.

—Eh... ¿Has pensado ya?

—No —dijo sin abrir los ojos.

—Mira, Andrea. Te quiero y eres mi mejor amiga. —Ahora es cuando vendría el insulto, pensó con una sonrisa —. Pero eres una cobarde. Todos estos años te has estado escondiendo bajo esa fachada de chica dolida que nadie se ha creído, ni siquiera tú. Sé que lo que te hizo Scott fue una mierda, pero tienes dos caminos por elegir: o enfrentarte a él y así tener un futuro junto a ese marine sexi o huir. Como hiciste hace ocho años.

Andrea abrió los ojos.

— ¡Yo no hui!

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué te fuiste el año siguiente de la marcha de Scott? ¿Sabías que él regresó? —No

dijo nada—. Y no le has preguntado el por qué. Ya no sólo es el hecho de que él no te lo cuente, Andrea. También estás tú. No quieres saberlo. No todo, al menos.

Andrea cogió un cojín y se lo tiró a la cara.

Taylor lo atrapó con una sonrisa victoriosa.

—No ayudas. No ayudas en nada — gruñó.

—No, lo que no hago es decirte lo que quieres oír. Ya eres adulta, Andrea. Afronta los hechos.

Bufó por lo bajo mientras le daba la espalda, tumbada.

—Si no lo hubiese visto otra vez en

el bar...

—Pero lo has visto y eso quiere decir algo —la interrumpió. Luego resopló, como si no pudiese aguantarlo más—. ¿Quieres dejar de hacerte la maldita víctima?

Andrea se levantó de un salto del sofá.

— ¡Yo no me hago al víctima! — gritó.

— ¡Pues entonces deja de autocondpadecerte de ti misma y ve a casa de Scott!

Se quedaron en silencio un rato, luego Andrea sonrió.

—Vaya, sí que has visto el problema desde mi punto de vista.

Taylor se sonrojó. Su amiga no era tan insensible a los hombres como quería hacer ver. Y lo sabía.

—Sólo quería ayudarte.

Fue hacia ella y la abrazó.

—Lo sé, y gracias. Veré qué puedo hacer.

Antes de separarse, la oyó decir:

—Eso sí, llévate un par de condones. No quiero ser tía todavía, ¿te enteras?

Riéndose, le revolvió el pelo mientras oía cómo se quejaba.

## Capítulo 11

Andrea se presentó en casa de Scott decidida a dejar el tema zanjado de una vez por todas. Se había vestido con rapidez, así que llevaba unos vaqueros ajustados de talle bajo de color claro, una camiseta azul y unos sandalias que dejaban sus dedos al descubierto,

viéndose así las uñas de los pies pintadas de color verde agua.

Se pasó una mano por el lago cabello, echándoselo hacia atrás mientras cogía valor.

No estaría tan decidida a saber qué le pasaba si no tuviese la sensación de que aquello tendría que ver con ella. Con él. Con los dos.

Así que, cogiendo aire, llamó dos veces a la puerta.

Luego miró el timbre y maldijo por lo bajo.

Se oyeron unas pisadas de pies desnudos en el suelo seguidos del cerrojo, que fue quitado. La puerta se abrió y allí estaba Scott, con aquella

postura relajada que distaba mucho de causar el mismo efecto en ella.

Sus ojos oscuros la miraron fijamente; ni siquiera esta vez la devoró como en otras ocasiones. Llevaba unos pantalones vaqueros y estaba sin camiseta, por lo que podía disfrutar de aquel musculoso y tentador torso. Y de los hombros... Y de la uve que se marcaba más abajo de su cadera, que era...

Sacudió la cabeza y, cruzándose de brazos, alzó la barbilla.

—He venido a hablar contigo. ¿Me dejas pasar?

Asintiendo, se hizo a un lado pero no se apartó, por lo que rozó todo su

cuerpo.

Contuvo un gemido y se mordió el labio inferior con fuerza cuando, al cerrar la puerta, se encontró acorralada por su enorme cuerpo. Cerró los ojos, dispuesta a relajarse y a calmar su calenturienta mente, que no dejaba de pasarle imágenes de ambos desnudos.

Se rascó el cuello con una mano y tragó saliva.

—Quiero saberlo todo, Scott. Y todo es *todo*.

Scott elevó una de las comisuras de sus labios.

—Ya, ¿y eso del sexo sin compromiso?

—Eso ya está olvidado, borrado. Y

no me hagas creer que soy la única que lo piensa. Sé que sientes algo por mí.

Scott alzó la mano derecha y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Andrea se frotó contra ella y la besó, deseosa de sentir cualquier gesto que él pudiese darle.

—Acabas de estar con Taylor, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Estoy segura de que no habrías sido capaz de venir si Taylor no te hubiese dicho nada. —Andrea le golpeó en el hombro. Él sonrió y se frotó la zona con un mohín. Luego volvió a ponerse serio—. Estás decidida a

olvidarme, ¿verdad?

— ¡No! —Cuando se dio cuenta de que gritó, se sonrojó. —Creo que... podríamos llegar a algo. Pero quiero sinceridad, Scott. Yo también estoy dispuesta a ser más... comprensiva. — Le besó los nudillos de la mano—. Pero necesito tu colaboración.

Cogiéndola de la mano silenciosamente, la llevó hacia el salón. Se sentó en el sofá y vio que el pit bull estaba en el jardín, mirándola fijamente con la lengua fuera. Intentó olvidarse de aquellos voraces ojos y centró su atención en Scott, cosa que no le resultó muy difícil. La luz que entraba por la ventana daba en los músculos de su

espalda, perfectamente delineados.

—¿Por dónde quieres empezar? —  
susurró roncamente.

—Por el principio.

Scott asintió y sonrió, como si hubiera sido obvio.

—Vale, pregunta.

—¿Por qué no me dijiste que hiciste las pruebas para entrar en la Marina? —  
murmuró mientras ponía más distancia entre ambos, segura de que así podría aclarar más sus pensamientos.

Sus oscuros ojos se desviaron hacia el jardín.

—Estaba enamorado de ti, Andrea. Tu familia lo tenía todo, te lo daba todo, ¿qué podía darte yo aparte de todo lo

que soy? —La miró—. Me sentía en desventaja, deseaba tener un buen sueldo y poder llevarte a todos los sitios que te merecías. —Se encogió de hombros—. Sabías que trabajaba como mecánico y, a veces, ejercía de socorrista. *No* era suficiente.

Andrea tragó saliva.

—¿Acaso creías que eso me importaba? Yo era feliz contigo, Scott. —Le cogió la mano entre las suyas y la apretó—. Todo eso era secundario.

—Para mí, no, Andrea. Era... horrible ver lo limitado que estaba contigo. Además, sé que tu familia no estaba de acuerdo en que salieses conmigo.

—¿Y qué? —En ese momento quiso darle una patada o, mejor aún, un golpe en la cabeza, pensando que así podría ver que para ella todo aquello no era relevante—. Mi familia no hizo nada, se apartó.

Sus ojos la fulminaron.

—No se apartaron hasta que vieron que yo no ejercía ninguna influencia negativa sobre ti. Tus notas eran perfectas incluso estando conmigo.

Andrea parpadeó, sorprendida.

—No me puedo creer lo que estás diciendo.

—Estaba cansado, Andrea, cansado de que todos nos viesen como *La dama y el vagabundo*. —Bufó—. Un pobre

infeliz que no tiene dónde caerse muerto.

Cerrando los ojos y cogiendo aire, intentó tranquilizarse.

—Scott, no voy a pegarte porque pueden llevarme a la cárcel, porque si no... ¿Te estás dando cuenta de las estupideces que sueltas? —Sin darse cuenta, gritó la pregunta, golpeándole el muslo con el puño.

Andrea se ablandó cuando vio la debilidad que mostró el rostro de Scott al recordar algo.

—Todos querían que fuese John el que estuviera contigo, y no yo.

John. El hermano de Zoey.

—Eso son estupideces. —Hizo un gesto con la mano.

La agarró por los hombros, acercándola más a él. Pudo captar el olor a menta y a especias que desprendía. Se humedeció los labios involuntariamente.

—Me has pedido que te cuente la verdad; te la estoy contando.

En ese momento fue consciente de lo mucho que le estaba costando a Scott explicar aquello. Así que, asintiendo, le colocó la mano en la rodilla.

—Lo siento. Continúa, por favor.

Esperó unos segundos, evaluándola con la mirada antes de seguir.

—Quería volver en menos de un año, pero la misión en Irak se complicó y no pude regresar hasta transcurrido

todo el año. El dinero que iban a darme por la misión era bastante como para poder meterme en una hipoteca. Además, pensaba pasar al menos diez años en la Marina, ahorrando.

Andrea asintió lentamente.

—De acuerdo... Pero ¿por qué no podías comentarme nada?

Le cogió la barbilla con los dedos, acercando tanto su rostro al de ella como fue posible pero sin hacer contacto con sus labios.

—No quería que dijese lo que estás diciendo en estos momentos, no quería ver... —La soltó e hizo un gesto, señalándola con la cabeza—... la compasión que veo en tus ojos. No soy

ningún mendigo, Andrea. Así que deja de mirarme como si fuera un maldito vagabundo o estuviera perdido.

Andrea se estremeció ante tanta brusquedad. Los ojos se le humedecieron, haciendo que su visión se volviese borrosa repentinamente.

—Lo siento —susurró al percatarse de la verdad de sus palabras.

—*No*. No lo sientas. —La miró con ferocidad.

—Vale, lo sien... De acuerdo. Nada. —Se pasó una mano por el pecho, intentando aliviar el nudo que sentía en aquel instante. Se mordió el labio inferior. —¿Te acostaste con alguna mujer cuando te fuiste, durante ese año?

Scott desvió la mirada.

—No, Andrea. No me acosté con ninguna. Cuando regresé un año más tarde a por ti, me dijeron que te habías mudado, pero, cuando quise saber dónde, no me contaron nada. —Se pasó una mano por la mandíbula—. Es más, se alegraban de que alguien como *yo* no pudiese volver a poner sus asquerosas manos sobre alguien como *tú*. —Sonrió irónicamente—. Capullos.

Se limpió rápidamente con la camiseta una solitaria lágrima que se deslizó por su mejilla. Sentía tantos sentimientos en su interior que era un verdadero caos. *Ira*, por aquellos que le habían dado la espalda y habían

imposibilitado que se volviesen a ver. *Dolor*, por Scott, el hombre de su vida y quien la había hecho valorarse como una verdadera mujer, apoyándola siempre en todos sus proyectos e interponiendo sus necesidades y deseos por encima de los de él. Y *amor*. Amor por Scott.

Sin poder evitarlo y con los sentimientos a flor de piel, se tiró a sus brazos, rodeando su cintura con los suyos. Lo apretó con fuerza, deseando que él pudiese ver lo mucho que le importaba. Lo mucho que valoraba todo lo que había hecho por ella.

Sin deshacer el abrazo, retiró el rostro de su pecho y lo miró, sintiendo los fuertes brazos de él a su alrededor,

dándole calor.

—Te amo, Scott. —Se estiró y posó sus labios sobre los de él—. Más que a nadie. No lo dudes nunca, ¿vale? —susurró sintiendo la debilidad en su propia voz.

Él asintió y, cogiéndola en brazos, la colocó sobre su regazo. La besó en la boca y luego apoyó la barbilla sobre su cabeza. Había visto *ese* brillo. Había visto la felicidad en sus oscuros ojos al decirle que lo amaba. Es más, sabía que él la amaba a ella, pero no le importaría esperar el tiempo que fuese necesario.

Mientras estuviese con él, todo le daba igual.

Suspiró contra su garganta.

—Dios, es pensar en todo el tiempo que podríamos haber estado juntos y... —gruñó—. Joder. Les arrancaría a todos la cabeza. Con los dientes.

Scott se rio por lo bajo. Su risa vibró en su pecho, haciendo que la sintiese.

—Me gusta esa faceta tuya. La de loca maniática compulsiva y...

Se incorporó y volvió a besarlo.

—Vale, has dicho que durante el primer año no estuviste con nadie, pero sí habrás estado con otras mujeres a lo largo del resto de los otros siete transcurridos. —Le tapó los labios con los dedos cuando fue a interrumpirla—. No te preocupes, cariño. Es normal. —

Le hociquéo el cuello con la nariz. Scott se estremeció.

Dios, era tan... *perfecto*. En aquel momento parecía un niño que acababa de quitarse un gran peso de encima. Sabía que aún quedaba otra pregunta por hacer y, ahora que lo sabía, tenía miedo de formularla, porque una parte de sí misma ya conocía la respuesta.

Temblando y sacando fuerzas, lo miró.

—Esa llamada que recibiste la última vez que estuvimos juntos... ¿De quién era? ¿Qué pasaba? Sé que es algo importante, sino no habrías cambiado tan bruscamente.

Scott cogió aire hondamente y cerró

los ojos. Al abrirlos, le parecieron hermosos, cálidos y únicos. Podía ver lo mucho que la amaba, lo mucho que la admiraba. Scott la veía como la persona más importante de su vida; la fuerza y seguridad que le daba constataba lo dicho.

Su corazón dio un brinco en su pecho cuando dijo aquello que tanto la aterraba.

—Me ha llamado mi superior. En dos días volveré a estar de misión en otro país extranjero. No volveré hasta dentro de siete meses.

## Capítulo 12

A pesar de haber sido consciente de que aquella opción existía y podía materializarse, aquello le sentó como un jarro de agua fría. Sus ojos se humedecieron y el corazón comenzó a latir con más fuerza en su pecho mientras sentía una presión enorme en la

garganta que le impedía respirar con tranquilidad.

Estiró la mano y le acarició la mejilla.

—¿Tienes que irte? —susurró con un hilo de voz.

Scott asintió.

—Sí. Es un contrato.

Se humedeció los labios.

—¿Puedo, al menos, saber a dónde irás?

Scott negó lentamente con la cabeza.

—No. Es del todo confidencial. Nadie puede saberlo.

Asintiendo, se incorporó y se separó de sus brazos. Vio aquel miedo en sus ojos que le llegó hasta lo más hondo de

su corazón. Scott tenía miedo de que, tras saber aquello, se fuese y lo dejara. La manera en que le acariciaba el cabello era un gesto de lo nervioso que se encontraba en aquel instante.

Controlando las ganas que tenía de gritar, insultar y dar patadas, le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—Te esperaré, Scott. —La determinación de aquella frase le dio la fuerza que necesitaba, dándose cuenta de cuánta razón llevaba. Amaba a Scott y le esperaría el tiempo que hiciese falta. Apretó los ojos con fuerza al cerrarlos, haciendo que alguna que otra lágrima se deslizase por su mejilla. Los abrió y suspiró—. Puedes irte tranquilo esta

vez, no me iré a ninguna parte. Te estaré esperando cuando regreses.

Scott le cogió el rostro entre sus manos y la besó con frenesí, arrasándola una ola de pasión que la hizo gemir contra sus labios. Se colocó más cómodamente sobre él y le devolvió el beso.

Se puso a horcajadas sobre él y sonrió al sentir su erección entre sus muslos. Se frotó repetidas veces contra él, oyéndolo gruñir y sintiendo cómo embestía contra ella.

Sin controlarse y separándose de sus labios, llevó sus manos hacia su bragueta y palpó contra ella, frotando y acariciando su erección sobre la tela del

pantalón.

—Andrea... Me estás matando —  
susurró roncamente contra sus labios.

—Bien, eso es lo que pretendo. —  
Le besó en los labios antes de bajarse  
de su regazo y colocarse entre sus  
piernas, con las manos en las rodillas.

Sus ojos oscuros brillaron  
amenazadores, dominantes, clavados en  
ella con tanta fuerza que sintió un  
pinchazo de placer en su inflamado  
clítoris. Le bajó la cremallera con  
lentitud sin retirar sus ojos de los de él  
y, tras hacerlo, jadeó al ver que no  
llevaba ropa interior.

Con su ayuda, le bajó los pantalones  
hasta las rodillas y suspiró al ver su

polla totalmente erecta contra su estómago, rozándole casi el ombligo. El ancho tronco estaba surcado por algunas venas que sintió cuando lo rodeó con las manos. Apretó suavemente y miró el rostro de Scott al oírlo gemir.

Demonios, era tan perfecto. Atractivo y hermoso... Su musculoso y gran cuerpo brillaba por una suave película de sudor.

Se inclinó sobre su pene y se lo metió en la boca profundamente, sonriendo al sentir las manos de Scott en su cabeza, instándola a seguir con suavidad, sin empujar contra su boca como realmente deseaba. Le acarició con la lengua el inflamado glande,

tocando la ranura que había en ella.

Scott maldijo y, sin poder controlarse, embistió contra su boca con fuerza. Al darse cuenta, se separó de ella con rapidez a la par que le cogía el rostro entre sus manos.

—Mierda, lo siento nena. He perdido el control y...

—Shhh. —Le colocó los dedos sobre sus labios—. No me importa, Scott. No me has hecho daño. Si lo haces, te avisaré. ¿De acuerdo?

—Pero...

Lo echó hacia atrás y volvió a introducirse aquel enorme miembro en su boca lo más profundamente que pudo, aunque quedó algo fuera de ella.

Comenzó a lamerlo mientras se dejaba guiar por los gemidos, gruñidos y palabras incoherentes de Scott. Acarició con una de sus manos sus testículos, sopesándolos y apretándolos con suavidad.

— ¡Joder, Andrea! —susurró entre dientes. —Mierda, voy a correrme y no quiero hacerlo en tu boca, pequeña. — La levantó fácilmente y ella protestó, pero no consiguió nada.

—Pero yo quería que te corrieras...

La besó, interrumpiéndola. La tumbó en el sofá y se puso entre sus piernas. La desnudó con rapidez, subiendo por su cuerpo hasta su cuello, donde mordisqueó y lamió allí donde latía su

pulso. Luego fue a sus voluptuosos pechos, llenando sus manos con ellos y mirándolos con adoración.

—Jesús, siempre he pensado que tienes las tetas más sexis de todo el mundo.

Comenzó a reírse hasta que sintió su boca sobre uno de sus pezones, mordisqueando y tirando suavemente, dejándolo erecto. Cuando se separó fue al otro para hacer lo mismo mientras pellizcaba con los dedos el que había abandonado.

Tras ello y estando desnuda, se incorporó para mirarla completamente. Sus grandes pechos con aquellos pezones oscuros de color canela, y

erectos; la estrechez de sus caderas, y, por último, su sexo, totalmente depilado. Llevó sus manos a sus rodillas y las abrió del todo, exponiéndola a su mirada.

Se sonrojó y se mordió los labios.

—Eres... increíble, Andrea. —La miró a los ojos—. Jodidamente increíble.

No supo si fue la profundidad de sus palabras o el amor que vio en sus ojos, pero aquello le provocó lágrimas de emoción, haciendo que durante unos segundos viese borroso. Le dobló las rodillas para que se las abrazase al pecho y luego, inclinó la cabeza y...

— ¡Scott! —su voz sonó

entrecortada.

El aire abandonó sus pulmones al sentir su lengua recorriéndole el sexo de arriba abajo para luego absorber en su boca su inflamado clítoris, dándole suaves golpes con la lengua antes de penetrarla con un dedo.

Puso los ojos en blanco al sentir aquel placer llenándola por completo; su piel estaba más sensibilizada, se sentía totalmente expuesta y no sólo por el simple hecho de estar desnuda.

Sentía como si ya no hubiese secretos entre ellos, como si ya hubiesen conectado por completo y no existiese nada que pudiese separarlos.

Sus dedos la abrieron y la penetró

con la lengua.

El orgasmo la arrasó, haciendo que chillase con fuerza y encogiese los dedos de los pies. Scott le dio una última lamida antes de cogerla por las manos y levantarla. Extrañada y todavía entumecida por el increíble orgasmo que acababa de tener, no dijo nada cuando la colocó tumbada boca abajo sobre la alfombra y lo sintió tras ella, sin apoyar totalmente su cuerpo en su espalda pero sí para que sintiese su dura erección contra las nalgas.

Deslizó una mano desde la cintura e hizo que elevara un poco las caderas. Después siguió su camino con la mano hasta llegar a su húmedo sexo, que

penetró con dos dedos y, una vez hecho, le pellizcó el clítoris con los dedos mojados de ella. Frotó repetidamente su clítoris y acarició sus labios antes de guiar su miembro hacia su sexo.

Cuando tuvo el glande dentro, ambos gimieron.

Siguió entrando en ella poco a poco, sintiendo la manera en que las paredes de su vagina lo apretaban y lo instaban a entrar más. Cuando estuvo completamente dentro de ella, permaneció unos segundos quieto, temblando y con la certeza de que apenas duraría mucho en aquel maravilloso y húmedo calor de su vagina.

Cuando ella se movió...

—Espera, nena, espera por favor. —

La detuvo por las caderas.

Andrea jadeó.

—No, por favor. Muévete. Apenas puedo...

La acarició con los dedos mientras se movía lentamente, apretando con fuerza los dientes. Apenas duraría esta vez, pero al menos ella llegaría antes. Sus dedos siguieron jugando con ella mientras se movía con más rapidez dentro de ella. Vio su rostro cuando lo apoyó de lado en la alfombra. Sus ojos castaños brillaban y estaban humedecidos. Sus carnosos labios estaban hinchados por sus besos y por

los mordiscos que ella misma se daba.

Salió casi por completo de ella hasta tener sólo su glande dentro.

Andrea echó hacia atrás las caderas, deseosa de volver a sentirlo dentro de sí. En ese momento volvió a hundirse y, junto con la presión que sentía en su clítoris, cerró los ojos y gritó inconscientemente al llegar al orgasmo.

Scott no necesitó más, embistió un par de veces más y luego se corrió en su interior, sintiendo la suavidad que lo envolvía y los espasmos de ella envolviéndolo.

Se dejó caer contra su espalda y gruñó al sentir las piernas temblorosas. Aun así, se levantó y la cogió en brazos,

decidido a darle un relajante baño tras aquel sexo tan tórrido que habían compartido.

\*\*\*

Al día siguiente y con una sensación de vacío en el pecho, Andrea recogió sus cosas del trabajo para ir directa a casa de Taylor a dejarle a *Blanca*; tomaría algo con ella y luego saldría con Scott.

Pensar en que ése sería el último día que estuviesen juntos antes de irse... Intentaba no acordarse de ello, alegrarse mientras se contaba interiormente que Scott volvería sano y salvo en seis o

siete meses y, por fin, podrían estar juntos de nuevo. Es más, se iban todos sus compañeros, Dorek, Kevin, Sean... No los conocía tanto como a Scott, pero al menos era algo.

Se despidió de sus compañeros y fue a casa, cogió a *Blanca*, la sentó en el asiento del copiloto y le puso el cinturón. Llegó a casa de Tay en apenas unos minutos.

Cuando llamó, su amiga apareció con unos bocetos en su mano derecha. Sonrió y la besó en la mejilla.

—Gracias por quedarte con *Blanca* esta noche.

Taylor se echó a un lado para que pasase.

—No te preocupes; además, Kevin vendrá dentro de un rato. —Se encogió de hombros—. Tu perra no molesta.

Dejándolo en el suelo, el animal comenzó a ladrar juguetonamente antes de meterse en la casa. Taylor le ofreció a su amiga té helado y se fueron al salón, donde Andrea vio la mesa repleta de bocetos y lápices, y el ordenador encendido con millones de mensajes que no dejaban de pitar. Desconectándolo, Taylor se pasó una mano por la frente y bebió un sorbo de su té helado.

—Ese ordenador ya me tenía harta.

Andrea asintió.

—Cuéntame eso de que Kevin va a quedarse contigo.

Su amiga se encogió de hombros.

—No es nada serio, así que borra esa sonrisa de tu cara. Nos llevamos acostando desde hace unos días y hoy será como la despedida. ¿Quién sabe? Quizá vaya mañana a decirle adiós contigo, ya que me lo ha pedido. Pero lo veo complicado. —Hizo una mueca con los labios. Luego clavó en ella sus ojos celestes—. Por cierto, ¿qué ha pasado con Scott?

—Estamos juntos —dijo sonrojada mientras Taylor silbaba—. Lo esperaré hasta que vuelva.

—Así que... ¿todo solucionado?

—Ajá —asintió—. Todo. — Ruborizándose, levantó la mirada de sus

manos, que agarraban con fuerza el vaso del té helado—. Lo amo, Tay.

Su amiga suspiró felizmente.

—Me alegro mucho por vosotros, Andrea. Os lo merecéis. Además, hacéis una pareja idea. —Le guiñó un ojo.

Riéndose, asintió de nuevo.

—Yo también lo creo. —Su sonrisa se borró—. Pero... seis meses es *tanto* tiempo. Y quizá pueda alargarse, ¿qué voy a hacer durante todo ese período?

—Hacer lo que hacen las parejas de los que están con alguien que tiene el mismo trabajo que Scott. Esperar. —Le dio unas palmaditas en la rodilla—. Venga, venga. No será tan malo, nos tendrás a Ira y a mí, haremos que esos

meses pasen en un abrir y cerrar de ojos.

Andrea sonrió a su amiga con cariño, con los ojos humedecidos.

—Gracias —susurró emocionada—.

No sé qué haría sin vosotras.

Tay bufó y puso los ojos en blanco.

—Pues nada, ¿qué vas a hacer?

Riéndose, hablaron de otra cosa mientras *Blanca* se comía algunos bocetos que Tay había dejado por el suelo. Una hora más tarde, la perra se escondió bajo la cama de Taylor al oír los gritos de ésta.

\*\*\*

Andrea se echó a los brazos abiertos

de Scott cuando lo vio apoyado en su coche, esperándola tras haber llamado al timbre. Tal vez su intención había sido, en un primer momento, el de abrazarlo con fuerza por la cintura, colocando la nariz en su pecho, capturando su delicioso y masculino olor. Pero, tras verlo apoyado en su vehículo, cruzado de brazos mientras el sol incidía en uno de los perfiles de su atractivo rostro... toda cordura había desaparecido de la cabeza de Andrea.

Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca de manga corta que mostraba perfectamente todos y cada uno de los músculos que tenía. Es más, haciéndolo reír, le había dado un

juguetón mordisco en su torso tras abrazarlo.

Scott la besó en la cabeza.

—¿Preparada?

—¿Qué vamos a hacer hoy? — preguntó tras asentir.

Le abrió la puerta del coche para que entrara y, una vez hecho, él se dio la vuelta para ir a la puerta del piloto. Dios, aquellos andares de depredador, con las manos metidas en los bolsillos, los hombros un poco curvados y un brillo sensual en sus oscuros ojos... No le extrañaba que incluso su vecina Sandra, una mujer de treinta años recién casada con un hombre que muy a menudo la gente confundía con David

Gandy, mirara a Scott con la boca abierta.

Arrancó el coche con suavidad.

—Es una sorpresa. —Le guiñó un ojo.

Durante el trayecto, Andrea se dedicó a mirar por la ventana mientras el sol se acababa poniendo, mostrando una hermosa puesta de sol. Poco a poco fue viendo a gente con ropa de verano acercándose a bares cercanos o yéndose a sus casas. Las sospechas comenzaron a llegar.

—Nos encontramos en Brooklyn, ¿verdad?

Scott sonrió como un niño, con las gafas de sol puestas desde hacía un rato.

—Exacto.

No dijo nada más. Andrea se mordió el labio y se giró hacia él con curiosidad.

—¿Vamos a algún sitio en especial?

Cuando tomó una curva, Andrea pudo ver una hermosa playa con una anaranjada puesta de sol. Contuvo el aliento al ver el hermoso paisaje que se mostraba ante ellos. El mar estaba tranquilo, de un color malva oscuro y reflejando el sol, que iba escondiéndose poco a poco hasta dejar únicamente, como luz, un haz anaranjado. Pegó el rostro al cristal como una niña.

—Dios mío, llevo años en Nueva York y nunca he ido a una playa —

susurró conmovida.

—Hay un paseo marítimo, Coney Island. Podemos acercarnos si quieres.

—Sí, por favor —dijo con evidente emoción.

Scott consiguió aparcar cerca del paseo marítimo. Andrea se apeó del coche con rapidez y chilló de emoción al ir hacia las escaleras que conducían a la arena de la playa. Se quitó las sandalias y gimió de placer al sentir la arena en las plantas de los pies. Estiró los dedos y cuando se colocó en la orilla...

Suspiró cuando el agua llegó hasta ella.

El suave viento le movía el cabello,

echándoselo hacia atrás mientras sus pulmones se llenaban de aire con un matiz de olor marino. Sonrió con tristeza al recordar sus veranos de joven en Huelva, con su familia. Pasó allí su último verano antes de irse a Estados Unidos. Se preguntó si todo seguiría igual o habría cambiado algo; recordaba la calle Castilla, repleta de personas y puestos donde solían vender pulseras de cuero, pendientes y alguna que otra baratija.

Sonrió cuando sintió un brazo rodeándole los hombros. Apretó la mano que estaba en su hombro.

—¿En qué pensabas? —susurró Scott, como si no quisiese romper

aquella intimidación silenciosa que ella misma había creado.

—En mi infancia, antes de venirme a vivir aquí. Estaba recordando mis vacaciones en Huelva. —Cogió aire al sentir un temblor en su voz—. En Sevilla hacía demasiado calor, por lo que nos íbamos al piso que mis padres tienen en Huelva. Desde que me alcanza la memoria, recuerdo que he pasado allí todos mis veranos infantiles.

Scott la besó en la mejilla, fría por el azote suave del viento.

—Podríamos ir un día, si quieres.

Los ojos de Andrea brillaron, entusiasmados.

—Sí, sería genial.

Pasearon por la orilla de la playa durante una hora, relajándose con el sonido de las olas del mar al romper contra la arena. Cuando comenzó a oscurecer, quedando las farolas del paseo marítimo encendidas, Scott la acercó a su cuerpo rodeándole los hombros con un brazo y dieron vuelta atrás.

Andrea se fijó en todas las parejas, familias y solteros que había por Brooklyn. Había un ambiente tan relajado y amigable que todos mostraban una sonrisa dibujada en el rostro.

Scott la llevó a un restaurante de comida española, haciendo que ella lo

mirase con adoración. Si había algo que echaba de menos de España, era la comida. Se sentaron en una de las mesas con vistas a la playa. El restaurante estaba a reborar; estaba segura de que Scott había reservado con antelación.

Tras pedir las bebidas, Andrea lo miró.

Scott tenía los oscuros ojos clavados en el exterior, por lo que ella pudo observarlo buenamente mientras sentía una suave pero fuerte presión en el pecho que la amenazaba con dejarla sin respiración. Dios santo, seis meses sin él. Sola, sin poder llamarlo, esperando alguna llamada de él si era posible y con los nervios de punta.

«Si has podido vivir ocho años sin él, seis meses no serán nada.»

Mentira.

Esos ocho años, Andrea había vivido bajo el pensamiento de que él no la amaba y de que no volvería a verlo más. Había sido como «el primer amor nunca se olvida». Pero ahora que sabía lo mucho que le importaba...

Scott la pilló mirándolo. Ella se sonrojó.

Tuvo suerte de que en aquel momento apareciese el camarero.

—¿Saben ya lo que van a pedir para cenar? —planteó con acento español mientras dejaba las bebidas en la mesa.

Scott hizo un gesto.

—Decide tú, nena. —Y aquella sonrisa tan sensual que Andrea amaba hizo su aparición.

—Vamos a pedir tapas.

—Claro.

Andrea le indicó todo aquello que deseaba y, antes de que se fuese, el camarero se giró y la miró con sus celestes ojos.

—Perdona, ¿puedo hacerte una pregunta? —inquirió en español.

Andrea sonrió.

—Por supuesto —respondió en el mismo idioma mientras Scott fruncía el ceño, intentando entender qué decían.

—Eres española, ¿verdad? ¿Puedo saber de qué parte?

—Soy de Sevilla. ¿Y tú?

—De Burgos —repuso con una atractiva sonrisa—. Mi hermano y mi hermana Inés son los dueños del restaurante. —Esta vez habló en inglés, haciendo que el ceño y el cuerpo de Scott se relajasen—. Bueno, iré a entregar vuestro pedido.

Se marchó.

Andrea miró a Scott.

—Oye, ¿qué te pasa? Te ha faltado poco para tirarte al cuello del pobre chico.

—Estaba coqueteando contigo, ¿es que no te has dado cuenta? —susurró en voz baja y tranquila, aunque sus nudillos blancos al apretar el borde de la mesa

constataban lo contrario.

—Bah, eso es una tontería. —Hizo un gesto con la mano.

—Aprenderé a hablar español.

Andrea se mordió los labios, intentando ocultar la risa.

—Yo puedo ser tu profesora; si quieres, claro.

Algo cálido y oscuro brilló en sus ojos al ladear la cabeza.

—¿Crees realmente poder enseñarme algo?

Ella se rio. No, seguramente no.

\*\*\*

Una que vez terminaron de cenar,

decidieron dar nuevamente un paseo por la orilla de la playa, apenas iluminada por la luna, que se alzaba ante ellos y dejaba su blanco reflejo en las oscuras aguas.

El aire se había enfriado un poco, por lo que Andrea buscó un refugio cálido y cómodo entre los brazos de Scott. Sabía que quedaba poco para que la llevase a casa, se vieran por la mañana y se despidiesen de nuevo. Se había estado concienciando de ello desde que se lo comunicó, pero le resultaba imposible.

Seis meses.

Y eso si no se retrasaba la misión o pasaba algo...

Cuando fueron al coche con los pies húmedos por el mar y con arena, Scott la cogió de la barbilla antes de entrar en él.

—Deja de pensar en ello, Andrea.  
—Le revolvió el pelo—. Te sale humo por la cabeza. —Y se montó en el vehículo sonriendo.

Abriendo la boca, indignada, esperó a entrar en el coche para decirle lo que pensaba.

— ¡No me sale humo por la cabeza!

Scott arrancó el motor sin decir nada, aunque no hacía falta. Esa sonrisa era suficiente.

Andrea se aclaró la voz.

—Mmm... Bueno. ¿Vamos a hacer

algo?

Una de las comisuras de sus labios se curvó hacia arriba.

—¿Algo más aparte de todo lo que hemos hecho al llegar a Brooklyn?

Estúpido; él sabía perfectamente a qué se refería. Así que, sonrojándose, alzó la barbilla y tragó saliva, intentando ignorar la sonrisa de su rostro.

—Digo... ¿Quieres que... hagamos algo? Sé que no podemos dormir juntos hoy porque tienes que prepararte y yo te molestaría, pero al menos...

Se calló cuando Scott le puso una mano en el muslo.

—Tú nunca molestas, nena. —La

miró con los ojos en blanco—. No me puedo creer que me hayas preguntado si íbamos a hacer el amor hoy. Pensé que era obvio.

Andrea bufó.

—Con los hombres nunca se puede dar algo por sentado.

Scott bufó a su vez.

—Si estamos hablando de sexo, sí.

\*\*\*

Andrea abrazó las caderas de Scott con sus piernas, arqueándose entre sus brazos mientras gemía, llegando al ansiado clímax. Las grandes y masculinas manos de Scott habían

recorrido su cuerpo por completo, al igual que sus labios.

Sentía los pechos sensibles, al igual que el clítoris y los labios. Sus caricias eran, simplemente, lo que necesitaba. Se habían disfrutado plenamente, mirándose a los ojos mientras él la penetraba con lentitud, deseoso de que en su memoria quedase recogida cada mueca, sonido y olor de Andrea.

Llegó al orgasmo con un grito de placer que estaba segura de que los vecinos habrían oído.

—Sí, así... ¡Sí, Scott! —Su garganta protestó cuando gritó, al tenerla seca y en tensión.

Scott gruñó. Siguió moviéndose en

su interior, agarrándola por la cintura mientras se hundía una y otra vez en ella, golpeándola con los testículos suavemente. Se dejó caer contra su cuerpo, enterrando el rostro en su cuello mientras el olor de ambos y de sexo los rodeaba en una íntima atmósfera.

Se apartó de ella y luego la atrajo a su cuerpo, rodeándola con un brazo mientras que el otro lo tenía sobre sus grandes pechos. No era por la lujuria, era por lo posesivo que se sentía con relación a ella. Necesitaba saber que era suya, que lo esperaría hasta que llegase.

Andrea le acarició el pecho con suavidad.

—Relájate. Ahora eres tú a quien le

sale humo por la cabeza.

—Sí, bueno.

Se incorporó y lo miró a los ojos con una ceja alzada.

—¿Qué te pasa? Nunca sueles ser tan... obediente. *Bueno*.

Scott se rio por lo bajo, haciendo vibrar su pecho.

—La etiqueta de chico malo la llevaré para el resto de mi vida.

—Y no olvides la de caliente-coños.

Nada más decirlo, se tapó la boca con las manos. Los ojos negros de él la miraron con confusión.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Yo? —Se rio nerviosamente. — Nada, nada. Mierda...

—Sí, has dicho... ¿calienta-coños?  
¿Desde cuándo me llamas así?

— ¡Yo no te he puesto el mote! Lo llevas desde el instituto, que lo sepas. A mí se me ha escapado por culpa de Tay.

Scott frunció el ceño.

—Vaya... No lo sabía.

—Mmm... ¿en serio? —Alzó las manos cuando él la fulminó con la mirada. Oh, cielos, estaba tan devastadoramente atractivo—. En verdad, no te viene mal. Si lo piensas detenidamente... claro.

Poco a poco se fue imponiendo sobre ella, pegándola a su musculoso y gran cuerpo desnudo.

—Así que detenidamente, ¿eh? —

Deslizó sus manos por los costados de su cuerpo de modo ascendente, acariciando sus pechos. —¿Provoco ese efecto en ti?

Andrea bufó, estremeciéndose al sentir sus pulgares en los pezones.

—Sabes perfectamente que sí, nos hemos acostado muchas veces y siempre estoy igual.

Scott lamió su cuello, mordiéndolo con suavidad mientras se colocaba entre sus piernas.

—Mmm... ¿Cómo?

—Caliente. Abierta. Húmeda.

Rendida —jadeó.

Una de sus manos bajó por su estómago. Sus labios fueron a los de

ella, pero sin hacer contacto, dejando que sintiera su aliento y viera el brillo en sus ojos.

—Déjame que lo compruebe.

Andrea abrió aún más las piernas y, cogiéndole por la muñeca la mano que iba bajando, la colocó sobre su sexo, dejando que los largos dedos de él acariciasen la entrada de su vagina.

Sonrió con picardía al ver el hambre que poco a poco había nublado los ojos de su hombre.

—Adelante.

## Capítulo 13

Andrea terminó de recogerse el largo cabello castaño en una coleta. Se calzó y salió de su casa, cerrándola con llave.

Su perra todavía estaba dormida, era muy temprano, y, a pesar de no haber dormido nada, estaba en vilo. Se había puesto unas gafas de sol para tapar las

ojeras, pero la importancia de aquel día hacía mella en ella.

Scott se iría. No volvería a verlo en seis meses... como mínimo.

Se montó en su coche y encendió la radio, sorprendiéndose al escuchar la canción de *Will you still love me tomorrow?*, cantada por Lykke Li. Le venía genial, pensó mientras tarareaba la canción con los ojos húmedos, deseosa de entretenerse con algo para no echarse a llorar en cualquier momento.

Aparcó y fue hacia la base militar con rapidez, en ayunas y con ganas de vomitar lo que hubiese en su estómago de la noche pasada. Se había cepillado inconscientemente dos veces los dientes,

se había puesto el sujetador al revés y su falda permanecía sin abrochar.

Y en ese instante vio un gran grupo de marines fuera, algunos fumando y otros charlando tranquilamente. Aquello era una concentración peligrosa de testosterona, pensó Andrea con una sonrisa. Eran todos guapísimos, musculosos y...

Sonrió al ver a Scott vestido de militar, con Dorek, Sean, Kevin y otro más que no reconoció.

«No pienses en sexo, Andrea. No en estos momentos.»

Asintió. Buen consejo.

Lo recorrió con la mirada antes de dirigirse hacia él, con cuidado de no

tropezarse. Cuando los oscuros ojos de Scott la encontraron, brillaron. Fue hacia ella, dejando la pesada maleta en el suelo. Tenía un caminar animal, seductor... Y Andrea tuvo ganas de gruñir cuando unas miradas femeninas se clavaron en su trasero enfundado en aquel uniforme de marine.

Enfadada y alzando la barbilla, lo abrazó por la cintura y llevó sus manos a sus nalgas, apretándolas y pegando de un empujón su cuerpo al de ella. Se mordió el labio y aspiró el olor del uniforme.

Suspiró.

—Dios mío, daría cualquier cosa con tal de tenerte ahora mismo para mí solita.

Scott se rio contra su cabello.

—Me lo he imaginado, sobre todo al ponerme las manos en el...

— ¡Eh, Scott! —gritó un militar rubio de ojos azules. Era guapísimo y alto—. ¡Preséntanos a esa leona que tienes por novia! ¡Quiero una!

Todos se rieron. A pesar de sonrojarse, no quitó sus manos de sus fuertes glúteos.

Es más, se rio cuando Scott puso las suyas sobre los de ella. Acercó los labios a su oreja y susurró:

—Ahora estamos empatados, nena.

— ¡Oh, vamos! ¡Preséntanosla! — volvió a decir el rubio—. No vamos a morderla... A menos que lo pida. —Le

guiñó un ojo.

Scott gruñó. Se soltó de ella y la cogió de la mano, llevándola a aquel gran grupo que con tanta curiosidad la miraba.

—Os presento a Andrea, mi pareja.  
—La besó en la mejilla.

Y ella se hinchó como un pavo real al oír «pareja».

Todos se fueron presentando, tanto los hombres como las mujeres. Una marine de cabello castaño y ojos pardos sonrió y le dio la mano. Apretó con fuerza cuando se la estrechó.

—Encantada, me llamo Chloe.

—Un placer, yo soy Andrea.

—Conque española, ¿eh? —dijo un

marine de cabello castaño que estaba al lado de Dorek—. Pienso apuntarme ese destino para mis próximas vacaciones.

—No creo que consigas nada, amigo —dijo Sean—. Las mujeres te repelen.

¿En serio? Pues Andrea no lo entendía, era muy atractivo.

—Bah. —Hizo un gesto con las manos—. A pocas mujeres les gusta compartir.

Andrea abrió los ojos como platos. ¿Había querido decir...?

En ese momento Kevin se acercó a ella con una gran sonrisa. La abrazó y ella le correspondió el abrazo.

—Hola Andrea, ¿has visto a Taylor? Ay, mierda. Su amiga no había ido a

pesar de que él se lo había pedido...

Joder. Maldita Tay. Odiaba ver dolor en el amable y bello rostro de Kevin.

—Lo siento Kevin, no ha venido. —  
Se mordió el labio inferior—. Pensé que te lo había dicho.

—No te preocupes. No importa —  
susurró.

Sí, sí que importaba. Veía el esfuerzo que estaba haciendo en ese instante para que ella no viese lo mucho que le gustaba Taylor y lo decepcionado que se sentía. Mataría a Tay por esto...

—¿Qué tal está Jay?

Hablar de su hijo podría alegrar las cosas... tal vez.

—Muy bien, se ha quedado con mis padres. —Se llevó una mano al pecho, supuso que había sido inconscientemente —. Lo echaré de menos.

En ese momento, salieron de la base militar dos mujeres y un hombre mayor vestidos de uniforme. El hombre llevaba unas cuantas medallas en el pecho.

—Marines, despídanse. Partimos en diez minutos.

Oh, no. Dios santo, no, no, no.

Intentó respirar, coger aire y dejar la mente en blanco. Pero fue imposible.

Aquel instante que Andrea tanto había temido estaba sucediendo. Buscó con la mirada los ojos de Scott. Él le cogió el rostro entre sus manos y se

inclinó para besarla. Cuando sus labios hicieron contacto, ella le envolvió el cuello con sus brazos y se apretó contra él, deseosa de sentir su calor por última vez.

El beso fue suave; quizá al rato se tornó más pasional, pero la tristeza y la despedida estaban suspendidas entre ellos.

Cuando se separaron, la valentía de Andrea flaqueó.

—Cariño, quiero pedirte que no te vayas pero es una estupidez y... estoy a punto de llorar. —Acabó la frase con una sonrisilla nerviosa y ronca.

Scott sonrió y volvió a besarla.

—Pasaré muy rápido, Andrea. Me

volverás a tener aquí antes de que te des cuenta.

Asintiendo, una primera lágrima se derramó por su pálida mejilla. Se acordó de algo y se separó un momento para quitarse el collar que llevaba puesto, que consistía en una cuerda de la que colgaban varias letras de color plateado. Lo tenía desde que cumplió los catorce años. Ponía «Antilla», la playa a la que solía ir ella en Huelva con sus padres.

—Me... tal vez sea un tontería, pero me gustaría que lo guardases. —Se sonrojó ante su atenta mirada. Hizo un amago de volver a ponérselo—. Olvídalo, es una...

Scott se lo quitó de las manos y se lo puso como pulsera, estrechándolo y enrollándolo dos veces. Sus ojos oscuros brillaron de amor.

—Lo guardaré y pensaré siempre en ti, Andrea. *Te quiero* —dijo en español con un acento muy raro y extranjero que la hizo reír llorosamente. Scott sonrió, feliz de haberla contentado un poco.

Iba a contestarle cuando se giró al oír hablar a una mujer, seguido por los murmullos de un hombre. Tras ella, había un gran marine que tendría que medir al menos dos metros de altura, enorme, de cabello castaño oscuro con algunos mechones por la frente y hasta el cuello de largo. Sus ojos eran

igualmente castaños. Llevaba la maleta colgando del hombro, agarrada con una mano. Era... enorme. Si Scott ya era grande de músculos y estatura, aquel tipo lo era aún más.

Y aquel aura de peligro... Madre mía.

Era masculino, atractivo y decadentemente...

— ¡Cariñito! —gritó una voz tras el gigante.

Andrea se inclinó y vio a una rubia muy guapa tras él, metida en un traje rosa palo que le quedaba divinamente. Debía de ser modelo, se dijo. Sus rasgados ojos azules miraban al gigante con amor.

— ¡Cielo, espera! No puedo correr tanto con estos tacones.

Andrea miró a Scott con una sonrisa mientras los demás se reían.

—¿Quiénes son?

—Es Duncan Eriksen. Y la rubia de atrás es... creo que su novia. Se llama Violette.

Duncan parecía algo avergonzado por los cariñosos apodosos que Violette le daba. Cuando se paró bruscamente y dejó la maleta a un lado, se giró hacia la diminuta y atractiva rubia, que lo miraba con inocencia en sus ojos.

—Ay, cielito. No te gusta que te llame así en público, ¿no?

Andrea se sintió mal por Violette. Se

notaba a leguas que estaba perdidamente enamorada de aquel marine. Nadie es perfecto, ¿por qué Duncan no podía simplemente aceptarla y...?

Interrumpió sus pensamientos cuando él la cogió entre sus enormes brazos y la besó con pasión, devorándola.

—Te quiero, nena. Puedes llamarme como quieras... cuando estemos solos, ¿de acuerdo?

—Yo también te quiero. —Ignoró la última parte que Duncan dijo. Del bolso de la rubia apareció la cabecita de un pequeño chihuahua de color crema que ladró delicadamente—. Yo cuidaré de nuestro bebé.

Duncan negó con la cabeza varias veces sin dejar de sonreír, volvió a besarla de una manera tan... apasionada que ella pareció haber desaparecido entre sus gigantes brazos. La dejó en el suelo, con los carnosos labios sonrojados e hinchados, jadeando.

Vale, aquel hombre acababa de demostrar que amaba a la rubia.

—Te quiero nena, nos vemos en poco tiempo.

—De acuerdo, cuchi-cuchi, yo terminaré los detalles de la boda.

Andrea se tapó la boca para no reírse. ¿Cuchi-cuchi? ¿En serio? ¿Había algo más estúpido, empalagoso y...?

Scott la giró y la besó por última

vez.

—Tengo que irme ya —susurró.

—De acuerdo. —Estiró la mano temblorosamente y le acarició la mejilla —. Te quiero. Cuídate.

—Yo más.

Dorek le dio unas palmadas en el hombro a Scott, que asintió y se despidió con una mano. Aunque intentaba animarla, se notaba que su sonrisa era débil. Dorek se despidió de ella dándole un beso en la mejilla y prometiéndole que cuidaría de él.

Sean se rio a carcajadas y se puso al otro lado de Scott, guiñándole un ojo a Andrea. Ella sonrió, segura y... feliz. Los tenía a ellos, no le pasaría nada.

Eran sus mejores amigos.

En ese momento vio a Kevin, que miró por última vez a su espalda, esperando ver a Taylor. Suspirando, se pasó una mano por la frente. ¿Qué le habría costado a su amiga aparecer? Kevin parecía ser un hombre romántico y...

— ¡Kevin, Kevin! ¡Espera! —gritó una voz femenina.

Andrea se giró rápidamente al reconocer la voz y sonrió al ver a su mejor amiga, con el corto pelo rubio claro suelto y sin maquillar. Fue corriendo hacia Kevin y él fue hacia ella, sonriendo ampliamente, como si acabase de ver lo más bonito del mundo.

Era tal la felicidad de sus ojos zafiros que suspiró de nuevo.

Se estaba volviendo una romanticona...

Kevin la abrazó y la besó con pasión, envolviéndola con sus brazos por los hombros. Taylor se agarró a sus antebrazos, sonriendo contra sus labios. Se separó y le revolvió el corto pelo negro, poniéndose de puntillas. Él se rio.

—Pensabas irte sin despedirte de mí, ¿eh? —bromeó—. Se me habían quedado pegadas las sábanas.

—Pensé que no vendrías —susurró Kevin, mirándola con adoración.

Su amiga, emocionada por la voz

dulcemente ronca de Kevin, hizo un gesto con la mano, intentando controlar las emociones que bullían en su interior.

—Bah, tenía que asegurarme de que me ibas a prometer que me llamarías al llegar... Ya sabes, para no preocuparme pasados los seis meses. —Se sonrojó.

Kevin asintió.

—Te llamaré. —Se inclinó y la besó. Luego apoyó su frente sobre la de ella, cerrando los ojos —. Tengo que irme. Gracias por venir.

Y se fue, dejando a su amiga con la boca abierta. Guau... Aquello había sido... *tan* fuerte. Taylor se mordía los labios ahora con fuerza y apretaba los puños a sus costados. Ya no quedaba

ningún marine, todos estaban dentro de la base militar, preparándose para irse.

Se acercó a su amiga y la abrazó.

—Me alegro de que hayas venido.

Pensaba ir a tu casa y matarte al ver que no aparecías.

Tay se encogió de hombros.

—Se me habían quedado pegadas las sábanas.

Mentira. Estaba segura de que era mentira, pensó Andrea. ¿Podría ser que a su amiga le gustase Kevin y por ello estuviese asustada?

Tay la miró.

—Ah, no. No vayas por ese camino.

Simplemente, no.

En ese instante, Violette apareció

tras ellas limpiándose las comisuras de los ojos con un pañuelo rosa de seda de firma.

—Ay, voy a echar de menos a mi querido Duncan.

Andrea sonrió, mientras que Tay puso los ojos en blanco.

—Por cierto, soy Andrea, la novia de Scott —se presentó Andrea sonriendo, encantada de poder decir «novia».

Violette se inclinó para besarla en la mejilla, pero no hizo contacto. Se rio y Tay bufó, aunque parecía divertida.

—Un placer, Andrea. Yo soy Violette Clare.

—Ella es Taylor, eh...

—Una amiga de Kevin. Folla-amiga para ser más concretas —terminó ella misma, interrumpiéndola. Estiró la mano para que se la estrechase, pero Violette frunció el ceño e hizo una mueca monísima.

—Uh... encantada, Taylor. —Se inclinó como hizo con Andrea.

—¿Qué os parece si vamos a tomar un café las tres juntas y nos conocemos más? —propuso Andrea.

A Tay no le hizo gracia la idea, pero asintió con rigidez. Violette sonrió ampliamente, acariciando la cabecita de su perrito, que las miraba con curiosidad.

—¡Eso es fenomenal! Me conozco

un local donde sirven el mejor café. Pearl —dijo mirando a su perrita—, cuando quieras hacer pipí, avisa y te bajo, ¿de acuerdo? Recuerda que mamá lleva sus guantes de D&G dentro.

Pearl ladró.

Taylor maldijo por lo bajo.

Caminaron, alejándose de la base militar, mientras Violette no cesaba de hablar. Andrea giró la cabeza en más de una ocasión, deseando volver a ver a Scott una vez más.

Pero no, ya no había nadie.

Seis meses... Dios bendito, iba a volverse loca en todo ese tiempo.

## Capítulo 14

—Alegra esa cara, Andrea —dijo Violette mientras se probaba unas gafas de sol de marca de trescientos dólares. Se las puso y la miró sonriendo ampliamente, mostrando unos dientes perfectos—. ¿Qué tal me veo aparte de sexi?

—Bien —contestó simplemente, alejándose de la tienda y esperando fuera, deseosa de sentir el aire en el rostro.

Habían pasado cinco meses y ¿qué había conseguido? Lucía desde hacía cuatro meses unas ojeras que la hacían parecer enferma. Es más, su jefe había querido que se tomase unas vacaciones o unos días libres hasta que se encontrase mejor. Lo que él no sabía era que no volvería a estar bien hasta que tuviese a Scott con ella.

Scott.

Suspiró y, poniéndose las gafas de sol a pesar de hacer un día nublado, esperó a que su nueva amiga terminase

de comprar para que pudiesen irse a la cafetería a la que habían ido cuando Scott y los demás marines se marcharon. Allí debía de estar Taylor, enfadada por haberla hecho esperar.

Violette se colocó a su lado.

—Listas y compradas. —Se puso sus gafas nuevas—. Vamos.

Asintió.

Andrea caminó en silencio, escuchando con dolor de cabeza el parloteo interminable de Violette, que hablaba de algo y acababa desviándose del tema de una manera increíble.

Cuando llegaron a la cafetería, una Taylor enfadada y con un refresco en la mano las miró.

— ¡Eh! ¡Os estoy esperando desde hace diez minutos!

—Culpa de Violette —sentenció Andrea—. ¿Ves esas gafas nuevas que luce? Por ellas hemos tardado más.

Tay fulminó con la mirada a Violette, que se encogió de hombros.

—Tengo que estar sexi para cuando vuelva mi cuchi...

— ¡Ni lo digas! —dijo Tay alzando una mano—. Odio ese apodo. Demonios, es humillante.

Media hora más tarde, se presentó Irina con su hija Amy. Pasaron todo el resto de la tarde hablando en el bar hasta que empezó a refrescar. Se despidieron y cada una se fue a su casa.

Cuando Andrea llegó a la suya y estuvo dentro, se apoyó contra la puerta cerrada y suspiró.

Su perrita *Blanca* fue hacia ella. Había crecido bastante, tanto que ya tenía el peso suficiente como para poder tirarla de espaldas cuando iba corriendo hacia ella.

La acarició entre las orejas y la palmeó en el lomo antes de ir a la cocina.

*Blanca* iba tras ella, ladrando y moviendo el rabo, esperando impaciente a que le diese algo distinto de lo que solía comer.

—Espera, espera —dijo riendo mientras saltaba a sus piernas. Abrió la

despensa y cogió la bolsa de comida para perros.

En ese momento sonó el teléfono.

Dejó caer la bolsa al suelo y corrió hacia el salón. *Blanca* mordió la bolsa y consiguió hacerle un agujero.

Andrea se situó al lado del teléfono, mirándolo fijamente mientras sonaba. ¿Quién llamaría a las ocho y media de la tarde? Tocando madera y dando tres golpes, cogió el teléfono y contuvo el aliento.

—¿Dígame?

—Buenas tardes. Somos de la compañía de teléfono...

Andrea dejó caer los hombros y soltó el aire, desilusionada. Siguió

escuchando las palabras de la telefonista a lo lejos mientras una vocecilla en su cabeza se reía de ella. Sólo habían pasado cinco inmensos meses, en los cuales no había sabido nada de Scott.

Cortó la llamada y se sentó en el sofá. Poco a poco dejó caer la cabeza sobre uno de los brazos del sofá. Echaba tanto de menos a Scott que la losa que sentía en el pecho parecía aumentar de peso cada día que pasaba lejos de él. Deseaba tanto volver a sentir su cálida y oscura mirada sobre ella, sus brazos rodeándola, sus labios sobre los de ella...

Cerró los ojos con fuerza mientras oía a *Blanca* masticar la comida desde

la cocina, feliz de haber logrado la bolsa completa.

¿Aguantaría?

\*\*\*

Dos meses más.

Dos malditos meses habían pasado y nada, no sabía nada de Scott. Violette tampoco tenía noticias de *su* Duncan. Pero era distinto...

¿Verdad? Violette, a pesar de aparentar ser una mujer superficial y, para qué engañarse, ciertamente *algo* estúpida, era fuerte. Increíblemente fuerte. Para tranquilizarla, le había contado que Duncan había tardado un

año en regresar a casa en una de sus misiones. Pero no fue porque se hubiesen complicado las cosas. Cuando le pregunto el porqué, ella ya estaba en otra tienda mirando unos zapatos de tacón.

Había pasado más de medio año.

¿Cuánto más tendría que esperar?  
¿Sería así siempre?

Le puso la correa a *Blanca* y salió hacia la cafetería, donde deberían estar ya sus amigas Tay, Ira y Violette.

Cuando las vio, sonrió. Las saludó con un abrazo, excepto a Violette, quien le dio uno de sus «besos en el aire».

—Hola, chicas.

Violette sonrió.

—Estás guapa hoy. Te queda muy bien ese vestido gris.

Andrea se miró el nuevo vestido gris de manga corta que le llegaba hasta casi el final de los muslos, aunque en el frente tenía un pliegue que hacía que se viesen un poco más sus piernas, tentando. Había esperado recibir a Scott con ese vestido, pero al parecer no iba a ser posible...

—Gracias.

—Vamos, siéntate. Te hemos pedido un café con leche —dijo Tay apretándole la mano.

Su perrita se sentó a su lado tras haber conseguido que todas y cada una de sus amigas le diesen al menos una

caricia. El chihuahua de Violette estaba en su regazo, con un vestidito rosa parecido al de la dueña.

Pobre animal...

Aquel día, los ojos de Violette brillaban de una manera especial.

—Creo que hoy va a ser un día especial.

Ira sonrió.

—Todos los días lo son, estamos vivas.

Tay bufó.

—Por favor, ya he tenido que aguantar toda la mañana a modelos egocéntricos como para oír ahora tu filosofía, Ira. —Miró su café y se aclaró la garganta—. Necesito acostarme con

un tío ya.

—Y, ¿por qué no lo haces? —le preguntó Ira.

Se encogió de hombros. Andrea sonrió.

—Creo que tiene algo que ver con algún marine de ojos zafiros y pelo negro. ¿Quizá Kevin?

Su amiga se sonrojó, pero la miró furiosa a la par que Ira se reía.

—Me siento mal, ¿vale? Kevin parece haberse hecho ilusiones conmigo y me parece que sería un gesto muy feo por mi parte acostarme con otro mientras él se está jugando la vida en Dios sabe dónde.

Andrea abrazó a su amiga, que tenía

los brazos cruzados sobre el pecho.

—Voy al baño. —Andrea se separó de Tay—. Ahora vengo.

Violette asintió.

—No tardes, ¿vale? Hemos pedido otra ronda de cafés.

Asintió con el ceño fruncido. Entró en el cuarto de baño y se introdujo en uno de los retretes, gruñendo de asco ante el aspecto que solían mostrar los cuartos de baños de las cafeterías y restaurantes. Terminó, se lavó las manos y luego se miró en el espejo.

Aquel día había tenido la necesidad de arreglarse un poquito... Vale, quizá un poco más de lo normal.

Llevaba el cabello liso suelto, con

algunos tirabuzones al final de algunos mechones. Se había pintado los labios de rojo y perfilado los ojos con lápiz negro. Pero, a pesar de todo ello y de haber intentado taparlas, sus ojeras seguían presentes, al igual que la tristeza que sus ojos castaños transmitían.

Salió del baño y fue hacia la mesa de sus amigas, que estaba en el exterior.

Sus pies dejaron de caminar. Se paralizó al ver a Duncan allí, vestido de marine, abrazando con fuerza a Violette mientras tenía los ojos cerrados. La mantenía levantada del suelo y ella parecía estar a punto de desaparecer entre aquellos enormes y musculosos brazos. Apenas se veía un borrón rosa ni

pelo rubio.

Violette se agarraba con fuerza al cuello de él, besándole el cuello, la mejilla y cualquier parte de su cuerpo al que conseguía acceder. Todos los demás clientes de la cafetería sonreían, emitiendo «ooh» seguidos de «guau». Entre sus cuerpos tenían abrazado un peluche que supuso que le había traído él de regalo.

Fue corriendo hacia allí, preguntándose si Scott estaría en la cafetería.

Duncan la miró con una sonrisa y la saludó. Sus amigas también sonreían.

—¿Y bien? —preguntó rápidamente, sin ser consciente de las ansias que

desprendía su voz. —¿Dónde? ¿Dónde está Scott? ¡Dímelo, ya!

Tay se mordió el labio.

—Mmm... ¿Por qué no te das la vuelta?

No podía estar detrás de ella, ya que antes de ir al exterior de la cafetería había peinado toda la zona con la vista.

Y en ese instante lo olió. Lo sintió.

Ese olor a menta y a hombre... Y ese calor que desprendía cada poro de su piel.

Se dio la vuelta y se llevó una mano a la boca mientras jadeaba. Las lágrimas comenzaron a hacer acto de presencia en sus ojos al verlo sano. Entero. Sus ojos negros la miraban con adoración y en

una de sus manos llevaba un ramo de flores.

*Su* Scott había regresado.

Estaba tan atractivo con aquella sombra de barba incipiente y su pelo corto. Llevaba el uniforme y, cuando dio un paso hacia ella sonriendo, Andrea dejó caer su bolso al suelo y se tiró encima de él, haciendo que la gorra que llevaba se cayese al suelo y las flores estuviesen a punto de aplastarse contra su pecho.

Se apretó a su cuerpo hasta que no quedó distancia entre ellos, le rodeó la cintura con sus brazos y apretó su cara contra su pecho mientras lloraba a lágrima suelta, sonriendo felizmente.

Scott la besó en la cabeza y la apretó más a él, quizá con demasiada fuerza, pero no le importó.

—Oh... Voy a llorar —dijo Ira—. Es tan bonito verlos juntos de nuevo.

—Sí, ya, lo que tú digas, pero como comiencen a besarse como están haciendo la Barbie y el gigante, te prometo que vomitaré —respondió Tay haciendo arcadas.

Andrea seguía sin querer separarse de su pecho, con los ojos apretados, mientras Scott la abrazaba y la besaba en el pelo.

—Déjame mirarte a los ojos, nena. Llevo siete meses sin poder hacerlo —susurró.

Asintió y, sin separarse de él, alzó la cabeza. Dios santo, estaba tan hermoso.

Se puso de puntillas y juntó sus labios con los de él cuando Scott bajó la cabeza. Le supo a gloria y se estremeció al sentirlos nuevamente. No profundizaron el beso, ya que Andrea estaba tan emocionada que la barbilla le temblaba. Seguía llorando como una niña de tres años.

Volvió a esconder el rostro en su pecho.

—Estoy aquí, cielo. Ya estoy aquí.

—Eh... ¿en serio estás llorando, Ira? —preguntó Tay, rompiendo el ambiente.

—Bah, déjame —dijo Ira con voz

temblorosa—. Esto es precioso.

Duncan se separó de Violette y se sentó en una de las sillas libres, dejando su maleta al lado. Ella se colocó directamente sobre su regazo y lo besó en el cuello, haciendo que Duncan sonriese tiernamente, a la vez que la agarraba contra él y la ponía más cómodamente sobre su cuerpo.

Desprendían tanta ternura e intimidad que Ira volvió a derramar otra lágrima.

Scott sonrió y volvió a alzar la cabeza de Andrea para besarla, esta vez entreabriéndole los labios y tomándola por la cintura, deseoso de beber de su boca.

—Te quiero.

Andrea le tiró del labio inferior, viéndolo borroso por el resto de las lágrimas que había en sus ojos.

—Yo también te quiero. —Estiró la mano y le acarició la mandíbula—. No sabes lo mal que lo he pasado, Scott. —Volvió a abrazarlo con fuerza.

—Me estás asfixiando, nena —bromeó.

—Ya, claro. Pues acostúmbrate. Pienso estar los próximos días pegada a ti como una lapa. —Le dio un beso en el pecho tapado—. Por cierto, te amo.

Cogió el ramo de Scott con una enorme sonrisa.

—Venga, venga, parejita —dijo Tay

— Sentaos y dejad de comportaros como dos adolescentes enamorados.

Scott fue a sentarse en una de las sillas e, inmediatamente, Andrea se sentó a su lado sin soltarle la mano. Scott sonrió y besó sus manos entrelazadas.

Ira los miró con los ojos brillantes.

—Aj, Ira, deja de poner esa cara.

Violette se mantenía abrazada al cuello de Duncan con los ojos cerrados, por lo que parecía haberse quedado dormida. Su vestido se había subido un poco por uno de sus pálidos muslos, pero la gran mano de Duncan impedía que se viese nada.

—Bueno, contadnos qué tal —pidió

Tay alzando una ceja rubia de manera exagerada—. Por cierto, Scott y Duncan, me debéis un viaje gratis al Caribe por haber aguantado a vuestras mujeres. Ha sido horrible —dijo arrugando la nariz de una manera simplemente graciosa.

## Capítulo 15

Scott sonrió cuando, al cerrar la puerta de su casa, Andrea volvió a abrazarlo con fuerza.

—Oh, pequeña. Me alagas. —  
Dejándose de bromas, la besó—. Yo también te he echado mucho de menos y... mira.

Andrea alzó la cabeza y vio en su muñeca el collar que ella le había dado. Sonrió ampliamente, deslumbrándolo con su hermosa sonrisa. ¿Sabía Andrea lo mucho que le afectaba verla de aquella manera, mirándolo como si fuese la persona más importante de su vida?

—Lo guardaste.

—Por supuesto.

Volvió a besarla apasionadamente, haciéndola abrir los labios para poder acariciarla con la lengua.

Andrea no perdió el tiempo y se alejó de él, desnudándose por completo. Del pecho de Scott salió una especie de gruñido que la hizo sonrojar. Había

echado tanto de menos a Andrea que aún le parecía increíble poder volver a estar con ella.

Dejó que sus ojos vagaran por su cuerpo. Su rostro, sonrojado y con los labios entreabiertos, las dos grandes masas de sus pechos con aquellos deliciosos pezones de color canela que él ansiaba saborear, su liso vientre y aquel lugar que había entre sus piernas que...

Cerró los ojos por instinto cuando Andrea lo besó y comenzó a desnudarlo con rapidez.

—Cielo, me encantas con uniforme, pero tendrá que ser otro día. —Le lamió los labios—. Hoy estoy ansiosa.

Asintió torpemente, sorprendido ante tal muestra de deseo por su parte.

Lo desnudó por completo con rapidez, paseando aquellos ojos castaños por todo su cuerpo. ¿Era posible sonrojarse ante el hambre que mostraba Andrea? Sonriendo, la pegó a su cuerpo con un brazo alrededor de su cintura y la besó, abriendo la boca y penetrándola con la lengua.

Ambos jadeaban, se acariciaban y se miraban. Finalmente y sin que se hubiesen dado cuenta, ambos se encontraban en el salón. Pegó a Andrea contra una pared y comenzó a mover sus manos sobre su cuerpo, acariciando. Bajó a su cuello, donde lamió y

mordisqueó el punto donde latía su pulso, para después bajar aún más hasta sus pechos.

Se metió un pezón en la boca.

Andrea se puso de puntilla y gimió.

—Ah, Dios mío, sí... Sí, más, por favor.

Hizo lo mismo con el otro, pellizcándolo también con los dedos y sintiéndolo humedecido por su boca.

Introdujo una rodilla entre sus piernas para poder encajarse. Ambos gimieron ante el contacto, sobre todo Scott al sentir la humedad caliente en su erección.

Una de las manos de ella fue hacia ésta, rodeándola con sus dedos. Apretó

suavemente sobre el glande, haciéndole apretar los dientes.

—Scott, dejémonos de preliminares. Ninguno de los dos... —gimió cuando el pulgar de él acarició su clítoris en círculos—... podemos aguantar más.

Asintiendo, le cogió una pierna y la cargó sobre su antebrazo por la rodilla. Pudo verla completamente. Cerró los ojos e, inclinándose sobre ella, cogió su erección e introdujo el glande dentro.

Scott maldijo.

Andrea le clavó las uñas en la espalda.

Ambos se miraron. Aquella sonrisa que su mujer lucía en el rostro era tan cálida y llena de amor que lo desarmó.

Juntó sus labios con los de ella y entró totalmente, sintiendo cómo su sexo lo rodeaba por completo como un guante.

Los brazos de ella lo abrazaron por el cuello, pegando sus pechos a su torso.

—Más, Scott. —Se mordió el labio—. Por favor, más...

—¿Quieres más? —Ella asintió. Comenzó a moverse más rápido en su interior mientras lamía su cuello, sintiendo todas y cada una de sus curvas al tener su cuerpo pegado al suyo—. Te daré todo lo que desees.

La inclinó sobre él, viendo la suave película de sudor que cubría su vientre. Estiró una de sus manos, con la cual la cogió por el cuello, acariciándole con el

pulgar el pulso. Fue bajando poco a poco, acariciando sus pechos y el valle entre ellos, no sin antes darle un pellizco a sus pezones. Siguió bajando hasta llegar a su sexo.

Acarició sus pliegues y su clítoris, mientras veía una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Apretó la mandíbula cuando sus paredes lo apresaron con más fuerza, llevándolo cerca del orgasmo.

—Vamos, nena. —Volvió a salir de ella para entrar nuevamente.

Andrea gritó. Sus uñas se clavaron con más fuerza en su espalda.

Se acercó más y la besó apasionadamente, sintiendo cómo

aquello era lo que necesitaba para llegar al clímax. Él la abrazó contra sí, diciéndole al oído cuánto la amaba mientras seguía moviéndose, sintiendo ya el orgasmo.

Ella lo ayudó llevando su mano hacia la tensa bolsa de sus testículos, apretando suavemente y acariciándolos.

—Mierda —gruñó.

—Te amo, Scott. —Le besó en el lóbulo de la oreja, mordisqueándosela después de añadir—: Te amo muchísimo.

Y llegó.

Pegó sus caderas contra las de ella en un último embiste que lo llevó al mismo paraíso.

\*\*\*

Scott sonrió al sentir los labios de Andrea dándole un beso en la tetilla, adormilada. Él estaba haciéndole cosquillas en el brazo, teniendo su cabeza en su pecho y captando el olor femenino que desprendía su largo cabello.

Le dio un beso en la cabeza y, cuando estuvo dispuesto a cerrar los ojos para quedarse dormido, Andrea levantó una pierna y dio un pequeño salto, colocándose a horcajadas sobre él.

Le cogió las manos y se las subió

por encima de su cabeza. Se inclinó y lo besó en los labios. Él le respondió gustosamente, sonriendo.

—Mmm... ¿Scott?

—¿Sí, nena? —dijo contra sus labios.

—Había pensado...

—... actividad peligrosa.

Se rio cuando ella le agarró sólo con una mano y con la otra le golpeó en el hombro. Aprovechando la oportunidad (aunque realmente podía haberlo hecho con las dos manos de ella sobre él y sin ningún esfuerzo), dio una vuelta y acabó él encima de ella, con las manos de Andrea sobre la cabeza.

—Ahora te tengo entera a mi

disposición.

—Cierto, pero tienes que dejarme hablar antes de que volvamos a hacer el amor.

Scott asintió.

—Perfecto. —Fue hacia su oreja, lamiéndole y mordisqueando el lóbulo con maestría—. Habla. Te escucho.

Andrea se removió bajo él.

—Pero no puedo concentrarme así.

—Inténtalo. —Bajó sus labios por su clavícula.

—He pensado que quizá... —La voz le flaqueó al sentir su lengua cerca de sus pechos—... podríamos vivir juntos. Puedes mudarte a mi casa o yo a la tuya, como quieras. La tuya es más grande y...

—Se quejó cuando dejó de lamerla, quedándose sentado sobre sus caderas desnudas. —Oye, ¿por qué paras? Sigue lamiéndome.

Scott sonrió.

—Me gusta la vista que tengo de tu cuerpo desde aquí. —La cogió por las caderas, elevándola levemente—. Por cierto, has tenido una buenísima idea. Hacemos el amor, comemos y te mudas en mi casa.

—Genial. Mantendré mi casa por si alguna vez pasa algo o queremos estar aquí unos días. —Estiró una mano y le acarició el musculoso torso, dejándose guiar por aquellas fuertes ondulaciones que decían claramente la cantidad de

horas que pasaba en el gimnasio.

—Otra buena idea.

Andrea frunció el ceño.

—Eso sí, vigila a tu perro. Temo por la vida de mi *Blanca*.

Scott se rio roncamente.

—Es una hembra, ¿verdad?

—Claro que sí y... —Agrandó los ojos al saber por dónde iba. —Ah, no. ¡No! Tu perro se cargaría a la mía, ¡ni lo sueñes!

—Nena, son hembra y macho, no pasaría...

—No, Scott. ¡No, no me mires con esa cara! Tu perro es demasiado bestia para el mío. Demasiado fuerte y bruto.

Se tumbó sobre ella, manteniendo el

peso sobre sus antebrazos.

—¿Acaso no soy yo más grande y fuerte que tú? —dijo contra sus labios.

Los ojos de Andrea brillaron a la par que esbozaba una sonrisa juguetona.

—Quizá más grande, pero ¿más fuerte? —Lo abrazó por el cuello—. Te tengo comiendo de mi mano, Scott.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Haces conmigo lo que te da la gana.

—Exacto. —Lo besó en los labios—. Te amo. Por cierto, ¿no te parece una pareja muy mona Violette y Duncan? Es decir, tú eres grande, pero él es enorme y ella tan pequeña... ¿No la aplasta al *hacerlo*?

Scott frunció el ceño.

—No lo sé, nunca he pensado en Duncan de esa manera.

Andrea se rio.

—Tienes razón. Venga, hazme el amor, dame un par de orgasmos y hagamos la mudanza... Pero mantén a tu perro lejos de mi *Blanca*.

Scott encajó sus caderas con las de ella.

—Como ordenes, nena.

Y entró en ella. Ambos gimieron; ella lo rodeó con sus piernas y sonrió.

Sí, claro, ya... Por el brillo que había en sus oscuros ojos estaba claro que pensaba hacer lo que le diese la gana... Ahora que Scott estaba con ella,

sólo tenía algo por lo que preocuparse:  
por la integridad de su perrita.

# Agradecimientos

*Adicta a Scott* nunca habría llegado a ser lo que es sin el apoyo y la ayuda de muchas personas:

Mi familia, que siempre está a mi lado en todas mis aventuras, por disparatadas que éstas sean. (Tú también vas en el

paquete, *Bombón*.)

Mis lectores, por mandarme esos cálidos mensajes que me animan a publicar mis novelas y no guardármelas para mí.

Esther Escoriza, por darme esta gran oportunidad y proporcionarme muy buenas ideas para el resumen del libro... y una magnífica portada. Nadie habría encontrado una mejor.

Mis abuelos, por enseñarme el significado del amor verdadero a través de sus continuas muestras de cariño.

Gracias a todos.



Emily Delevigne es el seudónimo de una autora española nacida en Sevilla y aficionada a la lectura, concretamente al género romántico, desde hace años. Actualmente estudia educación primaria a la par que escribe, toca el piano y disfruta de la vida junto a su familia.

Tras haber participado en diversos concursos en Internet, decidió dar el gran paso y publicar su primera novela romántica-paranormal, *El guardián de los vampiros* en 2013.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: [irebluemar.wix.com/emilydelevigne](http://irebluemar.wix.com/emilydelevigne) y [es-es.facebook.com/pages/Emily-Delevigne/425715907536207](https://es-es.facebook.com/pages/Emily-Delevigne/425715907536207)

*Adicta a Scott*

Emily Delevigne

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento

de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Emily Delevigne, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-08-13164-9

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / [www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)